

# Oriana Fallaci

## LA FUERZA DE LA RAZÓN



ESPA  
PDF

La génesis de *La fuerza de la Razón* es tan sorprendente como su contenido. Oriana Fallaci quería entregarnos sólo un post-scriptum titulado *Dos años después*, es decir un breve apéndice a la trigésima edición de *La rabia y el orgullo*. (Más de un millón de ejemplares vendidos en Italia, superventas en los numerosos países en los que ha sido traducido). Pero cuando terminó su trabajo se dio cuenta de que había escrito otro libro.

Esta vez, Oriana Fallaci parte de los inciviles ataques y de las amenazas

de muerte que recibió por *La rabia y el orgullo* e, identificándose con un tal Mastro Cecco, que por culpa de un libro en 1328 fue quemado vivo por la Inquisición, se presenta como una Mastra Cecca que siete siglos después, herética irreductible y reincidente, sigue sus pasos.

Entre la primera y la segunda hoguera, un rigurosísimo análisis de lo que llama el Incendio de Troya, es decir, de una Europa que, a su juicio, ya no es Europa, sino que se ha convertido en Eurabia, colonia del Islam. (E Italia en un baluarte de dicha colonia). Un análisis en clave

histórica filosófica moral y política, afrontando, como en ella es habitual, temas que nadie se atreve a abordar y sometiéndolos a su impecable lógica. *La fuerza de la Razón* es un himno a la razón y a la verdad. En ella, el lector encontrará un pozo de ideas y noticias expresadas incluso por medio de vivencias personales. (Inolvidable el capítulo en el que Fallaci se declara atea cristiana). Encontrará también una extraordinaria madurez de pensamiento y páginas de un humorismo irresistible. (Véase, por ejemplo, las «cartitas, la crónica imaginaria del auto de fe en el que

es quemada viva Mastra Cecca). Pero sobre todo encontrará el lector el valor y la nobleza de ánimo que tanto necesitamos hoy. No sentimos orgullosos de publicar este gran libro del que Oriana Fallaci dice simplemente: «Escribirlo era mi deber».



Oriana Fallaci

# La fuerza de la Razón

ePub r1.0

Bacha15 15.12.14

Título original: *La Forza della Ragione*

Oriana Fallaci, 2004

Traducción: José Manuel Vidal

Editor digital: Bachal5

ePub base r1.2

**más libros en [espapdf.com](http://espapdf.com)**

# *A los lectores*

*Hace tres meses dediqué este libro a los muertos de Madrid. Desde entonces, el número de los occidentales asesinados por los enemigos de nuestra civilización ha aumentado mucho. Esta dedicatoria tengo que hacerla extensiva.*

*La extiendo a Nick Berg, el cordero degollado con el cuchillo del sacrificio halal por las Brigadas Verdes de Mahoma. Una de las bárbaras bandas que los falsos pacifistas es decir los*

*colaboracionistas, los traidores, respetan y apoyan y definen como «guerrilleros de la resistencia iraquí». La extiende a Paul Johnson, el ingeniero decapitado de la misma forma en Riad por el grupo saudita de Al Qaida. La extiende a Kim Sun, el intérprete surcoreano decapitado de la misma forma por la misma gente. La extiende al periodista Daniel Pearl, una de las primeras víctimas de su ferocidad, también él decapitado. La extiende a todos los demás ciudadanos americanos, ingleses, canadienses, daneses, franceses, polacos, alemanes, japoneses, rusos, coreanos o turcos que son secuestrados a diario en Irak y a*

*menudo degollados como cerdos y después abandonados al borde de un camino como basura. La extiende a los Marines cuyos cadáveres son mutilados, despedazados y después exhibidos a trozos mientras la canalla devota de Bin Laden y de Sadam Husein exulta de alegría y de placer. Y todo esto sin que los falsos pacifistas expresen la indignación expresada por las personas civilizadas ante los abusos cometidos en la cárcel de Abu Graib.*

*La extiende a todas las criaturas a las que los hijos de Alá masacran con sus kamikazes, sus atentados, la extiende a todas las futuras víctimas de*

*su ferocidad. La extiende obviamente a nuestros muertos de Nasiriya, a los soldados italianos a los que los profesionales del cinismo y de la mentira llaman «tropas de ocupación». La extiende al marinero Matteo Vanzan, que murió defendiendo su cuartel atacado. La extiende al cocinero Antonio Amato, asesinado por las bárbaras bandas porque ejercía su humilde oficio en Arabia Saudita. La extiende al expanadero Fabrizio Quattrocchi que humillando la cobardía de nuestros traidores afrontó a sus verdugos diciendo: «Ahora vais a ver cómo muere un italiano». Y cuyo cuerpo fue abandonado a los perros*

que lo devoraron hasta dejarlo irreconocible.

*Aquel Fabrizio Quattrocchi al que, por sus ideas políticas, ideas por mi combatidas toda la vida pero con las que no pocos diputados se sientan en el Parlamento, nuestras pávidas instituciones negaron los funerales de Estado e incluso el homenaje póstumo que en el Campidoglio se le ofrece a los difuntos actores de cine Aquel heroico hijo del pueblo en cuyas exequias no participaron ni el presidente de la República ni el alcalde diessino de su ciudad. Ni siquiera los familiares de los tres rehenes secuestrados junto a él. Y tampoco los*

*representantes de la Izquierda. De ahí que lo que debía ser la acción de gracias de la Patria terminó en manos de los virgen-santísima de la otra acera.*

*La extiende también a los ochocientos mil italianos que a pesar del tácito veto de las mortadelas en el poder en estos tres meses han comprado el libro y me han leído a la luz del sol. O en la oscuridad de las catacumbas, del vil silencio que nace del terrorismo intelectual del miedo con el que el nuevo fascismo pintado de rojo o de negro o de verde o de blanco, o de arco iris lava los cerebros y apaga las conciencias. La extiende a*

*cualquiera que de buena fe vegeta en la ceguera, en la sordera, en la ignorancia y en la indiferencia pero está dispuesto a despertarse para recobrar un poco de sentido común. Un poco de razón. Con la razón, un poco de coraje. Con el coraje, un poco de dignidad.*

*Cosas que vamos a necesitar y mucho. Cosas que cada vez necesitaremos más porque la guerra que nos ha sido declarada se recrudece de hora en hora. Y nos esperan días todavía más duros.*

***Oriana Fallaci***

Junio de 2004

# *Prólogo*

*Hombre incisivo y mordaz, experto en Ciencias difíciles, de los jóvenes cultos muy amado y por el propio Papa Juan admirado y estimado, pero de envidiosos enemigos también muy odiado, Messer Francesco da Ascoli, más conocido como Mastro Cecco, escribió en 1327 un polémico ensayo que llamó «Sfera Armillare» (Esfera Armilar). Un ensayo en el que hablando de sus tiempos sostenía cosas tan del desagrado de la Inquisición*

*como caras al pueblo sabio y a los sabios alumnos de la Escuela de Filosofía por él abierta en Florencia. Y como eso no le gustaba al Duque de Calabria, que amén de ser el Señor de la ciudad era el primogénito de Roberto de Anjou, rey de Nápoles, y todavía menos le gustaba a su primer ministro que amén de ser Monje Conventual era obispo de Aversa, el reo fue arrestado. Fue conducido a las cárceles florentinas del Santo Oficio y entregado a un tal Fray Accursio de la Orden de los Predicadores, por apostólica designación Gran Inquisidor de la Provincia Toscana. Por gente que no quería o no debía o*

*no podía entender sus propuestas la «Esfera Armilar» fue, pues, examinada y juzgada como un libro impío, profano, indecente, abyecto, contrario a la fe ortodoxa, escrito por inspiración del Diablo, infectado de la más perniciosa herejía. Y cual inicuo hechicero, Mastro Cecca fue sometido durante varios meses a las más rigurosas torturas, además de ser conminado a reconocer sus culpas y abjurar de sus errores. Mas fue en vano. A cada tortura él respondía que no se trataba de culpas o de errores. Que esas cosas él las había dicho, las había escrito y las había enseñado, porque eran la verdad y porque él así*

lo creía.

*Fue así que el 20 de septiembre de 1328 lo condujeron a la Iglesia de la Santa Croce, revestida de luto para la ocasión. Lo colocaron sobre un palco eminente erigido para la ocasión y en presencia de un vulgo innumerable, de innumerables autoridades, innumerables doctores y consultores del Santo Oficio, le leyeron el compendio del proceso. Le enumeraron todas las impiedades del polémico ensayo y de nuevo le preguntaron si quería arrepentirse, abjurar y salvar in extremis su vida. Pero él se negó de nuevo. De nuevo respondió que esas cosas él las había dicho, las había*

*escrito y las había enseñado porque eran la verdad y él así lo creía. Y entonces Fray Accursio lo declaró hereje reincidente e irreductible, una ruina para él y para los demás, una mala hierba que debía ser extirpada. Invocada la gracia de Dios y del Espíritu Santo lo condenó a ser quemado vivo junto al maléfico libelo y a todas las demás culpables obras que había escrito. Luego ordenó que las copias en posesión de los ciudadanos le fuesen entregadas de inmediato para que fueran destruidas antes de quince días, añadiendo que cualquiera que las guardase o las ocultase sería excomulgado, además de castigado con*

*castigos corporales espirituales y pecuniarios, e hizo bajar al reo del palco Le hizo vestir el cruel sambenito, es decir el sayo con diablos pintados. Le hizo ponerse en la cabeza una ridícula mitra de pan de azúcar y descalzo lo entregó a Messer Jacobo da Brescia, ejecutor de Justicia y vicario del Brazo Secular.*

*La sentencia fue ejecutada tras el desfile del cortejo previsto para todo suplicio, y se desarrolló fuera de la Puerta alla Croce donde se había erigido un largo palo además de una enorme pira de leña. Sobre la leña, todas las copias de la «Esfera Armilar» y de las demás obras que se habían*

*podido encontrar. Con extremo valor, compadeciéndose desdeñosamente de la ignorancia y la santurronería y la hipocresía y la falta de Razón en las que estaba sumida su época, Mastro Cetro se dejó atar al palo. Y en poco tiempo ardió. Se redujo a cenizas como un papel junto a sus libros. Pero su pensamiento permaneció.*

*(Nota del Autor. Relato reconstruido a partir de las crónicas de la «Inquisición en Toscana», redactadas por él abad Modesto Rastrelli, y publicadas en 1782 por el editor Antón Giuseppe Pagani en Florencia. El*

lenguaje reproduce el estilo del abad que a su vez se expresaba con términos en boga en la época de Mastro Cecco, pero válidos todavía hoy. También los hechos, por lo demás, siguen siendo sustancialmente los mismos).

Han pasado más de dos años desde el día en que, como una Casandra que habla al viento publiqué «La Rabia y el Orgullo». Aquel grito de dolor que los Fray Accursio definieron como impío, profano, indecente, abyecto, contrario a la fe ortodoxa, escrito por inspiración del Diablo e infectado de la más perniciosa herejía. Aquel j'accuse que me engulló como la «Esfera Armilar» a Mastro Cecco. (Culpable, también él de haber dicho que la Tierra es redonda. Es decir, de haber propagado las verdades que la ignorancia y la santurronería y la hipocresía y la falta de Razón nunca quieren escuchar). Oh. sí, a mí los esbirros del Santo Oficio no me han

infligido el tipo de sevicias con las que le torturaron a el en 1327 y 1328. Aunque haya estado expuesta en la plaza de Santa Croce a público escarnio, Messer Jacopo da Brescia no me entregó a las llamas (al menos por ahora) junto a mi maléfico libro y a mis otros culpables escritos. La Inquisición, ya se sabe, se ha vuelto astuta. Hoy declara estar contra la pena de muerte, a las torturas físicas prefiere las del alma y en vez de tenazas o cuerdas o hachas utiliza artilugios incruentos. Los periódicos, la radio, la televisión y las editoriales. En vez de las cárceles gestionadas por el Santo Oficio, los estadios y las plazas y las

manifestaciones que aprovechándose de la libertad asesinan la Libertad. En vez de los sayos con el capirote, las chilabas y los chadores y los uniformes de los *arcobalenisti* que se definen a sí mismos como pacifistas, sin olvidarse de los trajes grises y las corbatas de sus titiriteros. (Diputados, senadores, escritores, sindicalistas, periodistas, banqueros, académicos, prelados. Los miembros, en definitiva, del Santo Oficio. Los Fray Accursio al servicio del Poder aliado con un anti Poder que es el auténtico Poder). En otras palabras, ha cambiado de cara. Pero su esencia permanece inalterada. Y si escribes que la Tierra es redonda, no te

quepa duda: te convertirás de inmediato en un fuera de la ley. Un Barrabás, un Mastro Cecco.

Soy consciente de que diciendo esto puedo parecer ingrata. Y en cierto sentido lo soy. El infierno que aquel Santo Oficio desencadenó sobre mi «Esfera Armilar» también me ha proporcionado mucho amor. Respeto, gratitud, amor. En Francia, por ejemplo, una página web abierta con el nombre de «thankyouoriana» acumuló sólo en un año cincuenta y seis mil mensajes de agradecimiento procedentes incluso de países en los que no había sido traducida al idioma local. De Bosnia, por ejemplo. De Marruecos, de Nigeria,

de Irán. (Thankyouoriana firmados sobre todo por mujeres musulmanas que viven bajo el yugo de la Sharia, no hace falta subrayarlo). En Moscú el director de una fábrica de productos químicos hizo una traducción pirata (en Rusia no se había publicado todavía) con la que hizo una serie de lecturas en voz alta a sus empleados, sus trabajadores. En América, algunos periódicos me dedicaron elogios casi embarazosos. El *New York Post*, por ejemplo, me definió como «la excepción en una época en la que la honestidad y la claridad ya no se consideran virtudes preciosas». Y en ese mismo periódico, un lector de Miami escribió: «El libro de Oriana Fallaci me

recuerda el “Step by Step” (Paso a Paso) de Winston Churchill. Es decir, la llamada con la que Churchill reprochó a Europa la inercia que mostraba hacia Hitler y Mussolini». Uno de Nueva York añadió: «Al parecer, el de Oriana Fallaci es el único intelecto elocuente que ha producido Europa desde que Winston Churchill pronunció su célebre discurso sobre la Cortina de Hierro. Su juicio sobre el Islam radical es indiscutible». En cuanto a las cartas cariñosas de los franceses, de los alemanes, de los españoles, de los holandeses, de los húngaros, de los escandinavos, he dejado de contarlas. Y las de los italianos llenan cinco grandes

cajas. Una, jamás lo olvidaré, dice: «Gracias por haberme ayudado a entender las cosas que llevaba tiempo pensando sin darme cuenta de ello». Otra dice: «Hace dos años, me dejé influir por el linchamiento que las cigarras pusieron en marcha contra usted. En definitiva, no le di la razón. Pero fui injusto. Los hechos le han dado, le dan, la razón. Y ahora yo también ardo de rabia y de orgullo». Pero esto no me consuela. O al menos no en la medida en que debería hacerlo. Porque, si pienso en quienes piensan como yo, el horizonte se amplía. Y las víctimas de la ignorancia, de la santurronería, de la hipocresía y de la falta-de-Razón se

tornan multitud. Muchas más de las que antaño sacrificó el Santo Oficio. La Inquisición no golpea a los escritores, y punto. El fraccursismo, ahora, es una forma de vida. Una forma de juzgar. Y en las democracias defectuosas florece con especial facilidad. Y en Italia, donde dio a luz a su hijo predilecto, es decir al fascismo, con especial virulencia. Mira a tu alrededor: en cada casa, en cada oficina, en cada escuela, en cada fábrica, en cada lugar de trabajo o de estudio hay un Mastro Cecco o una Mastra Cecca que, de un modo u otro, sufre las torturas que en estos dos últimos años he sufrido yo.

¿Qué tipo de torturas? Bueno,

enumerarlas me repugna. Se renueva la náusea, se corre el riesgo de transformar el discurso en un caso personal. Pero, si las silencio, el que no sepa, no entenderá. Por eso, aunque sólo sea a ojo de pájaro, ahí van. Amenazas de muerte, para empezar. Gritadas o susurradas, por teléfono o manuscritas o impresas. Estas últimas, en repugnantes libelos difundidos entre las comunidades islámicas y que, además de difamar la memoria de mi amadísimo padre (las ofensas a los difuntos están por cierto prohibidas por la ley) azuzan a los hermanos-musulmanes a matarme en nombre del Corán. (Más exactamente, en nombre de cuatro versículos según

los cuales, antes de ser ajusticiada, a una perra-infiel de mi calaña hay que desnudarla y dejarla expuesta a indecibles ultrajes). Repugnantes artículos en los que las difamaciones golpean a otro hombre al que también amé mucho y que también está muerto, Alekos Panagulis. Vehementes injurias publicadas con idéntica complacencia por periódicos tanto de derechas como de izquierdas. «Or-Jena Fallaci», «Talibana Fallaci», «Fuck-you-Fallaci». (En un periódico de extrema izquierda, el «Fuck-you-Fallaci» apareció con grandes caracteres y ocupando toda la página). Obscenidades escritas en los muros de las calles («Oriana puta») y en

los carteles de los *arcobalenisti* que se definen como pacifistas. Pancartas en las que se me invita a desintegrarme en el próximo Shuttle que estalle al volver a la atmósfera. Presentadores de televisión que durante la transmisión pintan grotescos bigotes sobre mi fotografía y después, como auténticos caballeros, se pavonean de ello y anuncian que al día siguiente repetirán tan audaz gesto... Senadores y senadoras que en mis ideas ven una perturbación neurológica debida a mi ya no primaveral edad y que en el más puro estilo bolchevique sugieren que me encierren en una clínica psiquiátrica. Imitadoras sin inteligencia y sin

civilización que colocándose un casco igual al que yo llevaba en Vietnam me tachan de belicista o se ríen de mi enfermedad con ataques crueles. «¡Ojalá que te venga un cáncer!» «Ya lo tengo». Desprecio, éste, que tuvo lugar en el mes de noviembre de 2002, es decir cuando el anti-Poder, que es el auténtico Poder, montó la Marcha sobre Florencia. (Quiero recordar el mussoliniano espectáculo de fuerza durante el cual los susodichos pacifistas amenazaron con embadurnar de tinta indeleble los monumentos, las obras de arte, porque yo había conseguido que las susodichas autoridades les prohibiesen el acceso al centro histórico y luego

había escrito un artículo invitando a los florentinos a expresar su indignación contra aquella mascarada bajando los cierres metálicos de sus negocios o cerrando las ventanas de sus casas). Por lo demás fue precisamente entonces, a los seiscientos setenta y cuatro años del suplicio de Mastro Cecco, cuando en Florencia volvió a escucharse el grito: «Quememos sus libros, hagamos una hoguera con sus libros». Fue precisamente delante de la basílica de la Santa Croce, y exactamente en el mismo atrio en el que Fray Accursio leyó la condena a muerte de Mastro Cecco, donde fui expuesta a público ultraje. Un ultraje instigado por un viejo

bufón de la república de Saló, es decir por un fascista rojo que antes de ser fascista rojo, había sido fascista negro y por lo tanto aliado de los nazis que en 1934, en Berlín, quemaban los libros de sus adversarios. Pero al llegar a este punto tengo que hacer un paréntesis para tratar de la palabra más traicionada, más ofendida y más violada del mundo. La palabra «paz». Así como de la palabra más reverenciada, más halagada, más glorificada. La palabra «guerra».

*Paréntesis.* Señores pacifistas (es un decir), ¿qué entienden exactamente ustedes cuando hablan de paz? ¿Un mundo utópico donde todos se amasen los unos a los otros tal y como quería

Jesús que, sin embargo, tampoco era tan pacifista? («No penséis que he venido a traer paz a la Tierra. No he venido a traer la paz. He venido a traer la espada. Sí, he venido a enfrentar al hijo con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra»). Evangelio de san Mateo, 10, 34-35). ¿Qué entienden ustedes cuando hablan de guerra? ¿Sólo la guerra con tanques, cañones, helicópteros, bombarderos, o también la guerra hecha con los explosivos de los kamikazes capaces de matar a tres mil quinientas personas a la vez? Se lo pregunto ante todo a los curas y a los prelados de la Iglesia Católica, una iglesia que sobre este asunto es la

primera en utilizar dos pesos y dos medidas. Que, suplicios de herejes aparte, nos ha enfangado con sus guerras durante siglos. Que Papas guerreros es decir expertos en matar como Mahoma los ha tenido a mansalva. Y que con sus lágrimas de cocodrilo, con sus encíclicas *Pacem in Terris*, pretende ahora rehacerse una virginidad que ni los cirujanos plásticos de Hollywood podrían devolverle. Pero sobre todo se lo pregunto a los hipócritas que nunca enarbolan las banderas del arco iris para condenar al que hace la guerra con los explosivos de los kamikazes o con las bombas teledirigidas de los terroristas que no están dispuestos a

morir. Se lo pregunto a los charlatanes que, de buena o mala fe, le echan la culpa de la guerra a los americanos, y punto, a los israelíes, y punto. Y que sin saberlo (porque son también unos ignorantes) plagian la insensatez de Kant.

En 1795 Emmanuel Kant publicó un demagógico ensayo titulado «Proyecto para la paz perpetua». Demagógico porque, sin respeto alguno hacia la Historia de la Humanidad ni hacia los hechos que estaban ocurriendo delante de los ojos, sostenía que las que desencadenan las guerras son las monarquías, y punto. Ergo sólo las repúblicas pueden traer la paz. Y

precisamente en 1795 la Francia republicana, la Francia de la Revolución Francesa, la Francia que había guillotinado a Luis XVI y a María Antonieta y por lo tanto abolido la monarquía, estaba combatiendo contra las monarquías de Austria y de Prusia una guerra que tres años antes ella misma les había declarado. Estaba combatiendo también la guerra en Vendée, es decir estaba llevando a cabo la fratricida venganza que la Revolución había desencadenado contra los católicos y los monárquicos (la mayoría campesinos o leñadores, ojo) de la Vendée. Y en París el hombre que en nombre de la Liberté-Égalité-Fraternité

iba a extender la guerra por todas las regiones de Europa más Egipto más Rusia, es decir el entonces súperrepublicano Napoleón Bonaparte, debutaba por cuenta del Directorio en el oficio de general es decir reprimía la insurrección filomonárquica. ¡Vaya por Dios!, desde entonces los oportunistas copietean el pacifismo de sentido único de Kant mientras recurren a la guerra con una desenvoltura descarada. Incluso ondeando la bandera del Sol del Futuro. Porque una revolución es una guerra, queridos míos. Una guerra civil, es decir todavía más cruel que una guerra normal, y en la Historia de la Humanidad todas las revoluciones han

sido guerras civiles. Sin salir de la más reciente, piensa en la que llamamos Revolución Rusa o en la que llamamos Revolución China. Piensa en la Guerra Civil española. Piensa en la guerra de Vietnam que fue una guerra civil en todos los sentidos, y el que no lo admita es un mentiroso o un cretino. Piensa en la guerra de Camboya que fue exactamente lo mismo. Piensa en las carnicerías con las que los países africanos se autodestruyen desde que acabó el colonialismo hasta ahora. Piensa por último en la guerra civil (moralmente es una guerra civil) que los siervos del Islam han promovido y están llevando a cabo actualmente contra

Occidente...

Platón dice que la guerra existe y que siempre existirá porque nace de las pasiones humanas. Que no nos podemos sustraer a ella porque está inscrita en la naturaleza humana, es decir en nuestra tendencia a la cólera y a la prepotencia, en nuestra ansia de afirmarnos y de ejercer el predominio, mejor dicho, la supremacía. Y dice una gran verdad sin duda. Pensándolo bien, cada uno de nuestros gestos es un acto de guerra. Cada una de nuestras acciones cotidianas es una forma de guerra que ejercemos contra alguien o contra algo. La rivalidad profesional y política, por ejemplo, es una forma de guerra. La

contienda electoral es una forma de guerra. La competitividad en todos sus aspectos es una forma de guerra. Las competiciones deportivas son una forma de guerra. Y determinados deportes son una auténtica guerra. Incluso el fútbol que nunca me ha gustado porque mirar cómo veintidós muchachotes se quitan el balón unos a otros y cómo para quitárselo la emprenden a codazos paradas golpes en la espinilla, se agreden, me molesta profundamente. Y del boxeo o peor aún la lucha libre ya ni me hables. El espectáculo de dos hombres que se pegan, se destrozan la nariz y la boca, se descoyuntan los brazos y las piernas, se retuercen el

cuello, me horroriza. Sin embargo Platón se equivoca al decir que la guerra nace de las pasiones humanas, que la guerra la hacen los hombres y punto. Un león que persigue una gacela, le agarra la garganta con los dientes, la descuartiza, está cumpliendo un acto de guerra. Un pajarito que cae sobre un gusano, lo aferra con el pico, lo devora vivo, está cumpliendo un acto de guerra. Un pez que se come a otro pez, un insecto que se come a otro insecto, un germen que persigue a otro germen está cumpliendo un acto de guerra. Y las ortigas que invaden un campo de trigo, lo mismo. La hiedra que envuelve un árbol y lo asfixia, ídem. La guerra no es

una maldición inscrita en nuestra naturaleza: es una maldición inscrita en la Vida. No nos podemos sustraer a la guerra porque la guerra forma parte de la Vida. Es algo monstruoso, estoy de acuerdo. Tan monstruoso que mi ateísmo deriva principalmente de esto. De mi negativa a aceptar la idea de un Dios que creó un mundo donde la Vida mata a la Vida, devora a la Vida. Un mundo en el que para sobrevivir hay que matar y devorar a otros seres vivos, ya sean éstos un pollo o una almeja o un tomate. Si tal exigencia la hubiese concebido realmente Dios creador, se trataría de un Dios de lo más malvado.

Pero tampoco creo en el

masoquismo de poner la otra mejilla. Si las ortigas me invaden, si la hiedra me asfixia, si un insecto me envenena, si un león me muerde, si un ser humano me ataca, lucho contra ellos. Acepto la guerra, hago la guerra. La hago con las armas que me pertenecen, las que llevo siempre conmigo, las que uso sin reservas ni timideces, es cierto. El arma incruenta de las ideas expresadas por medio de la palabra escrita, por medio de las ideas y de los principios que nos distinguen de los animales y de los vegetales. Pero si esto no basta, estoy dispuesta a hacerla con algo más. Como hacía de adolescente cuando las ortigas invadían mi pueblo, cuando la hiedra lo

asfixiaba. Y ningún bufón que se me eche encima gritándome en la plaza, ningún lansquenete que pintarrajee mi foto en la tele, ninguna gansa cruel que me imite con el casco en la cabeza y se ría de mi enfermedad conseguirá impedírmelo jamás. Ninguna manifestación de bribones que caminan con carteles en los que ha escrito «Oriana-puta» o «Fallaci-belicista» conseguirá jamás intimidarme, hacerme callar. Ningún hijo de Alá que invite a castigar-a-la-perra-infiel conseguirá jamás amedrentarme, cansarme. Jamás. Aunque esté en el atardecer de mi vida es decir ya no tenga la energía física de la juventud. Porque es un atardecer que

espero vivir, beber, hasta la última gota.  
*Paréntesis cerrado.*



La lista de las torturas (por caridad, mejor dicho, por piedad hacia la Patria sobrevuelo sobre aquéllas cometidas por los dioses del Olimpo Constitucional que en discursos públicos se han rebajado patéticamente a emplear mi apellido como un adjetivo despectivo, hablando de «fallaci-engaños» o de «fallaci-ilusiones»)

incluye también el proceso judicial que se instruyó contra mí en París en 2002 por racismo, xenofobia, blasfemia, instigación al odio contra el Islam. Proceso, como veremos, abierto con la contribución de una asociación hebrea que al parecer se olvidó de la lucha que yo había apenas desencadenado contra el resurgir del antisemitismo... Incluye también la imperdonable vergüenza con la que se ha ensuciado el país de los relojes y de los bancos bienamados por los tiranos, los jeques, los emires, los Bin Laden, los Arafat and Company. Es decir Suiza. Esa Suiza en la que los hijos de Alá son ya más numerosos, más potentes, más arrogantes que en La

Meca, y donde para su uso y consumo se aprobó en 1995 el artículo 261 bis del Código Penal. Artículo en virtud del cual un inmigrante musulmán puede ganar cualquier proceso ideológico o sindical o privado apelando al racismo religioso y a la discriminación racial. («No-me-ha-despedido-porque-haya-robado-sino-porque-soy-musulmán»). «No-me-ha-pegado-porque-le-he-tocado-el-culo-a-su-mujer-sino-porque-soy-musulmán»). De hecho, con un poderoso informe enviado a través de la Embajada Suiza en Roma, en el mes de noviembre de 2002, la Oficina Federal de Justicia de Berna osó pedir mi extradición al Estado Italiano y que

abrieran contra mí y contra mis editores un procedimiento penal por los contenidos de «La Rabia y el Orgullo». Un procedimiento que debía regirse por los artículos 261 y 261 bis del Código Penal Suizo, ¡ojo!, solicitado por asociaciones o ciudadanos musulmanes de Suiza: el Centro Islámico y la Asociación Somalí de Ginebra, el SOS Racismo de Lausana y el señor don Nosequién de Neufchâtel. Gente para la cual mi «conducta racista» y mis juicios sobre el Islam mejor dicho «mis injurias» a la comunidad islámica «ponen en peligro la paz pública». (Sí, señores, sí: la paz pública).

La petición fue rechazada de

inmediato por el Ministro italiano de Justicia Roberto Castelli, que recordó a su colega suizo que el artículo 2 y especialmente el artículo 21 de la Constitución Italiana garantizan al ciudadano italiano el inviolable derecho a manifestar libremente sus ideas de palabra y por escrito. Que pedir al Estado Italiano que me procesase por haber manifestado mis ideas, es decir, la legítima expresión de crítica política e ideológica habría atentado contra un principio fundamental de nuestra Constitución y por lo tanto contra la dignidad del Estado. Sin embargo cuando Castelli dio la noticia durante una entrevista, sé que hubo muchos

caballeros y muchas damas de la denominada Extrema Izquierda que protestaron deseando que al menos en Suiza fuese procesada e incluso condenada. Y dado que Suiza tiene el defectillo de procesar con contumacia y con el desconocimiento del imputado, es perfectamente posible que ya haya ocurrido tan kafkiana historia. Son muchas, las víctimas del 261 y del 261 bis. Una de ellas es por ejemplo el defensor de los animales suizo Erwin Kessler que al igual que Brigitte Bardos no soporta el sacrificio de animales al estilo halal y que por haberlo criticado se tragó dos meses de cárcel sin derecho a libertad condicional. Otra es el

octogenario historiador suizo Gaston Armand Amaudruz que publicaba un pequeño mensual revisionista (revisar la Historia, es decir, contarla de una forma diferente de la versión oficial está hoy prohibido, viva la libertad) y que a causa de eso el 10 de abril de 2000 fue condenado por el Tribunal de Lausana a un año de cárcel y a una violenta sanción económica. Otra es el historiador francés Robert Faurisson, también revisionista, que el 15 de junio de 2001 fue procesado sin su conocimiento por el Tribunal de Friburgo y condenado a un mes de prisión. También él, y a pesar de su avanzada edad, sin derecho a libertad

condicional. ¿Motivo?, un artículo suyo publicado en Francia que había sido reeditado por una revista helvética. Así pues, si he sido procesada y condenada sin mi conocimiento en el país de los relojes y de los bancos bienamados por los tiranos, para terminar tras las rejas en Berna o en Lausana o en Ginebra me basta con ir a tomarme un café a Lugano. O con encontrarme a bordo de un avión que a causa del mal tiempo o de un cambio de ruta aterrice en Zurich. Mejor aún, me basta con que Suiza entre en la UE y que el Parlamento Italiano apruebe la Orden de Arresto Europea aceptando así la incorrección cometida tras el once de Septiembre por la infame Comisión

Europea.

De hecho, la Orden de Arresto Europea debería contemplar sólo crímenes como el terrorismo, el homicidio, el secuestro, el tráfico de drogas, el abuso sexual de menores, la pedofilia, el tráfico ilegal de armas y de material nuclear o radiactivo. Pero, mira por dónde, ocho días después del Once de Septiembre, es decir, cuando hervía el discurso sobre la lucha contra el terrorismo, la inefable Comisión Europea incluyó en la citada Orden los crímenes de racismo y xenofobia y blasfemia y discriminación racial. O lo que es lo mismo, el delito de opinión que la filoislámica Unión Europea

definió con esas palabras. De ahí que cuando la Orden de Arresto Europea sea suscrita por países que como Italia todavía no lo han hecho {pero *il Cavaliere* se ha comprometido a suscribirla y la Izquierda está ansiosa por hacerlo) cualquiera que piense como yo se convertirá en un Mastro Cecco internacional. Un hereje que en cualquier momento, se encuentre donde se encuentre, puede ser arrestado como un delincuente. Arrestado y extraditado con las esposas puestas al país que por la denuncia de un musulmán o por la iniciativa de un magistrado Politically Correct ha emitido la orden de captura. Extraditado y (dice la norma) mantenido

«en detención preventiva al menos durante cuatro meses». Extraditado y procesado según las leyes que en Europa están siendo aplicadas con dos pesos y dos medidas como la palabra Paz. Y cualquier pretexto, no le quepa duda, será suficiente para condenarlo. Porque si dices lo que piensas sobre el Vaticano, sobre la Iglesia Católica, sobre el Papa, sobre la Virgen, sobre Jesucristo, sobre los santos no te pasa nada. Pero si haces lo mismo con el Islam, con el Corán, con Mahoma o con los hijos de Alá, te conviertes en racista y xenófobo y blasfemo y culpable de discriminación racial. Si le das una patada en los genitales a un chino a un

esquimal o a un finlandés que te ha silbado una obscenidad por la calle, no te pasa nada es más, te dicen: «¡Estupendo! ¡Así se hace!». Pero si en idénticas circunstancias reaccionas de idéntica forma con un argelino un marroquí un nigeriano o un sudanés, terminas linchada. Si berreas barbaridades contra los americanos, si les llamas asesinos-y-enemigos-del-género-humano, si quemas sus banderas, si pones la esvástica sobre las fotografías de su presidente o si incluso aplaudes el Once de Septiembre, no te pasa nada. Al contrario, esas bajezas son consideradas virtudes. Pero si haces lo mismo con el Islam, terminas en la

cárcel. Si eres occidental y dices que tu civilización es una civilización superior, la más evolucionada que haya producido este planeta, vas a la hoguera. Pero si eres un hijo de Alá o un colaboracionista suyo y dices que el Islam siempre ha sido una civilización superior, un faro de luz, y si según las enseñanzas del Corán añades que los cristianos hieden como las cabras y los cerdos y los monos y los camellos, nadie te toca. Nadie te denuncia. Nadie te procesa. Nadie te condena.

Como es obvio, todo esto también ocurre por culpa de la filoislámica Onu. Esa Onu de la que los imbéciles y los hipócritas hablan siempre quitándose el

sombrero como si fuese una cosa seria, una madre justa y honesta e imparcial. («Dirijámonos-a-la-Onu». «Que-intervenga-la-Onu». «Dejemos-que-decida-la-Onu»). Esa Onu que despreciando olímpicamente la Declaración Universal de Derechos Humanos, texto que los países musulmanes nunca han querido suscribir, publicó en 1997 la «Declaración de los Derechos Humanos en el Islam». Un documento que ya en el prólogo dice: «Todos los derechos estipulados en la siguiente Declaración están sujetos a la Ley Islámica, a la Sharia. En los países islámicos, la Sharia es la única fuente de referencia por lo que a los derechos

humanos se refiere». Esa Onu que por medio de su ambigua Commission for Human Rights albergó en Ginebra en el mes de noviembre de 1997 un seminario financiado por la Conferencia Islámica llamado «Perspectivas Islámicas sobre la Declaración Universal de los Derechos Humanos». Seminario que concluyó con la invitación a «extender por todas partes las perspectivas islámicas sobre los derechos humanos» así como a recordar «la contribución hecha por el Tslam para poner los fundamentos de tales derechos». (Según la Conferencia Islámica, derechos con los que el Islam siempre ha guiado a los pueblos «para arrancarlos de la

oscuridad, iluminarlos, explicarles que es necesario someterse a Dios de la forma que prescriben el Corán y la Sunna»). Esa Onu que en 1999 censuró al relator especial de la UN Commission for Human Rights, Maurice Glèlè Ahanhanzo, porque en su informe había dedicado veinticinco páginas al antisemitismo difundido en los países árabes y en Irán. Esa Onu en la que el embajador de Pakistán osa afirmar, sin oposición de nadie, que «la primera Carta de los Derechos Humanos es el Corán y la primera Declaración de los Derechos Humanos es la que hizo Mahoma en Medina». Esa Onu que protege descaradamente la indecente

dictadura ejercida por los fundamentalistas islámicos en Sudán, y que al jefe del Movimiento de Liberación Sudanés, al cristiano John Garang, nunca le ha permitido abrir la boca delante de un comité o en la Asamblea. Esa Onu que junto a la inefable Unión Europea ha inventado los delitos de «islamofobia» y de «difamación al Islam». No en vano también allí tengo un Fray Accursio.

Se trata del senegalés Doudou (léase Dudù) Diène, pez gordo ya de la exfilosoviética Unesco, mi Fray Accursio de la Onu. En el año 2002 se le asignó el papel que perteneciera al censurado Maurice Glèlè Ahanhango es

decir el de Relator Especial. ¿Y sabes cómo ejerce dicho papel? Buscando y señalando ante la UN Commission for Human Rights los casos de islamofobia que «desde el Once de Septiembre afligen a los musulmanes de América y de Europa». Continentes donde, a su juicio, «las mujeres, los ancianos y los niños musulmanes son continuamente víctimas de ataques físicos o verbales y por lo tanto viven en el terror». Sobre tal calumnia ha redactado un informe que este año presentará a la Commission for Human Rights de Ginebra, para que celebre un Proceso Moral. ¿Y sabes quiénes son a su juicio los cerebros de esta persecución? En América, los

líderes de la Iglesia Evangélica que luchan contra el esclavismo islámico en Sudán así como los sesenta intelectuales que liderados por Samuel Huntington firmaron una carta abierta titulada «Por qué luchamos» además del reverendo baptista Jerry Falwell que defiende los Diez Mandamientos y de Pat Robertson que ha fundado la Radio Cristiana Cbn. En Europa, «los intelectuales que obstaculizan la inmigración, rechazan el pluralismo cultural, acusan al Islam, sostienen que el Islam es incompatible con el laicismo, y que con tales actuaciones desequilibran el orden internacional». A dirigir tal acto de desequilibrio, dice él, somos la que esto

escribe y dos franceses: el escritor Pierre Manent y el estudioso Alain Finkielkraut. El primero porque se declaró en contra del diálogo con el Islam y dijo que los musulmanes deberían quedarse en su casa. El segundo porque, tras la publicación de «La Rabia y el Orgullo» me defendió afirmando que lejos de ser racista el libro obliga a mirar a la realidad a la cara, rompe tabúes, ejerce la libertad sin temor. Pero el informe es sólo una pequeña parte del auto de fe desencadenado por el que fuera ya pez gordo de la exfilosoviética Unesco. De hecho, en Ginebra, Dudù pedirá al Santo Oficio de la Onu que conciba «una

estrategia cultural para extirpar las ideologías que difaman al Islam y para promover un convenio mundial que controle la forma en que la Historia es escrita, es más, enseñada en Occidente».



Ergo, la rabia que me consumía hace ya más de dos años no se ha aplacado. Si acaso se ha duplicado. El orgullo que hace ya más de dos años me mantenía firme no se ha debilitado. Si acaso se ha agudizado. Y cuando un Fray Accursio

cualquiera me pregunta si en lo que entonces escribí hay algo de lo que me arrepienta, algo de lo que me gustaría abjurar, le respondo: «Al contrario. Sólo me arrepiento de haber dicho menos de lo que habría debido decir y de haber llamado sólo cigarras a los que hoy llamo colaboracionistas. Es decir traidores». Añado además que la rabia y el orgullo se casaron y han dado a luz un hijo robusto: la indignación. Y la indignación ha aumentado la reflexión, ha fortalecido la Razón. La Razón ha enfocado las verdades que los sentimientos no habían enfocado y que hoy puedo expresar sin medias tintas. Preguntándome por ejemplo: ¿qué clase

de democracia es una democracia que vela el disenso, lo castiga, lo transforma en delito? ¿Qué clase de democracia es una democracia que en vez de escuchar a los ciudadanos los silencia, los entrega al enemigo, los deja abandonados ante los abusos y la prepotencia? ¿Qué tipo de democracia es una democracia que favorece la teocracia, restablece el concepto de herejía, tortura y manda a la hoguera a sus hijos? ¿Qué tipo de democracia es una democracia en la que la minoría cuenta más que la mayoría y, en contra de la mayoría, tiraniza y chantajea?! Una no-democracia, créeme. Un embrollo, una mentira. ¿Y qué clase de libertad es

una libertad que impide pensar, hablar, ir contracorriente, rebelarse, oponerse a quien nos invade o nos amordaza? ¿Qué clase de libertad es una libertad que hace vivir a los ciudadanos con el temor de ser tratados, mejor dicho, procesados y condenados como delincuentes? ¿Qué clase de libertad es una libertad que además de los razonamientos quiere censurar los sentimientos y por lo tanto establecer a quién debo amar, a quién debo odiar y por consiguiente si odio a los americanos y a los israelíes voy al Paraíso y si no amo a los musulmanes voy al Infierno? Una no-libertad, créeme. Una burla, una farsa.

Con indignación y en nombre de la

Razón retomo pues el discurso que hace más de dos años cerré diciendo basta-stop-basta. Con indignación y en nombre de la Razón imito a Mastro Cecco, reincido, publico esta segunda «Esfera Armilar». Mientras Troya arde en llamas. Mientras Europa se convierte cada vez más en una provincia del Islam, una colonia del Islam. E Italia en la vanguardia de esa provincia, un punto de apoyo de esa colonia.

# *CAPÍTULO 1*

No me agrada decir que Troya arde en llamas, que Europa ya es una provincia, mejor dicho, una colonia del Islam, y que Italia es la vanguardia de esa provincia, un punto de apoyo de esa colonia. Decirlo equivale a admitir que todas las Casandras le hablan al viento, que, a pesar de sus gritos de dolor los ciegos siguen ciegos, los sordos siguen sordos, las conciencias despiertas se vuelven a adormecer de inmediato y los Mastro Cecco mueren en vano. Pero la

verdad es precisamente ésta. Desde el Estrecho de Gibraltar a los fiordos de Sørøy, desde las escolleras de Dover a las playas de Lampedusa, desde las estepas de Volgogrado a los valles del Loira y las colinas de Toscana, el incendio se extiende. En cada una de nuestras ciudades hay una segunda ciudad. Una ciudad superpuesta e idéntica a aquella que en los Años Setenta los palestinos crearon en Beirut instalando un Estado dentro del Estado, un gobierno dentro del gobierno. Una ciudad musulmana, una ciudad gobernada por el Coran. Una etapa en el expansionismo islámico. Ese expansionismo que nadie ha conseguido

nunca superar. Nadie. Ni siquiera los persas de Ciro el Grande. Ni siquiera los macedonios de Alejandro Magno. Ni siquiera los romanos de Julio César. Ni siquiera los franceses de Napoleón. Porque éste es el único arte en el que los hijos de Alá han destacado siempre, el arte de invadir conquistar subyugar. Su presa más codiciada siempre ha sido Europa, el mundo cristiano. ¿Le echamos una ojeada a esa Historia que el señor Dudù quiere controlar, es decir, tachar de un plumazo? Fue en el año 655 después de Cristo, apenas tres años después de la muerte de Mahoma, cuando los ejércitos de la Media Luna invadieron la cristiana Siria y la

cristiana Palestina. Fue en el año 638 cuando se apoderaron de Jerusalén y del Santo Sepulcro. Fue en el 640 cuando conquistadas Persia y Armenia y Mesopotamia, es decir el actual Irak, invadieron el cristiano Egipto y cundieron por el cristiano Magreb, es decir por Túnez y Argelia y Marruecos. Fue en el 668 cuando atacaron por primera vez Constantinopla, la sometieron a un asedio de cinco años. Fue en el 711 cuando atravesaron el Estrecho de Gibraltar, desembarcaron en la catolicísima Península Ibérica, se apoderaron del actual Portugal y la actual España, donde pese a don Pelayo y al Cid Campeador y a todos los

monarcas embarcados en la Reconquista se quedaron la friolera de ocho siglos. Y los que se creen el mito de la «convivencia pacífica» que según los colaboracionistas caracterizaba las relaciones entre conquistados y conquistadores harían bien en releer las historias de los conventos y de los monasterios incendiados, de las iglesias profanadas, de las monjas violadas, de las mujeres cristianas o judías raptadas para ser encerradas en los harenes. Harían bien en reflexionar sobre las crucifixiones de Córdoba, sobre los ahorcamientos de Granada, sobre las decapitaciones de Toledo y de Barcelona, de Sevilla y de Zamora. (Las

de Sevilla, decretadas por Mutamid, el rey que adornaba los jardines de su palacio con cabezas cortadas. Las de Zamora, por Almanzor, el visir definido como el-mecenas-de-los-filósofos, el-mayor-líder-que-haya-dado-jamás-la-España-Islámica). ¡Por los clavos de Cristo! Si se invocaba el nombre de Jesús o de la Virgen te ajusticiaban en el acto. Crucificados o decapitados o ahorcados. Y a veces empalados. Si se tocaban las campanas, lo mismo. Si se llevaba una indumentaria verde, el color del Islam, ídem. Al paso de un musulmán los perros-infieles debían echarse a un lado, inclinarse. Si el musulmán los agredía o los insultaba, no

podían rebelarse. En cuanto al detalle de que los perros-infieles no tuviesen la obligación de convertirse al Islam, ¿sabéis a qué se debía? Al hecho de que los conversos no pagaban impuestos. Los perros-infieles, en cambio, sí.

De España en el 721 pasaron a la no menos católica Francia. Liderados por Abderramán, el gobernador al-Andalus, cruzaron los Pirineos, tomaron Narbona. Allí masacraron a toda la población masculina, redujeron a la esclavitud a todas las mujeres y a todos los niños y prosiguieron hacia Carcasona. De Carcasona pasaron a Nimes donde masacraron a monjas y frailes. De Nimes pasaron a Lyon y a Dijon donde

saquearon todas las iglesias. ¿Sabéis cuánto tiempo duró su avanzada sobre Francia? Once años. Por oleadas. En el 731 una oleada de trescientos ochenta mil soldados de infantería y dieciséis mil de caballería llegó a Burdeos que se rindió de inmediato. De Burdeos pasó a Poitiers y después a Tours, y si en el 732 Carlos Martel no hubiese ganado la batalla de Poitiers-Tours hoy en día los franceses también bailarían flamenco. En el 827 desembarcaron en Sicilia, otro objetivo de su codicia. Masacrando y profanando como de costumbre conquistaron Siracusa y Taormina, Mesina luego Palermo, y en tres cuartos de siglo (tanto necesitaron para doblegar

la denodada resistencia de los sicilianos) la islamizaron. Permanecieron allí durante más de dos siglos y medio, es decir hasta que fueron expulsados por los Normandos, pero en el 836 desembarcaron en Brindisi. En el 840, en Bari. E islamizaron también Apulia. En el 841 desembarcaron en Ancona. Del Adriático pasaron al Tirreno y en el verano del 846 desembarcaron en Ostia. La saquearon, la incendiaron, y remontando el Tíber desde su desembocadura llegaron hasta Roma. La asediaron y una noche irrumpieron dentro. Expoliaron las basílicas de San Pedro y de San Pablo, saquearon todo lo saqueable. Para

liberarse de ellos, el Papa Sergio II tuvo que comprometerse a entregarles un tributo anual de veinticinco mil monedas de plata. Para prevenir otros ataques, su sucesor León IV levanto las murallas leoninas.

Abandonada Roma, ocuparon Campania. Permanecieron allí setenta años destruyendo Montecassino y torturando a Salerno. Ciudad en la que, en un momento determinado, empezaron a divertirse sacrificando todas las noches la virginidad de una monja. ¿A que no sabéis dónde? En el altar de la catedral. En el 898, por otra parte, desembarcaron en la Provenza. Exactamente, en la actual Saint-Tropez.

Se establecieron allí, y en el 911 cruzaron los Alpes para entrar en Piamonte. Ocuparon Turín y Casale, incendiaron iglesias y bibliotecas, mataron a miles de cristianos, después pasaron a Suiza. Alcanzaron el valle de los Grisones y el lago de Ginebra, luego amilanados ante la nieve dieron marcha atrás. Regresaron a la cálida Provenza, en el año 940 ocuparon Tolón y... Hoy está de moda darse golpes de pecho a cuento de las Cruzadas, echar pestes de Occidente a cuento de las Cruzadas, considerar las Cruzadas una injusticia cometida contra los pobres musulmanes inocentes. Pero antes que una serie de expediciones encaminadas a

reconquistar el Santo Sepulcro, las Cruzadas fueron la respuesta a cuatro siglos de invasiones ocupaciones vejaciones carnicerías. Fueron una contraofensiva para bloquear el expansionismo islámico en Europa. Para desviarlo (*mors tua, vita mea*) hacia Oriente. Hacia la India, Indonesia, China, el continente africano, incluso hacia Rusia y Siberia, donde los Tártaros convertidos al Islam estaban ya difundiendo el Corán. Concluidas las Cruzadas, de hecho, los hijos de Alá volvieron a torturarnos como antes y más que antes. Por obra de los turcos, esta vez, que se estaban aprestando a parir el Imperio Otomano. Un imperio

que hasta el año 1700 concentró sobre Occidente toda su codicia, su voracidad, y transformó Europa en su campo de batalla preferido. Intérpretes y portadores de esa voracidad fueron los famosos jenízaros que todavía hoy están presentes en nuestra lengua como sinónimo de sicario o fanático o asesino. ¿Pero sabéis quiénes eran, en realidad, los jenízaros? Las tropas de elite del Imperio. Los súpersoldados tan dispuestos a inmolarsse como a combatir, masacrar, saquear. ¿Y sabes dónde los reclutaban, mejor dicho, dónde los secuestraban? En los países sometidos al Imperio. En Grecia, por ejemplo, o en Bulgaria, en Rumania, en Hungría, en

Albania, en Serbia, y a veces incluso en Italia. A lo largo de las costas azotadas por los piratas. Los secuestraban con diez once o doce años, eligiéndolos entre los primogénitos más fuertes y guapos de las mejores familias. Tras convertirlos los encerraban en sus cuarteles, les prohibían casarse o mantener cualquier tipo de relación amorosa o afectiva, (en cambio, se fomentaba el estupro), los adoctrinaban como ni siquiera Hitler fue capaz de adoctrinar a sus Waffen SS. Los transformaban en la máquina de guerra más potente que haya conocido el mundo desde la época de los antiguos romanos.



No quisiera aburrirte dándote esas leccioncitas de Historia que con gran alivio de Dudù se evitan cuidadosamente en nuestras escuelas, pero aunque sea de pasada no tengo más remedio que refrescarte la memoria, así que ahí va: en 1356, es decir ochenta y cuatro años después de la Octava Cruzada, los turcos se apropiaron de Galípoli es decir de la península que a lo largo de cien kilómetros se extiende por la orilla septentrional del estrecho de los Dardanelos. Desde allí partieron

hacia la conquista de la Europa sur-oriental y en un abrir y cerrar de ojos invadieron Tracia, Macedonia y Albania. Doblegaron a la Gran Serbia, y con otro asedio de cinco años paralizaron Constantinopla completamente aislada ya del resto de Occidente. En 1396 detuvieron su avance, sí, para hacer frente a los Mongoles (a su vez islamizados), pero en 1430 retomaron la marcha ocupando la veneciana Salónica. Tras arrollar a los cristianos en Varna en 1444 se aseguraron la posesión de Valaquia, de Moldavia, de Transilvania, en definitiva de todo el territorio que hoy se denomina Bulgaria y Rumania, y en

1453 asediaron de nuevo Constantinopla que el 29 de mayo cayó en manos de Mehmet II. Una fiera sanguinaria que en virtud de la islámica Ley del Fratricidio (ley que argumentando razones dinásticas autorizaba a un sultán a asesinar a sus familiares más cercanos) había llegado al trono gracias a que estranguló a su hermanito de tres años. Por cierto, ¿conoces el relato que sobre la caída de Constantinopla nos ha legado el escribano Phrantzes? Quizá no. En la Europa que llora sólo por los musulmanes, pero jamás por los cristianos o los hebreos o los budistas o los hinduistas, no sería Politically Correct conocer los detalles de la caída

de Constantinopla... Los habitantes que a la caída de la tarde mientras Mehmet II dispara cañonazos contra las murallas de Teodosio se refugian en la catedral de Santa Sofía y se ponen a cantar salmos, a invocar la misericordia divina. El patriarca que a la luz de las velas celebra la última Misa y para animar a los más atemorizados grita: «¡No tengáis miedo! ¡Mañana estaréis en el Reino de los Cielos y vuestros nombres sobrevivirán hasta la noche de los tiempos!». Los niños que lloran, las madres que les dicen entre sollozos: «¡Calla, hijo, calla! ¡Morimos por nuestra fe en Jesucristo! ¡Morimos por nuestro emperador Constantino XI, por

nuestra patria!». Las tropas otomanas que tocando sus tambores entran por las brechas abiertas en las desmoronadas murallas, arrollan a los defensores genoveses, venecianos y españoles, los masacran a todos a golpes de cimitarra, irrumpen después en la catedral y decapitan hasta a los recién nacidos. Y con sus cabezas apagan las velas... La matanza duró desde el alba hasta el anochecer. Sólo se interrumpió cuando el Gran Visir subió al púlpito de Santa Solía y les dijo a los matarifes: «Descansad. Este templo ya pertenece a Alá». Mientras, la ciudad ardía. La soldadesca crucificaba y empalaba. Los jenízaros violaban y después degollaban

a las monjas (cuatro mil en unas pocas horas) o encadenaban a los supervivientes para venderlos en el mercado de Ankara. Los cortesanos preparaban el Banquete de la Victoria. Aquel banquete en el que (ante las barbas del Profeta) Mehmet II se emborrachó con los vinos de Chipre, y dado que sentía debilidad por los jovencitos hizo llevar a su presencia al primogénito del gran duque greco-ortodoxo Notaras. Un adolescente de catorce años famoso por su belleza. Delante de todos lo estupró, y después de haberlo violado se hizo traer a los demás Notaras. A sus padres, a sus abuelos, a sus tíos, a sus primos.

Delante de él, los decapitó. Uno a uno. También hizo destruir todos los altares, fundir todas las campanas, transformar todas las iglesias en mezquitas o en bazares. Sí, sí, así fue como Constantinopla se convirtió en Estambul. Lo quieran oír o no los Fray Accursio de la Onu.

Tres años después, es decir en 1456, conquistaron Atenas donde, de nuevo, Mehmet II transformó en mezquitas todas las iglesias y los antiguos edificios. Con la conquista de Atenas completaron la invasión de Grecia que tuvieron bajo su poder es decir devastaron durante cuatrocientos años. Después, atacaron la república de Venecia que en 1476 se los

encontró metidos hasta en Friuli y en el valle del Isonzo. Cuanto ocurrió en el siglo siguiente no es menos escalofriante. Porque en 1512 subió al trono del Imperio Otomano Selim el Sanguinario. Siempre en virtud de la Ley del Fratricidio llegó al trono tras asesinar a dos de sus hermanos, a cinco sobrinos, a varios califas y a un número indeterminado de visires, y de este individuo surgió el sultán que quiso fundar el Estado Islámico de Europa: Solimán el Magnífico. Apenas coronado, el Magnífico armó un ejército de casi cuatrocientos mil hombres y treinta mil camellos más cuarenta mil caballos y trescientos cañones. Desde la

ya islamizada Rumania en 1526 se dirigió a la católica Hungría y a pesar del heroísmo de los defensores desintegró a su ejército en menos de cuarenta y ocho horas. Luego alcanzó Buda, hoy Budapest, la incendió, completó la ocupación, y adivina cuántos húngaros (hombres y mujeres y niños) terminaron inmediatamente en el mercado de esclavos que distinguía a Estambul. Cien mil. Adivina cuántos terminaron, el año siguiente, en los mercados que competían con el de Estambul es decir en los bazares de Damasco y Bagdad y El Cairo y Argel. Tres millones. Pero ni siquiera esto le bastó. Para realizar el Estado Islámico

de Europa, Solimán armó otro ejército con otros cuatrocientos cañones y en 1529 pasó de Hungría a Austria. La ultracatólica Austria considerada ya como el baluarte de la Cristiandad. No logró conquistarla, de acuerdo. Tras cinco semanas de inútiles asaltos prefirió retirarse. Pero en la retirada masacró a treinta mil campesinos, simplemente porque no le merecía la pena venderlos en los mercados de Estambul o Damasco o Bagdad o El Cairo o Argel porque el precio de los esclavos había descendido demasiado a causa de aquellos tres millones cien mil húngaros, y apenas estuvo de regreso confió la reforma de la armada al

famoso pirata Khayr al-Din llamado Barbarroja. La reforma le permitió convertir el Mediterráneo en el feudo marítimo del Islam, de ahí que, tras haber sofocado una conjura palaciega haciendo estrangular al primero y al segundo de sus hijos y a los seis hijos de éstos, es decir, a sus seis nietos, en 1565, se abalanzó sobre la fortaleza cristiana de Malta. Y de nada sirvió que en 1566 muriese de un infarto cardiaco.

Y no sirvió de nada porque subió al trono su tercer hijo. Conocido con el apelativo no de Magnífico, sino de Borracho. Fue precisamente bajo el reinado de Selim el Borracho cuando el general Lala Mustafa conquistó en 1571

la cristianísima Chipre, donde cometió una de las infamias más vergonzosas con las que se ha enfangado la llamada Cultura Superior. El martirio del patricio veneciano Marcantonio Bragadino, gobernador de la isla. Como cuenta el historiador Paul Eregosi en su extraordinaria obra «Yihad», tras haber firmado la rendición Bragadino fue a entrevistarse con Lala Mustafa para discutir los términos de la futura paz. Y siendo un hombre apegado a las formas se acudió con gran pompa. Es decir a lomos de un corcel exquisitamente enjaezado, tocado con la toga violeta del Senado y escoltado por cuarenta arcabuceros en uniforme de gala y por el

bellísimo paje Antonio Quirini (el hijo del almirante Quirini) que sujetaba sobre su cabeza un hermoso parasol. Pero de paz no se habló en absoluto. Porque de acuerdo con el plan ya establecido los jenízaros secuestraron de inmediato al paje Antonio para encerrarlo en el serrallo de Lala Mustafa que desvirgaba a los jovencitos con más delectación incluso que Mehmet II, luego rodearon a los cuarenta arcabuceros y los hicieron pedazos a golpes de cimitarra. Pedazos: literalmente. Por último desmontaron a Bragadino, acto seguido le cortaron la nariz luego las orejas y una vez mutilado lo obligaron a arrodillarse ante el

vencedor que lo condenó a ser desollado vivo. La ejecución se efectuó trece días después, en presencia de todos los chipriotas a los que se había obligado a asistir. Mientras los jenízaros se burlaban de su rostro sin nariz y sin orejas, Bragadino fue obligado a dar la vuelta repetidas veces a la ciudad arrastrando sacos de inmundicias y lamiendo la tierra cada vez que pasaba ante Lala Mustafa. Murió mientras lo desollaban. Y con su piel rellena de paja Lala Mustafa ordenó fabricar un muñeco que colocado a lomos de una vaca dio la vuelta de nuevo a toda la ciudad y finalmente fue izado en el pendón principal de la nave almirante. A mayor

gloria del Islam.

No sirvió de nada que el 7 de octubre de ese mismo año los venecianos furibundos y aliados con España, el papado, Genova, Florencia, Turín, Parma, Mantua, Lucca, Ferrara, Urbino y Malta derrotasen a la armada de Alí Pacha en la batalla naval de Lepanto. El Imperio Otomano había alcanzado la cumbre de su poder y con los siguientes sultanes los ataques contra el continente europeo prosiguieron de forma imperturbable. Llegaron hasta Polonia donde sus hordas entraron dos veces: en 1621 y en 1672. Su sueño de establecer el Estado Islámico de Europa no se paralizó hasta 1683 cuando el

Gran Visir Kara Mustafa reunió a medio millón de soldados, mil cañones, cuarenta mil caballos, veinte mil camellos, veinte mil elefantes, veinte mil búfalos, veinte mil mulos, veinte mil vacas y toros, diez mil ovejas y cabras, así como cien mil sacos de maíz, cincuenta mil sacos de café, un centenar de mujeres, entre esposas y concubinas, y acompañado de toda esa patulea entró de nuevo en Austria. Levantando un inmenso campamento (veinticinco mil tiendas más la suya, adornada con fuentes y plumas de avestruz) puso de nuevo cerco a Viena. Pero el hecho es que en aquella época los europeos eran más inteligentes de lo que lo son hoy; y

excepto los franceses del Rey Sol (que había firmado con el enemigo un tratado de alianza, al tiempo que prometía a los austríacos que no los atacaría) acudieron todos a defender la ciudad considerada como el baluarte del Cristianismo. Todos. Ingleses, españoles, alemanes, ucranianos, polacos, genoveses, venecianos, toscanos, piemonteses, y papalinos. El 12 de septiembre consiguieron una extraordinaria victoria que obligó a Kara Mustafa a huir abandonando camellos, elefantes, mujeres, concubinas degolladas, y...

Mira, la actual invasión de Europa no es sino otro aspecto de aquel

expansionismo. Más sutil, eso sí. Más falaz. Porque esta vez los que lo están ejecutando no son los Kara Mustafa, Lala Mustafa, Ali Pacha, Solimán el Magnífico y los jenízaros. O mejor dicho, no son sólo los Bin Laden, los Sadam Husein, los Arafat, los jeques Yassin, los terroristas que saltan por los aires junto a los rascacielos o los autobuses. Son también los inmigrantes que se instalan en nuestra casa y que sin respeto alguno por nuestras leyes nos imponen sus ideas. Sus costumbres, su Dios. ¿Sabes cuántos de ellos viven en el continente europeo es decir en la zona que va desde la costa Atlántica a la cordillera de los Urales? Cerca de

cincuenta y tres millones. Dentro de la Unión Europea, cerca de dieciocho. (Aunque hay quien dice que veinte). Fuera de la Unión Europea, pues, treinta y cinco millones. Lo que incluye Suiza donde son más del diez por ciento de la población, Rusia donde son el diez y medio por ciento, Georgia donde son el doce por ciento, la isla de Malta donde son el trece por ciento, Bulgaria donde son el quince por ciento. Y el dieciocho en Chipre, el diecinueve en Serbia, el treinta en Macedonia, el sesenta en Bosnia-Herzegovina, el noventa en Albania, el noventa y tres y medio en Azerbaiyán. Sólo escasean en Portugal donde son el 0,50 por ciento, en Ucrania

donde son el 0,45 por ciento, en Letonia donde son el 0,58 por ciento, en Eslovaquia donde son el 0,19 por ciento, en Lituania, donde son el 0,14 por ciento. Y en Islandia, donde son el 0,04 por ciento. Afortunados islandeses. Pero en todas partes (incluso en Islandia) aumentan a ojos vista. Y no sólo porque la invasión avanza de forma implacable sino también porque los musulmanes constituyen el grupo étnico y religioso más prolífico del mundo. Característica favorecida por la poligamia y por el hecho de que el Corán en una mujer ve ante todo un vientre para parir.



Se corre peligro de muerte civil si se toca este argumento. En la Europa sojuzgada el tema de la fertilidad islámica es un tabú que nadie se atreve a desafiar. Si lo intentas, vas derecho ante un tribunal acusado de racismo-xenofobia-blasfemia. No es casual que entre las acusaciones del proceso al que fui sometida en París figurase una frase (brutal, estoy de acuerdo» pero exacta) con la que me había traducido al francés. «Ils se multiplient comme les rats. Se multiplican como ratas». Pero

ningún proceso liberticida podrá negar algo de lo que ellos mismos se vanaglorian. Es decir, el hecho de que en el último medio siglo los musulmanes han crecido un 235 por ciento. (Los cristianos sólo el 47 por ciento). Que en 1996 eran 1.483 millones. En el 2001, 1.624 millones. En el 2002, 1.657 millones. (Del 2003 todavía no hay datos» pero supongo que al ritmo de treinta y tres millones al año habrán llegado al menos a la cifra de 1.690 millones). Ningún juez liberticida podrá nunca ignorar estos datos, proporcionados por la Onu, que atribuye a los musulmanes una tasa de crecimiento de entre el 4,60 y el 6,40

por ciento al año. (Los cristianos, sólo el 1,40 por ciento). Para creerlo basta recordar que las regiones más densamente pobladas de la ex Unión Soviética son las musulmanas, comenzando por Chechenia. Que en los Años Sesenta, los musulmanes de Kosovo eran el 60 por ciento. En los Años Noventa, el 90 por ciento. Y hoy, el cien por cien. Ninguna ley liberticida podrá nunca desmentir que precisamente gracias a esa extraordinaria fertilidad en los Años Setenta y Ochenta los chiítas lograron imponerse en Beirut y destronar a la mayoría cristiano maronita. Tampoco podrá negar que en la Unión Europea los bebés musulmanes

constituyen todos los años el diez por ciento de los recién nacidos, que en Bruselas alcanzan el treinta por ciento, en Marsella el sesenta por ciento, y que en varias ciudades italianas el porcentaje está subiendo dramáticamente. De tal forma que en el 2015 los actuales quinientos mil nietecitos de Alá serán, en Italia, al menos un millón. Pero, sobre todo, basta recordar aquello que Bumedián (que destituyó a Ben Bella con un golpe de Estado tres años después de la independencia de Argelia) dijo en 1974 ante la Asamblea de las Naciones Unidas: «Un día millones de hombres abandonarán el hemisferio sur para

irrumper en el hemisferio norte. Y no lo harán precisamente como amigos. Porque irrumperán para conquistarlo. Y lo conquistarán poblándolo con sus hijos. Será el vientre de nuestras mujeres el que nos dé la victoria».

No decía nada nuevo. Mucho menos algo genial. La Política del Vientre es decir la estrategia de exportar seres humanos y hacerlos tener hijos en abundancia ha sido siempre el sistema más simple y más seguro para apoderarse de un territorio, dominar un país, sustituir a un pueblo o sojuzgarlo. Y desde el siglo VIII en adelante el expansionismo islámico siempre se ha desarrollado a la sombra de esta

estrategia. A menudo, por medio del estupro y del concubinato. Piensa en lo que sus soldados y sus tropas de ocupación hacían en Andalucía, en Albania, en Serbia, en Moldavia, en Bulgaria, en Rumania, en Hungría, en Rusia. Y también en Sicilia, en Cerdeña, en Apulia, en Provenza. Y también en Cachemira, en la India. Por no hablar de África. Comenzando por Egipto y por todo el Magreb. Pero con la decadencia del Imperio Otomano la Política del Vientre había perdido brío, y el discurso de Bumedián fue como un toque de trompeta que sacudió a los desmemoriados. De hecho, ese mismo año, la Organización de la Conferencia

Islámica cerró la cumbre de Lahore con una deliberación que incluía el proyecto de transformar el flujo de los inmigrantes hacia el continente europeo (en aquel momento un flujo modesto) en «preponderancia demográfica». Y hoy aquel proyecto es un precepto. En todas las mezquitas de Europa la oración del viernes va acompañada de la exhortación que incita a las mujeres musulmanas a «parir al menos cinco hijos cada una». Y cinco hijos no son precisamente pocos. En el caso del inmigrante con dos mujeres, se convierten en diez. Diez por lo menos. En el caso del inmigrante con tres mujeres, se convierten en quince. Quince

por lo menos. Y no me digáis que entre nosotros la poligamia está prohibida, porque mi indignación aumenta y te recuerdo que si eres un bígamo italiano o francés o inglés etcétera vas derecho a la cárcel. Pero si eres un bígamo argelino o marroquí o paquistaní o sudanés o senegalés etcétera, nadie te toca un pelo.

En 1993 Francia dictó una ley que prohibía la inmigración de polígamos y autorizaba la expulsión de los que habían entrado ya y vivían con más de una mujer. Pero los macabeos de lo Politically Correct y los tercermundistas del victimismo pusieron el grito en el cielo en nombre de los Derechos-

Humanos y de la Pluralidad-Étnico-Religiosa. Acusaron a los legisladores de intolerancia, racismo, xenofobia y neocolonialismo, y hoy en Francia a los inmigrados polígamos los encuentras por doquier. En el resto de Europa, ídem. Incluida Italia donde el artículo 556 del Código Penal castiga a los reos con penas de cárcel de hasta cinco años, pero donde nunca se ha visto jamás un proceso o una expulsión por poligamia. Yo sé de un magrebí que vive en Toscana con dos o tres mujeres y una docena de hijos. (El número de hijos es incierto porque cada poco tiempo nace uno nuevo. El número de mujeres, también, porque nunca salen juntas y

además de chador llevan nikab es decir la mascarilla que les cubre el rostro hasta la nariz y por lo tanto parecen todas iguales). Un día le pregunté a un funcionario de la Jefatura de policía por qué motivo se le permitía al magrebí infringir el artículo 556. Ésta fue su respuesta: «Por motivos de orden público». Circunloquio que traducido al lenguaje llano significa: «Para no crearnos un enemigo, para no irritar a sus paisanos y a sus padrinos». Y que, traducido en palabras honestas, quiere decir: «Por miedo».



Pues sí. En la Europa que arde en llamas se ha reproducido la enfermedad que el siglo pasado convirtió en fascistas incluso a los italianos no fascistas, en nazis a los alemanes no nazis y en bolcheviques a los rusos no bolcheviques. Y que ahora convierte en traidores incluso a los que no querrían serlo: el miedo. Es una enfermedad mortal, el miedo. Una enfermedad que alimentada de oportunismo, conformismo, chaqueteo y naturalmente bellaquería, causa más víctimas que el

cáncer. Una enfermedad que al contrario del cáncer es contagiosa y afecta a cualquiera que se cruce en su camino. Buenos y malos, estúpidos e inteligentes, canallas y caballeros. He visto cosas terribles, durante estos dos años, causadas por culpa del miedo. Cosas mucho más terribles que las que vi en la guerra donde se vive y se muere en el miedo. He visto a líderes que iban de valentones y que, por miedo, han izado la bandera blanca. He visto a liberales, que se definían como paladines del laicismo y que, por miedo, han comenzado a cantar las alabanzas del Corán. He visto a amigos o a presuntos amigos que, aunque con suma

cautela, compartían mis ideas, y que por miedo han dado marcha atrás y se han autocensurado. Pero lo más terrible que he visto es el miedo de los que deberían proteger la libertad de pensamiento y de palabra, es decir el miedo de las así llamadas instituciones y de la prensa.

El verano pasado en Florencia don Roberto Tassi, el párroco de Santa María de Ricci (la iglesia de vía del Corso, donde Dante conoció a Beatriz), clavó en el templo dos conmovedores carteles. Uno delante del altar mayor que decía: «¡Salve, oh Cruz, única esperanza nuestra! ¡Aquí todos nos quieren destruir!». El otro en el atrio que, junto a la imagen de las Dos Torres

a punto de desintegrarse, ofrecía un silogismo perfecto: «El Islam es teocracia. La teocracia niega la democracia. Ergo, el Islam está contra la democracia». Un silogismo que don Tassi utilizaba para explicar que en manos de una teocracia la religión sólo sirve para mantenernos en la ignorancia, privarnos del conocimiento, asesinar nuestro intelecto. Cualquier persona civilizada debería haberle dado las gracias de rodillas. Uno no se encuentra todos los días con un cura al que le importan más los principios laicos que el credo católico. Pero guiados por un antiglobalización francés aficionado a mangonear en casa ajena, los

*arcobalenisti* lo sometieron a todo tipo de chantajes y de befas. Le obligaron a quitar los carteles, y esto sin que ni una sola voz se levantase en su defensa. En cuanto a la prensa, para qué hablar. Un diario romano dio la noticia con el siguiente titular: «Cruzada contra el Islam». Otro, florentino, con este otro: «Fuera el párroco anti Islam». De hecho en el sueño que los hijos de Alá cultivan desde hace tantos años, el sueño de hacer saltar por los aires la Torre de Giotto o la Torre de Pisa o la cúpula de San Pedro o la Torre Eiffel o la Abadía de Westminster o la catedral de Colonia y otros muchos monumentos, yo veo ante todo una estupidez. ¿Que sentido tendría

destruir los tesoros de una provincia que ya les pertenece? ¿Una provincia donde el Corán es el nuevo Das Kapital, Mahoma el nuevo Karl Marx, Bin Laden el nuevo Lenin y el Once de Septiembre la nueva toma de la Bastilla?

# *CAPÍTULO 2*

Que el sueño de destruir la Torre Eiffel es ante todo una gran estupidez lo entendí una tarde de la primavera de 2002, cuando «La Rabia y el Orgullo» salió en Francia donde un novelista acababa de ser incriminado por haber dicho que el Coran es el libro más estúpido y peligroso del mundo. Y donde (cual racista-xenófoba-blasfema-etcétera) en 1997 luego en 1998 luego en 2000 luego en 2001 Brigitte Bardot había sido condenada por haber escrito

o dicho lo que no se cansa de repetir, pobre Brigitte. Que los musulmanes le han robado la patria, que incluso en las aldeas más remotas las iglesias francesas han sido sustituidas por mezquitas y los Padrenuestros por los gritos de los muecines, que la tolerancia tiene un límite también en una democracia, que el sacrificio halal es una barbarie... (Por cierto: lo es. Lo es, siento decirlo, en la medida en que también lo es el sacrificio shechitah. Es decir el sacrificio hebreo que se realiza de la misma forma y que consiste en degollar a los animales sin aturdirlos, haciéndoles morir poco a poco. Lentísimamente, desangrados. Si no te lo

crees, vete a un matadero shechitah o halal y observa esa agonía que no termina nunca. Que acompañada de miradas desgarradoras concluye sólo cuando al cordero o al carnero no les queda ya ni una gota de sangre. Sólo entonces la carne es «pura», bien blanca, pura...).

Lo entendí, en definitiva, incluso antes de haber sido incriminada como el novelista y como Brigitte Bardot. Porque, ¿sabes quién fue el primero en amontonar leña para mi suplicio? El mismo semanario parisino al que el editor le había concedido permiso para publicar extractos del libro en primicia. ¿Y sabes cómo amontonó esa leña?

Publicando, junto a mi texto, las requisitorias de los Fray Accursio franceses. Periodistas, psicoanalistas, islamistas, filósofos, mejor dicho, pseudofilósofos, politólogos, todólogos. (A menudo, con nombres árabes. A veces, con nombres hebreos). ¿Sabes quién prendió luego a la pira? El periódico de extrema izquierda que me dedicó una portada con el titular (naturalmente con enormes caracteres) del artículo-condena: «Anatomie d'un Livre Abject. Anatomía de un Libro Abyecto». ¿Sabes qué pasó inmediatamente después? Pasó que, a pesar de que el libro-abyecto se lo rifasen en todas las librerías, muchos

hijos de Alá pretendieron que se eliminase de los escaparates y de las estanterías, y muchos librereros atemorizados se vieron obligados a venderlo a escondidas. En cuanto al proceso, no saltó sólo por la denuncia presentada por los musulmanes del «Mrap», es decir el Mouvement contre le Racisme et pour L'Amitié entre les Peuples (sic), sino también por la presentada por los hebreos de la «Licra», Ligue Internationale contre le Racisme et l'Antisémitisme. Los musulmanes del «Mrap», pidiendo que todos los ejemplares fuesen secuestrados y (supongo) quemados. Los hebreos de la «Licra», pidiendo que

cada ejemplar llevase escrita la siguiente frase: «¡Atención! ¡Este libro puede ser perjudicial para su salud mental!». Es decir una advertencia similar a la que afea los paquetes de cigarrillos: «Atención, el tabaco perjudica gravemente la salud». Ambas, pidiendo que fuese condenada a un año de cárcel y a desembolsar una sustanciosa indemnización en sus bolsillos... No fui condenada, ya se sabe. Un defecto de forma me salvó de la cárcel, de la indemnización, del secuestro, de la advertencia idéntica a la que afea los paquetes de cigarrillos. Con notable capacidad de raciocinio, el juez recordó, además, que la primera edición

se había agotado en menos de cuarenta y ocho horas, que las siguientes se vendían como rosquillas y que por lo tanto admitir alguna de las dos demandas sería como cerrar la puerta del establo cuando ya se han escapado los bueyes. Pero esto no borra el hecho de que los hebreos de la «Licra» desearan procesarme tanto como los musulmanes del «Mrap». No hacía otra cosa más que torturarme, durante esos días. No hacía otra cosa más que sacudir la cabeza y repetirme: No-lo-entiendo, no-lo-entiendo. En realidad era difícil entenderlo. Mi j'accuse contra el antisemitismo lo conocían bien, los Fray Accursio de la «Licra». También en

Francia éste había levantado un tumulto y a continuación del tumulto se había abierto una página web «thankyouoriana»... Sabían igualmente bien que precisamente por eso, las amenazas contra mi vida se habían multiplicado. Todavía hoy no se lo perdono. Pero, en cierto sentido, hoy, los entiendo.

Los entiendo porque, aunque tus abuelos muriesen en Dachau o en Mauthausen, no es fácil ser valiente en un país donde hay más de trescientas mil mezquitas. Donde el racismo islámico es decir el odio hacía los perros-infieles reina soberano y nunca se condena, nunca se castiga. Donde los musulmanes

declaran abiertamente: «Tenemos que aprovechar el espacio democrático que Francia nos ofrece, tenemos que aprovecharnos de la democracia, es decir servirnos de ella para ocupar territorio». Donde no pocos de ellos añaden: «En Europa el discurso nazi no fue entendido. O no por todos. Fue considerado un vehículo de locura homicida, cuando Hitler era un gran hombre». Donde no pocos querrían abolir el artículo de la Constitución Francesa que desde 1905 separa rigurosamente la Iglesia del Estado y con ese artículo todas las leyes que prohíben la poligamia, el repudio de la mujer, el proselitismo religioso en las

escuelas. Donde hace diez años una muchacha franco-turca de Colmar fue lapidada por su familia es decir por su madre y por sus hermanos y por sus tíos porque se había enamorado de un católico y quería casarse con él. («Mejor muerta que deshonrada» fue el comentario de su familia).

Donde, en el mes de noviembre de 2001, es decir apenas dos meses después del Once de Septiembre, una estudiante franco-marroquí de Galeria, Córcega, recibió veinticuatro puñaladas de su padre porque estaba a punto de casarse con un corso, también católico. («Mejor presidiario que deshonrado» fue el comentario del padre). Donde, ya

en 1994 el estilista de la Maison Chanel tuvo que pedir oficialmente disculpas a la comunidad musulmana amén de destruir decenas de bellísimos vestidos porque en la colección estival había utilizado telas adornadas o estampadas con los decorativos versículos del Corán en árabe. Donde recientemente se le conminó a un campesino a que retirase la cruz que tenía en un campo de trigo (un campo de su propiedad) porque «la visión de aquel símbolo religioso causa tensiones entre los musulmanes». Donde la arrogancia islámica querría abolir en las escuelas los textos «blasfemos» de Voltaire y Victor Hugo. Y con esos textos blasfemos la

enseñanza de la biología, una ciencia «impúdica porque se ocupa del cuerpo humano y del sexo». Y con la enseñanza de la biología las lecciones de gimnasia y de natación, deportes que no se pueden hacer con burkah o chador.

No es nada fácil ser un héroe en un país donde, a menudo, los musulmanes no son el diez-por-ciento oficial sino el treinta o el cincuenta por ciento. Si no te lo crees, vete a Lyon o a Lille o a Roubaix o a Burdeos o a Rouen o a Limoges o a Niza o a Tolosa o todavía mejor a Marsella que en la práctica ya ha dejado de ser una ciudad francesa. Es una ciudad árabe, una ciudad magrebí. Ve y visita en pleno centro el barrio de

Bellevue Pyat, convertido ahora en un arrabal de porquería y delincuencia, en una casbah donde los viernes ni siquiera se puede caminar por las aceras porque la gran mezquita no tiene cabida suficiente para todos los fieles y muchos rezan en la calle. Y donde los policías se niegan a aventurarse a entrar, diciendo: «C'est trop dangereux, es demasiado peligroso». Ve y visita la famosa Rué du Bon Pasteur donde todas las mujeres van con velo, todos los hombres llevan chilaba y la barba larga y turbante y además se pasan el día entero holgazaneando sentados en los cafés y viendo en la tele programas en árabe. Ve y visita el Collège Edgar

Quinet donde el noventa por ciento de los alumnos son musulmanes y donde el año pasado una adolescente de quince años llamada Nyma fue apaleada por sus compañeros de clase y después arrojada a un contenedor de basura porque llevaba vaqueros. Ya dentro del contenedor corrió el riesgo de que la quemaran viva. Digo «corrió el riesgo» porque fue salvada por el director de la escuela, Jean Pellegrini, que por eso recibió dos puñaladas. (¿Sabes quién se las dio? El hermano de Nyma). Sí, claro que los entiendo, a los ingratos señores de la «Licra», claro que los entiendo. El colaboracionismo nace casi siempre del miedo. Pero su caso me recuerda al de

los banqueros hebreos alemanes que en los Años Treinta, confiando en salvarse, le prestaron dinero a Hitler. Y que, a pesar de ello, terminaron en los hornos crematorios. Dicho esto, pasemos a la Abadía de Westminster.



Que el sueño de destruir la Abadía de Westminster era otra estupidez lo entendí en la primavera de 2003, cuando el *Times* de Londres publicó un artículo mío en el que atacaba el

antiamericanismo de los europeos y al mismo tiempo expresaba mis dudas sobre la oportunidad de iniciar una guerra contra Sadam Husein. Hacemos esta guerra para liberar Irak, decían Bush y Blair. La hacemos para llevar la libertad y la democracia a Irak como en los tiempos de Hitler y Mussolini la llevamos a Europa y luego a Japón. En un momento dado mi artículo objetaba: os equivocáis. Porque la libertad y la democracia no son dos onzas de chocolate para regalar a quienes no saben qué es ni quieren saberlo, a quienes no lo comen ni quieren comerlo. En Europa la operación fue un éxito porque en Europa las dos onzas de

chocolate eran un manjar que conocíamos bien, un patrimonio que nos habíamos construido y habíamos perdido y queríamos recuperar. En Japón también triunfó porque, a pesar de sus férreos vínculos con el autoritarismo, ya había comenzado la marcha hacia el progreso en la segunda mitad del 1800. Estaban preparados para comer las dos onzas de chocolate. Para entenderlas y para comerlas. La libertad y la democracia, amigos míos, hay que quererlas. Y para quererlas es necesario saber qué son y comprender qué es lo que encierran ambos conceptos. El noventa y cinco por ciento de los musulmanes rechazan la libertad y

la democracia, no sólo porque no saben lo que es sino también porque, si se lo explicas, no lo entienden. Son conceptos demasiado opuestos a aquéllos sobre los que se basa el totalitarismo teocrático. Demasiado ajenos al tejido ideológico del Islam. En dicho tejido es Dios el que manda, no los hombres. Es Dios el que decide el destino de los hombres, no los propios hombres. Un Dios que no deja espacio a la elección personal, al raciocinio, al razonamiento. Un Dios para el que los hombres no son ni siquiera sus hijos: son sus súbditos, sus esclavos. Señor Bush, señor Blair, ¿creen realmente que en Bagdad los iraquíes acogerán a sus tropas como

hace sesenta años nosotros las acogimos en las ciudades europeas con besos y abrazos, flores y aplausos? Y aunque eso sucediese (en Bagdad puede pasar cualquier cosa), ¿qué ocurrirá después? Más de dos tercios de los iraquíes que en las últimas «elecciones» le dieron a Sadam Husein el «cien por cien» de los votos son chiítas que sueñan con instaurar una República Islámica de Irak, es decir un régimen que calque el modelo del régimen iraní. Por eso les pregunto: ¿y si en vez de descubrir el concepto de libertad, en vez de entender el concepto de democracia, Irak se convirtiese en un segundo Afganistán o en un segundo Vietnam? Peor. ¿Y si en

vez de dejarles instalar la Pax Americana es decir una paz bien o mal basada en el concepto de libertad y de democracia, ese hipotético segundo Vietnam se ampliase y todo el Oriente Medio saltase por los aires? Desde Turquía a la India, con una imparable reacción en cadena...

En aquel artículo expresaba también el temor de que George Bush júnior asumiese semejante riesgo para satisfacer una promesa filial hecha en la época de la guerra del Golfo, es decir cuando Sadam Husein intentó asesinar a George Bush sénior. («Papá, si llego a ser presidente yo también, te vengaré. Pondré de rodillas a ese verdugo, se la

haré pagar. Lo juro sobre la Biblia»). Y aunque se trataba de un artículo muy largo, el *Times* de Londres lo publicó en un lugar preferente. Igual que se publicó en Estados Unidos y en Italia y en los otros países de Europa. Pero, al contrario de lo que se hizo en Estados Unidos y en Italia y en otros países europeos, el *Times* de Londres lo publicó parapetándose tras el subterfugio del «par-condicio», es decir tras la falacia e incluso la hipocresía con que hoy se neutraliza cualquier toma de posición, se contrabandea cualquier forma de sumisión, y se transforma la información en desinformación. Para ilustrar el artículo, de hecho, se

eligieron fotografías sacadas durante la manifestación pacifista de Roma. Entre ellas, una en la que tres papanatas levantaban un póster con un dibujo de la Amanita Phalloides, la seta que por su alto contenido en toxialbúmina le manda directamente al otro barrio. Bajo el sombrerete de la maléfica planta, en la cima del tallo, la imagen de mi cabeza decapitada. Sobre la cabeza, el siguiente escrito: «Amanita Fallaci». Abajo, en la parte interior del tallo, un cráneo y unas tibias cruzadas. Junto al cráneo, las palabras «Venenosa-Mortal». Y debajo de la foto, a pie de página, un demencial ataque firmado por el secretario del Consejo Musulmán de Inglaterra (el

imán Iqbal Sacranie) titulado: «Miss Fallaci, sus puntos de vista son un insulto a los pacíficos musulmanes».

¿Pero a alguien le sorprende? El *Times* de Londres siempre ha sido muy, muy generoso con el Islam. Ya en los Años Ochenta acogía advertencias como la que el director de la Gran Mezquita de Londres le dirigió a Margaret Thatcher para informarla de que «los musulmanes del Reino Unido no iban a tolerar durante mucho tiempo una política exterior con la que la Primer Ministro ofendía sus sentimientos panislámicos». Para darse cuenta de lo que está pasando al otro lado del canal de La Mancha basta con pararse unos

minutos ante el Speakers Corner de Hyde Park, la esquina reservada a los ciudadanos que quieren expresar públicamente sus ideas. En los buenos tiempos se veía a socialistas que hablaban de socialismo, a feministas que hablaban de feminismo, a ateos que hablaban de ateísmo. Ahora se ve a aspirantes a kamikazes o mulá que, en nombre de la libertad de pensamiento (que a mí se me niega incluso con carteles micrológicos) exaltan la Yihad y animan a matar a los perros infieles. Basta también con observar a las «bobbies», las mujeres policías de Londres. Hoy en día, muchas «bobbies» son musulmanas (una norma municipal

impone que se recluten en abundancia) y a menudo no llevan el tradicional casco que completa el uniforme. Lo sustituyen por el hijab, el pañuelo que cubre el pelo, la frente, las orejas, el cuello... Por último, basta recordar que la base estratégica de la ofensiva islámica en Europa no es Francia con sus Marsellas y con su oficial diez por ciento de musulmanes. Es Inglaterra, con su reducido dos y medio por ciento. Porque es en Inglaterra, no en Francia, donde viven los cerebros de esta ofensiva. Los teólogos y los ideólogos que teorizan sobre ella. Los imanes que la gestionan. Los políticos que la apoyan. Los periodistas y los intelectuales y los

editores que la propagan. Y los petrobanqueros y los Tío Gilito que la financian. Es decir, los jeques, los emires, los sultanes que poseen los edificios y los hoteles más bellos de Londres.

Allí viven también los terroristas más peligrosos del mundo. Miembros de Al Qaida o de Al Ansar o de Hamas que incluso la islamizadísima Francia ha expulsado. Individuos cuya extradición llevan años pidiendo sus países de origen, (por ejemplo Egipto o Argelia o Túnez o Marruecos), para poder procesarlos pero a los que Londres no entrega porque son «refugiados políticos» o ciudadanos ya

nacionalizados. (Uno de ellos es el imán de la mezquita de Finsbury que en 1988 mandó asesinar a cuatro rehenes occidentales en Saná). Y todo eso sin contar a los inmigrantes paquistaníes o afganos o jordanos o palestinos o sudaneses o senegaleses o magrebíes que viven en Inglaterra con un permiso de residencia. Dos millones, a día de hoy. En su inmensa mayoría gente que no tiene intención alguna de integrarse. Porque también allí no se hace otra cosa más que publicitar la sociedad-pluriétnica-plurirreligiosa-pluricultural, pero también allí los musulmanes responden defendiendo con uñas y dientes su identidad. La identidad que

nosotros no defendemos. También allí no quieren para nada una sociedad pluricultural. La integración, todavía menos. ¿Quieren metérselo de una vez en la cabeza o no?! Existe, en Inglaterra, una organización llamada «Parlamento Musulmán» cuyo primer objetivo consiste en recordar a los inmigrantes que no están obligados a respetar las leyes inglesas. «Para un musulmán respetar las leyes en vigor en el país que lo acoge es algo facultativo. Un musulmán tiene que obedecer la Sharia y punto», dice su Carta Constituyente. De hecho el 20 de diciembre de 1999 la Corte de la Sharia emitió una fatwa que prohíbe a todos los musulmanes festejar

la Navidad. No sólo quiere un «Estado Islámico de Gran Bretaña», el «Parlamento Musulmán» de Inglaterra. Quiere un Estado que consienta en legalizar la poligamia, sustituir el divorcio por el repudio, abolir la promiscuidad de los sexos no sólo en las escuelas, sino también en los lugares de trabajo y en los medios de transporte. Trenes, aviones, barcos, autobuses, tranvías, ascensores... (También en los ascensores, sí). Lo mismo que pasaba en ciertos Estados de América en la época en que los negros estaban segregados de los blancos. Y naturalmente quiere convertir al mayor número posible de cristianos. Ya sea por medio de

matrimonios mixtos, matrimonios que los imanes incentivan porque la condición de un matrimonio mixto es que el cónyuge no musulmán se convierta al credo de Alá y que la prole sea educada en el islamismo, ya sea por medio del adoctrinamiento público. Actividad muy practicada, ésta, por los neoadaptos como el exgrillo cantarín Cat Stevens ahora Yusuf Islam. Tras haber renegado del rock hace años, Mister Cat Stevens Yusuf Islam compone exclusivamente música dedicada a Mahoma. Además dirige cuatro escuelas coránicas que subvenciona el gobierno inglés en homenaje al pluriculturalismo.



En cuanto a Alemania que con sus dos mil mezquitas y sus tres millones de musulmanes turcos parece una sucursal del difunto Imperio Otomano, bueno, qué vamos a decir... El avión de la Pan American que en 1988 explotó en vuelo y cayó sobre la ciudad escocesa de Lockerbie matando a 270 personas había salido de Frankfurt, ¿sí o no? La bomba depositada entre las maletas había sido colocada en Frankfurt por los hijos de Alá, ¿sí o no? Mohammed Atta, el kamikaze número uno del Once de

Septiembre, se había licenciado en arquitectura en la Politécnica de Hamburgo, ¿sí o no? Antes de trasladarse a América para seguir cursos de vuelo en Florida había estudiado pilotaje en el aeropuerto de Bonn, ¿sí o no? El dinero para pagarse los cursos en Florida, había sido retirado de un banco de Düsseldorf y la central logística de Al Qaida se encuentra en Alemania, ¿sí o no? El grueso de los terroristas egipcios o magrebíes o palestinos está en Alemania, ¿sí o no?

Que el sueño de destruir la catedral de Colonia era una estupidez como la el de destruir la Abadía de Westminster y la Torre Eiffel comencé a entenderlo

cuando supe que el refugiado político más importante de esa ciudad era Rabah Kabir, el exprofesor de gimnasia sobre el que todavía hoy recae la acusación de haber realizado la masacre de 1992 en el aeropuerto de Argel. A pesar de la petición de extradición incoada por el gobierno argelino, le fue concedido el asilo político sin dificultades y desde entonces vive en Colonia. En Colonia incluso obtuvo la cátedra de teología, se ha convertido incluso en un alto funcionario de la Unión Islámico-Europea... Que la pinacoteca de Dresde corría todavía menos peligro que la catedral de Colonia lo pensé en cambio cuando me enteré de que en ocho

escuelas de enseñanza primaria y bachillerato de la Baja Sajonia había sido introducida la enseñanza del Corán, y vi la fotografía que acompañaba la noticia. Era la foto de dos niñas turcas, supongo que nacidas o en cualquier caso criadas en Dresde o en Meisen o alrededores. La más mayorcita, de ocho o nueve años, llevaba una camiseta en la que estaba escrito «Air Force» y en la muñeca exhibía un reloj de hombre. La más pequeña, de seis o siete años, un occidentalísimo jersey. Pero ambas estaban embutidas hasta la espalda en el hijab. Lo que quiero decir es que, si bien sus padres procedían del país que en 1924 Atatürk había secularizado,

ambas llevaban el velo que el Corán impone desde la edad de los siete años.

Y no olvides que en Turquía, esa Turquía tan ansiosa por entrar en la Unión Europea, el hijab se lo están volviendo a poner todas las mujeres de las nuevas generaciones. No olvides que en Turquía, esa Turquía a la que los líderes alemanes franceses italianos están tan ansiosos por incorporar a la Unión Europea, pasan cosas todavía dignas de Lala Mustafa, el que desolló vivo a Marcantonio Bragadino. (El año pasado en Yaylim, una aldea turca cerca de la frontera con Siria, una mujer de treinta y cinco años, Cemse Allak, fue lapidada por sus familiares, porque se

había quedado embarazada a consecuencia de una violación. Estaba de ocho meses, cuando la lapidaron. Y el comentario de su cuñada fue el siguiente: «¿Qué íbamos hacer? Era soltera. Había perdido el honor». Y el comentario de su hermano: «Violada o no, nos había deshonrado»). En Alemania, por otra parte, la mafia fundamentalista obliga a los inmigrantes a detraer del salario la llamada Tasa Revolucionaria. Tasa que sirve para financiar los partidos islamistas de la madre patria, es decir los partidos decididos a barrer el recuerdo de Atatürk.

El mismo discurso vale para

Holanda donde cada año irrumpen entre treinta y cuarenta mil musulmanes que de la lengua holandesa ni siquiera aprenden a decir «bedankt», o sea gracias. Donde los musulmanes tienen desde 1981 sus propios barrios, sus propios sindicatos, sus propias escuelas, sus propios hospitales, sus propios cementerios, y se construyen sus mezquitas a expensas del Estado. Donde, no contentos con esos privilegios, inundan las plazas de La Haya para insultar al gobierno que no permite a los polígamos que se traigan a todas sus mujeres. Y donde, si un Fortuyn se presenta a las elecciones, termina asesinado... Y lo mismo vale para Dinamarca donde a los buscados-

perdón-refugiados argelinos tunecinos paquistaníes sudaneses les es concedido el asilo político con la misma facilidad con la que lo consiguen en Inglaterra y en Alemania, y donde desde hace una década los daneses se están convirtiendo al Islam en un número impresionante...

Y lo mismo vale también para Suecia donde (caso significativo) mi editor, mejor dicho ningún editor se atrevió a publicar «La Rabia y el Orgullo». Y donde, para compensar, los textos que ensalzan al Islam llenan las librerías. Donde la ciudadanía le es concedida a cualquiera que susurre Allah akbar. Un país donde el

nacionalizado más ilustre de Estocolmo es el marroquí Ahmed Kami, el ideólogo de la Revolución Mundial Islámica, antiamericano despiadado, antiisraelí desenfrenado, y vinculado indisolublemente con los neonazis suecos... Pero, sobre todo, el discurso vale para España. Esa España donde desde Barcelona a Madrid, desde San Sebastián a Valladolid, desde Alicante a Jerez de la Frontera, se encuentran los terroristas mejor adiestrados del continente. (No en vano en el mes de julio de 2001, antes de establecerse en Miami, el neodoctor en arquitectura Mohammed Atta se detuvo en España para visitar a un compañero, experto en

explosivos, detenido en la cárcel de Tarragona). Y donde desde Málaga a Gibraltar, desde Cádiz a Sevilla, desde Córdoba a Granada, los ricachones marroquíes y la realeza saudita y los emires del Golfo han comprado las tierras más bellas de toda la región. Aquí financian la propaganda y el proselitismo, premian con seis mil dólares por cabeza a las conversas que dan a luz un varón, regalan mil dólares a las mujeres y a las niñas que llevan hijab. Esa España en la que casi todos los españoles creen todavía en el mito de la Edad de Oro de Andalucía, y consideran la Andalucía musulmana como un Paraíso Perdido. Esa España

donde existe un movimiento político que se llama «Asociación para el Retorno de Andalucía al Islam» y donde en el histórico barrio del Albaicín, a pocos metros del convento en el que viven las monjas de clausura devotas de Santo Tomás, se inauguró el año pasado la Gran Mezquita de Granada con su Centro Islámico anexo. Evento que fue posible gracias al convenio que firmó en 1992 el socialista Felipe González para garantizar a los musulmanes de España su pleno reconocimiento jurídico. Evento materializado gracias a los miles de millones donados por Libia, Malasia, Arabia Saudita, Brunei y por el escandalosamente rico sultán de Sharjah

cuyo hijo inauguró la ceremonia diciendo: «Estoy aquí con la emoción del que vuelve a su patria». A lo que los conversos españoles (sólo en Granada son dos mil) respondieron con las siguientes palabras: «Estamos reencontrando nuestras raíces».



Quizá debido a que ocho siglos de yugo musulmán se digieren mal y demasiados españoles llevan todavía el Corán en la sangre, España es el país

europeo en el que el proceso de islamización se realiza con mayor espontaneidad. También es el país en el que dicho proceso se lleva efectuando desde hace más tiempo. Como explica el geopolítico francés Alexandre Del Valle que ha escrito libros fundamentales sobre la ofensiva islámica y el totalitarismo islámico (naturalmente vituperados insultados y denigrados por los Politically Correct) la «Asociación para el Retorno de Andalucía al Islam» nació en Córdoba hace treinta años. Y los que la fundaron no fueron los hijos de Alá. Fueron españoles de extrema izquierda que desilusionados por el aburguesamiento del proletariado y por

lo tanto deseosos de entregarse a otras místicas ebriedades habían descubierto el Dios del Corán y habían pasado de Karl Marx a Mahoma. Inmediatamente los ricachones marroquíes y la realeza saudita y los emires del Golfo se precipitaron a bendecirlos con dinero, y la asociación floreció. Se enriqueció con apóstatas que procedían de Barcelona, de Guadalajara, de Valladolid, de Ciudad Real, de León, pero también de Inglaterra. También de Suecia, también de Dinamarca. También de Italia. También de Alemania. También de América. Sin que el Gobierno interviniese para nada. Y sin que la Iglesia Católica se alarmase. En

1979, en nombre del ecumenismo, el obispo de Córdoba les permitió incluso celebrar la Fiesta del Sacrificio (ésta en la que los corderos son degollados a mares) en el interior de la catedral. «Todos somos hermanos». El permiso ocasionó algunos problemas. Crucifijos arrancados, Vírgenes tiradas por el suelo, criadillas de cordero en las pilas del agua bendita. Por eso al año siguiente el obispo los mandó a Sevilla. Pero allí se toparon precisamente con la Semana Santa en su apogeo, y ¡Dios bendito! Si existe en el mundo una cosa más lamentable que la Fiesta del Sacrificio, ésta es precisamente la Semana Santa de Sevilla. Sus campanas

repicando a muerto, sus lúgubres procesiones. Sus macabros Vía Crucis, sus nazarenos flagelándose. Sus encapuchados que avanzan tocando el tambor... Al grito de «Viva Andalucía musulmana! ¡Abajo Torquemada! ¡Alá vencerá!», los neohermanos mahometanos se arrojaron sobre sus exhermanos en Cristo y se armó la de San Quintín. Resultado, los tuvieron que desalojar también de Sevilla. Se trasladaron a Granada donde se instalaron en el histórico barrio del Albaicín, y ya entramos en materia. Porque, a pesar del ingenuo anticlericalismo que explotó durante las procesiones de Semana Santa, no se

trataba de tipos ingenuos. En Granada crearon una realidad semejante a la que por aquellos mismos años fagocitaba Beirut y que ahora está fagocitando a tantas ciudades francesas, inglesas, alemanas, italianas, holandesas, suecas, danesas. Ergo, hoy en día el barrio del Albaicín es en todos los sentidos un Estado dentro del Estado. Un feudo islámico que vive con sus propias leyes, sus propias instituciones. Con su hospital, su cementerio. Con su matadero, su periódico *La Hora del Islam*. Con sus editoriales, sus bibliotecas, sus escuelas. (Escuelas en las que enseñan exclusivamente a memorizar el Corán). Con sus tiendas,

sus mercados. Con sus talleres artesanales, sus bancos. E incluso con su propia moneda, dado que allí se compra y se vende con monedas de oro y de plata, acuñadas según el modelo de los dirham utilizados en tiempos de Boabdil el señor de la antigua Granada. (Monedas acuñadas en una ceca de la calle San Gregorio que por las consabidas razones de «orden público» el Ministerio de Hacienda español finge ignorar). Y de todo esto nace el interrogante que me desgarrá desde hace dos años: ¿pero cómo es posible que hayamos llegado a esta situación?!



Antes de responder, sin embargo, tengo que volver a Italia. Echar una amplia ojeada sobre esa Italia donde recibo carras del siguiente tenor: «En mi ciudad hay un alumno musulmán que se niega a hablar con su maestra porque es una mujer. Así pues el ayuntamiento paga con nuestros impuestos a un joven que durante las lecciones se sienta con él en el aula y le sirve de interlocutor. ¿Le parece justo?». O esta otra: «Soy el propietario de una pequeña industria en el Sur y tengo cuatro empleados

musulmanes a los que trato con el debido respeto así como con la observancia absoluta de las normas sindicales. Ellos en cambio me tratan como si fuese su enemigo. Siempre me pregunto qué sucedería si descubriesen que mi abuela era hebrea». Y donde, gracias a un programa televisivo que me dejó sin aliento, en el otoño de 2002 tuve la amarga confirmación de lo profundo que es el abismo en el que nos estamos precipitando.

# CAPÍTULO 3

Se trataba de un senegalés de unos cuarenta años autoproclamado imán de Carmagnola: la ciudad piemontesa que en el siglo XV vio nacer al condotiero Francesco Bussone, llamado *Il Camagnola*, y que hoy se distingue por el triste récord de contar con un hijo de Alá por cada diez habitantes. Se llamaba Abdul Qadir Fadl Allah Mamour, y unos años antes había alcanzado su instante de celebridad por ser el marido polígamo de dos ciudadanas italianas.

Delito que se había extinguido cuando se divorció de su primera mujer y por el cual, mientras duró la doble convivencia, nadie había osado arrestarle. Ahora en cambio se había hecho notar por su amistad con Bin Laden (no en vano los periódicos lo definían como el Embajador-de-Bin-Laden-en-Italia) y por su habilidad para gestionar el dinero de los inmigrados. Era el dueño del grupo financiero Private Banking Fadhil Islamic Investment Company. Pero aquella tarde yo no lo sabía. Por eso, cuando apareció en la pantalla de la televisión me pregunté quién sería, y me quede a escucharlo sólo porque se parecía de

una forma extraordinaria a Wakil Motawakil: el ministro talibán que en Kabul hacía fusilar a las afganas reas de ir a la peluquería. La misma carota gorda y brillante y barbuda. Los mismos ojillos malignos, el mismo barrigón hinchado de mujer encinta. El mismo turbante negro, la misma chilaba hasta los pies. Sólo era distinta la voz, algo menos estridente.

El programa ya había comenzado. La escena se desarrollaba en una casucha de inmigrado pobre, no precisamente de un jeque. Un periodista de la Rai lo estaba entrevistando fuera de campo y, en un mal italiano, el sosias de Wakil Motawakil respondía: «Yo invierto

dinero desde Suiza a Malasia, desde Singapur a Sudáfrica. Dinero musulmán procedente del petróleo, ese gran don de Dios que Alá ha dejado a nosotros, los musulmanes, y que se llama petróleo. Si Usama darme dinero, dependiera de él que yo dijera esto o no. Si él quiere, yo lo dijera. Si él no quiere, yo no lo dijera. Pero él dado también dinero a otras muchas personas en Occidente». Decía también que conocía bien a Usama, que lo había visto por primera vez en 1994 en Costa de Marfil y que después lo había vuelto a ver en Sudán. Lo describía como un «hombre de gran inteligencia, gran religiosidad, gran humildad, un benefactor del que nadie

puede hablar mal» y en tono extasiado alababa su hermoso aspecto. Los «ojos dulcísimos y severos, las manos delgadas y delicadas pero frías, su caminar esbelto y ligero. De gato». Decía también que en Italia teníamos dos mil muyahidines o combatientes de la Yihad, adiestrados en Afganistán o en otros lugares y que habían regresado a nuestro territorio con el objetivo de mantener-una base-logística-y-de-preparar-la-revolución. Para no levantar sospechas viven como personis normales, explicaba, «trabajando, y viviendo con sus familias como otro cualquiera. Algunos de ellos están especializados en el sabotaje». (Léase:

en el terrorismo). (Con «algunos» bastaba porque «cuatro o cinco personas o incluso tres son suficientes para destruir una ciudad como Londres o paralizarla durante treinta y cuatro horas». Encima nos amenazaba. Decía que las autoridades italianas tenían que dejar de perseguir y oprimir a sus hermanos muyahidines al igual que Sharon oprime a los palestinos y Putén (léase Putin) oprime a los chechenos y Buss (léase Bush) oprime a los musulmanes de América. De lo contrario, concluía, lo que había ocurrido en América volvería a ocurrir también en Italia. «En-cualquier-parte-del-mundo-donde-haya-injusticia-y-

opresión-tarde-o-temprano-habrá-venganza». Y sin embargo no fueron estas palabras las que me dejaron helada. Tampoco fue el descaro con que las pronunciaba o la desvergüenza con que las elegía. Fue lo que ocurrió después. Porque, después, la escena se trasladó de la casucha a una elegante oficina, donde se veía sentado ante una mesa al imán de Turín, el Pío Degüellaterneros que posee en el Piamonte cuatro carnicerías halal. Y a su lado un señor muy preocupado que resultó ser el alcalde *diessino* de Carmagnola. Sobre la mesa había una maqueta de un proyecto urbanístico y, mientras el Pío Degüellaterneros asentía

complacido, Abdul Qadir Fadl Allah Mamour reveló que en las afueras de Carmagnola, esperaba edificar «la primera Ciudad Islámica de Italia». Es decir una ciudad habitada exclusivamente por musulmanes, completamente autofinanciada y racionalmente desarrollada. Plazas, calles, puentes, jardines. Mezquitas, escuelas coránicas, bibliotecas coránicas, bancos privados y supermercados halal. Y para comenzar, tres grandes edificios de cuarenta y ocho apartamentos cada uno. Una necesidad urgentísima dado que en Italia los musulmanes alcanzaban ya la cifra de un millón doscientos mil por lo menos,

según él decía. Al menos treinta mil estaban en la vecina Turín y del extranjero llegaban a millares todos los días.

Otro Albaicín, en breve. Otro Estado dentro del Estado. Una república aparte, es decir una especie de San Marino con minaretes en vez de campanarios, harenes en vez de night-clubs, el Corán en vez de nuestra Constitución, y los senegaleses o los sudaneses o los magrebíes etcétera en vez de los carmañoleses desalojados de sus casas. Desalojados y recluidos en Reservas, como los Cherokees de Oklahoma, los Apaches de Dakota, o los Navajos de Arizona. Con razón el alcalde parecía

tan preocupado y de repente haciendo oídos sordos a las protestas del Pío Degüellaterneros, farfulló que necesitaba más tiempo para pensárselo mejor. Que una cosa así alteraba todo el plan regulador y que él no se había enterado de que el proyecto del señor Mamour era tan mastodóntico hasta esa reunión... Después el escenario volvió a cambiar. Volvió a la casucha de inmigrado pobre y en la pantalla apareció un gran fardo gris. Un gran bulto de tela gris en cuya parte superior se balanceaba una especie de mascarita negra. Un chador, es decir, completado con el nikab, el tupido velo negro que precisamente como una máscara esconde

el rostro desde el inicio de la nariz hacia abajo. Y dentro del fardo, una mujer. Entre el borde superior del nikab y el borde del chador calado sobre la frente hasta cubrir las cejas se entreveían de hecho dos ojos. Y por una ranura colocada en medio del fardo salían dos manos enguantadas de negro. ¿Una afgana, quizá? ¿Una futura inquilina a la que el sosias de Wakil Motawakil había prometido uno de los ciento cuarenta apartamentos de urgentísima necesidad? Era lo que estaba pensando hasta que el periodista fuera de campo nos informó que lo que contenía el fardo era la mujer ahora monógama del personaje, la madre de

sus cinco hijos, y a través del nikab se filtró una voz estridente que en tono provocativo empezó a recitar: «Me llamo Aisha Fariña y me he convertido al Islam hace ocho años y medio, tras haber estudiado árabe en el Ateneo de Milán. Soy de Milán. Mi familia de origen vive en Milán...». Me puse a escucharla con mucha atención, puede ser que con más atención aún que con la que había escuchado los torvos proyectos urbanísticos de su marido, y al oír sus respuestas me quedé tan impresionada que podría haber estado repitiéndome hasta el alba: ¡No es posible! La he entendido mal, no es posible. Desmintiendo a los que

sostienen que el terrorismo islámico es un fleco enloquecido y que por lo tanto no se puede confundir a los Bin Laden con el pueblo musulmán, esta Aisha nacida en Milán no en Kabul y criada en Italia no en Afganistán añadió que Bin Laden actuaba en nombre y por voluntad de la Umma es decir de todo el pueblo musulmán. Que por eso el pueblo musulmán lo amaba, lo admiraba, al igual que ella lo consideraba un hermano. Un auténtico héroe, el heredero de Mahoma. Confirmó en definitiva todo lo que yo digo, y por lo que he sido acusada de racismo-xenofobia-blasfemia-instigación-al-odio. Siempre confirmando lo que yo

sostengo, admitió, además, que los hijos de Alá quieren sometemos. Conquistamos. Que para conquistamos no necesitan pulverizar nuestros rascacielos o nuestros monumentos: les basta nuestra debilidad y su fertilidad...

Entendámonos, lo dijo de forma simplona, burda. La dialéctica no era su fuerte. El lenguaje sutil, todavía menos. Pero lo dijo con mucha claridad, sin sombra de equívocos, y con el gesto seguro de quien repite una lección aprendida de memoria o expresa una realidad irrefutable. Después en un italiano chapucero concluyó: «Un día Roma será una ciudad abierta al Islam y de hecho ya es en parte una ciudad

abierta. Porque nosotros, los musulmanes, somos muchos. Millares y millares, muchísimos. Pero no debéis asustaros. Esto no significa que nosotros queramos conquistaros con los ejércitos, con las armas. Quizá todos los italianos terminen convirtiéndose y de todas formas os conquistaremos pacíficamente. Porque a cada generación nosotros nos duplicamos o más. En cambio vosotros os reducís a la mitad. Tenéis un índice de crecimiento cero».



Me quedé turbada, sí. Y la turbación creció al descubrir que ésta había sido la primera italiana que se exhibía con el nikab, la primera que había exigido salir con velo en la fotografía del carné, la primera que había aceptado contraer un matrimonio poligámico con el sosias de Wakil Motawakil. Que además imprimía un periodiquillo subversivo llamado «Al Muja-biela. La Combatiente» y que en este periodiquillo imploraba a Alá que produjese miles y miles de «mártires» es decir de kamikazes. Y sin embargo el trauma más violento no lo sufrí aquella noche. No lo sufrí tampoco al año siguiente cuando el Ministro del Interior aclaró que Abdul Qadir Fadl

Allah Mamour no era un huésped desagradable y ya está, sino un funcionario de Al Qaida y como tal lo expulsó junto a su consorte. Lo sufrí al seguir las votaciones y al leer el Proyecto de Acuerdo que las comunidades islámicas reclaman para imponernos sus normas. Matrimonio islámico, indumentaria islámica, comida islámica, sepultura islámica, festividades islámicas, escuelas islámicas, incluso una hora de Corán en las escuelas estatales.

Reclaman ese acuerdo, apelando al artículo 19 de nuestra Constitución. El artículo que afirma que «todos tienen derecho a profesar su propio credo

religioso». Lo reclaman fingiendo referirse a los acuerdos que en los últimos quince años Italia ha firmado con las comunidades hebrea, budista, valdense, evangelista, protestante. «Fingiendo» porque detrás de las demás comunidades no hay una religión que se identifique a sí misma con la Ley, con el Estado. Una religión que colocando a Alá en el lugar de la Ley, en el lugar del Estado, gobierna en todos los sentidos la vida de sus fieles y que por lo tanto altera o perturba la vida de los demás. Que considera una blasfemia la separación entre Iglesia y Estado, que en su vocabulario ni siquiera existe el término Libertad. Para decir Libertad

dicen Liberación Hurriyva. Palabra que deriva del adjetivo «hurr», esclavo-liberado, esclavo-emancipado, y que fue utilizado por vez primera en 1774 para redactar un pacto ruso-turco de carácter comercial. Por eso a todo el que les escucha le digo: por Dios bendito, con todo lo que hemos luchado por romper el yugo de la Iglesia Católica es decir de un credo que era nuestro credo y que todavía hoy es el credo de la inmensa mayoría de los ciudadanos. Un credo que a pesar de sus errores y de sus horrores impregna nuestras raíces es decir pertenece a nuestra cultura. Que a pesar de sus Papas y de sus hogueras nos ha transmitido las enseñanzas de un

hombre enamorado del amor y de la libertad, un hombre que decía: «Dad al César lo que es del César, a Dios lo que es de Dios». Y después de haber roto ese yugo, ¿vamos a entregarnos al yugo de un credo que no es el nuestro, que no pertenece a nuestra cultura, que en vez de amor siembra odio y en vez de libertad esclavitud, que en Dios y en el César ve la misma cosa? Luego añado: por Dios bendito, ¿para quién ha sido redactada nuestra Constitución? ¿Para los italianos o para los extranjeros? ¿Qué quiere decir el «todos» del artículo 19? ¿Todos-los-italianos y punto o todos-los-italianos-y-todos-los-extranjeros, mejor dicho todos-los-

extranjeros? Porque si se entiende todos los-italianos y punto, no me preocupa demasiado. Según las estadísticas oficiales, de los 58 millones de italianos, apenas diez mil son musulmanes. Si en cambio en ese «todos» se entiende todos-los-italianos-y-todos-los-extranjeros, el Proyecto de Acuerdo se refiere al millón y medio o a los dos millones de extranjeros musulmanes que hoy afligen Italia. Se refiere a los que tienen permiso de residencia y a los ilegales que deberían ser expulsados. Y en este caso me preocupo profundamente. Y más aún me indigno e indignada pregunto para qué sirve ser ciudadano y tener los derechos

del ciudadano. Pregunto dónde terminan los derechos de los ciudadanos y dónde comienzan los derechos de los extranjeros. Pregunto si los extranjeros tienen derecho a proclamar derechos que niegan los derechos de los ciudadanos» que ridiculizan las leyes de los ciudadanos, que ofenden las conquistas civiles de los ciudadanos. Pregunto, en Dios y en el César ve la misma cosa? Luego añado: por Dios bendito, ¿para quién ha sido redactada nuestra Constitución? ¿Para los italianos o para los extranjeros? ¿Qué quiere decir el «todos» del artículo 19? ¿Todos-los-italianos y punto o todos-los-italianos-y-todos-los-extran-jeros,

mejor dicho todos-los-extranjeros? Porque si se entiende todos los-italianos y punto, no me preocupa demasiado. Según las estadísticas oficiales, de los 58 millones de italianos, apenas diez mil son musulmanes. Sí en cambio en ese «todos» se entiende todos-los-italianos-y-todos-los-extranjeros, el Proyecto de Acuerdo se refiere al millón y medio o a los dos millones de extranjeros musulmanes que hoy afligen Italia. Se refiere a los que tienen permiso de residencia y a los ilegales que deberían ser expulsados. Y en este caso me preocupo profundamente. Y más aún me indigno e indignada pregunto para qué sirve ser ciudadano y tener los derechos

del ciudadano. Pregunto dónde terminan los derechos de los ciudadanos y dónde comienzan los derechos de los extranjeros. Pregunto si los extranjeros tienen derecho a proclamar derechos que niegan los derechos de los ciudadanos» que ridiculizan las leyes de los ciudadanos, que ofenden las conquistas civiles de los ciudadanos. Pregunto, en definitiva, si los extranjeros cuentan más que los ciudadanos. Si son una especie de superciudadanos, realmente nuestros feudatarios. Nuestros amos y señores. En cuanto al voto...

Señores, vamos a mirarnos cara a cara y ojo con las trampas: el artículo

48 de la Constitución Italiana establece de modo inequívoco que el derecho al voto corresponde a los ciudadanos y punto. «Son electores todos los ciudadanos, hombres y mujeres, que han alcanzado la mayoría de edad» dice. Antes de que Europa se convirtiese en una provincia del Islam nunca se había visto, de hecho, un país en el que los extranjeros acudiesen a las urnas para elegir a los representantes de quienes los acogían. Yo no voto en América. Ni siquiera para elegir al alcalde de Nueva York, aunque resida en Nueva York. Y me parece justo. ¿Por qué iba a votar en un país del que no soy ciudadana?! Tampoco voto en Francia, en Inglaterra,

en Irlanda, en Bélgica, en Holanda, en Dinamarca, en Suecia, en Alemania, en España, en Portugal, en Grecia, etcétera, a pesar de que en mi pasaporte ponga «Unión Europea». Y por los mismos motivos me parece justo. Pero en uno de sus artículos el Tratado de Maastricht «contempla» el presunto derecho de los inmigrados a votar y a ser votados en las elecciones municipales además de en las europeas. Y la Resolución aprobada el 15 de enero de 2003 por el Parlamento Europeo «apoya» la idea, recomienda a los Estados miembros que extiendan el derecho de voto a los extracomunitarios que lleven al menos cinco años en uno de sus países. Derecho o presunto

derecho que la demagogia unida al cinismo ya ha concedido en Irlanda, en Inglaterra, en Holanda, en España, en Dinamarca, en Noruega, y que en Italia una ley aprobada en 1998 por el gobierno de Centro-Izquierda concedió para los referendos consultivos. Derecho o presunto derecho que el *diessino* presidente de la Región Toscana y el filo *diessino* presidente de la Región Friuli-Venecia Julia, por ejemplo, quieren extender «al menos» a las elecciones locales. Derecho o presunto derecho que alguno querría conceder incluso a los ilegales es decir a los clandestinos. (¿Y por qué no a los turistas que están de paso?). En cambio

el que lucha por el derecho a votar y ser votados hasta en las elecciones generales es el Partido de los Comunistas Italianos que también querría reducir a tres años los diez actualmente necesarios para obtener la ciudadanía. Mientras tanto todos los demás partidos callan, cautos. La única excepción la Liga que precisamente por eso siempre es acallada y ridiculizada. Pero con ser malo esto no es lo peor. Lo peor es que esta loca Cruzada no está siendo dirigida sólo por la Izquierda y por la Extrema Izquierda, sino también por un *exmissino* de la llamada Derecha y por un exdemocristiano del llamado Centro. En la Conferencia que el pasado

mes de octubre celebró la Unión Europea sobre la inmigración, el Vicepresidente del Consejo y Presidente de Alianza Nacional declaró que era «justo y legítimo» dar el voto a los inmigrados dado que los inmigrados «pagan impuestos» y «quieren integrarse». (Basándose en este concepto ha presentado incluso una proposición de ley). Y unos cuantos días después, mientras se encontraba de visita en El Cairo, el archirremunerado presidente de la Comisión Europea añadió que no sólo era «fundamental» darle el voto a los inmigrados en las elecciones municipales sino que «antes o después» era necesario concedérselo

en las elecciones generales. Algo que exaspera mi indignación y me obliga a escribir un par de cartitas a los citados señores así como una breve nota dirigida al *Cavaliere*..



*Primera cartita.* «Señor Presidente de la Comisión Europea, sé que en Italia le llaman Mortadela. Y es algo que me duele por la mortadela que es un exquisito y noble embutido del que podemos estar legítimamente orgullosos,

no ciertamente por Usted que me inspira desestima desde el año 1978. Es decir desde el año en que participó en aquella sesión espiritista para pedirle a las almas del Purgatorio que le desvelasen donde escondían los brigadistas al secuestrado Aldo Moro y a través del juego de la ouija un alma bien informada respondió que lo escondían en un lugar llamado Gradoli. No me pareció serio, Monsieur. Más aún: no me pareció respetuoso, piadoso, humano para con Moro, que estaba a punto de ser asesinado. Cuando después se descubrió que lo habían escondido en un cubil de una calle llamada precisamente vía Gradoli fui presa de una extraña

desazón. Y supliqué al Padre Eterno que lo mantuviese a Usted alejado de la política. Lástima que el Padre Eterno para variar no me escuchara porque Usted se lanzó a la política sin pudor alguno. Porque, desde que Usted cimenta el perverso connubio que perpetúa el nefasto Compromiso Histórico, mi falta de respeto hacia Usted ha aumentado e incluso se ha enriquecido con una antipatía casi epidérmica. Sólo oír su voz afectada y meliflua me pone nerviosa, sólo mirar su cara gordinflona y falsamente benévola me entristece, Monsieur. Me recuerda la Comédie Italienne o la Comedia del Arte, Polichinela y Briguela, Arlequín y

Tartaglia, Pantalón y Balanzone, en definitiva los melancólicos personajes que nos regaló el siglo XVI. La Comédie Italienne nunca me ha hecho gracia, Monsieur. De hecho Usted sólo me ha hecho reír dos veces. La primera cuando su conglomerado político optó por el adecuado nombre y la adecuada imagen del Borrico. Y cuando *Baffettino* es decir D'Alema le sustituyó en Palazzo Chigi. (Y no es que él me gustase o me guste, ¡por caridad! Su vanidad y su presunción hacen que se me suba la sangre a la cabeza. Pero con tal de verlo a Usted destronado habría vendido mi alma al Diablo).

El problema es que, para

destronarlo, *Baffettino* tuvo que encasquetárselo a la Unión Europea. Que-ustedes-lo-disfruten-con-salud. Y en la Unión Europea, Monsieur, nos ha hecho Usted hacer el ridículo más espantoso. Piense en el que incurrió con el Eurobarómetro del mes de octubre de 2003 cuando promovió entre los ciudadanos de la Ue un sondeo sobre la legitimidad-de-la-guerra-de-Irak. Un sondeo en el que se preguntaba, entre otras cosas, cuál era el país que más amenazaba a la paz mundial y al que respondieron sólo 7.515 personas. Pero Usted lo hizo público como si se hubiese tratado de un referéndum plebiscitario, y avanzó la respuesta,

cuyo resultado era que «según el 59 por ciento de los europeos el país que más amenaza la paz mundial es Israel». O piense en el que cometió cuando, demostrando un total desprecio hacia su cargo, envió a los dirigentes del Olivo las sesenta páginas con las cuales se volvía a ofrecer como su líder. Su ridículo es nuestro ridículo, Monsieur. El ridículo de Italia. Sufrí muchísimo cuando leí los tres adjetivos que Hans-Gert Poettering, el jefe del Ppe, eligió para condenar su segunda hazaña. «Incorrecta. Inaceptable. Irresponsable». Sufrí de la misma manera al leer el editorial del *Times* de Londres que se concluía con estas

palabras tremendas: «Mister Prodi ha renunciado al derecho moral de guiar la Comisión Europea y rendiría un mejor servicio a los pueblos de Europa si volviese al calderón de la política italiana». Pero el asunto del Voto para el Extranjero lo supera todo. Porque el desvencijado Centro-Izquierda (tan desvencijado que para encontrar un líder tiene que ir a buscarlo entre las mortadelas democristianas) le ha elegido a Usted. Otra vez Usted, Dios mío. Y dado que el Vicepresidente del Consejo ama a los hijos de Alá con la misma fuerza, su regreso-al-calderón obliga a los italianos a elegir entre una Derecha y una Izquierda (o una presunta

Derecha y una presunta Izquierda) que toman partido las dos por el enemigo. Los pone entre la espada y la pared, los vende definitivamente al Islam. Sólo nos faltaba Usted, Monsieur. Quiero decir: entre Polichinela y Briguela, Arlequín y Tartaglia, sólo nos faltaba Mortadela. Santo cielo, ¿no le bastaban los innmerecidos lujos de Bruselas?! Cuando para redactar la Constitución Europea el expresidente de la República francesa Giscard d'Estaing solicitó y obtuvo un sueldo igual al suyo, me interesé por averiguar cuánto gana. Y los documentos oficiales me dijeron que como presidente de la Comisión gana 22.210,81 euros al mes es decir 43

millones de las viejas liras italianas más los gastos de representación y los reembolsos. Por ejemplo el reembolso por alojamiento. Reembolso que está fijado en el 15 por ciento del salario, es decir 3.300 euros al mes. Ergo tengo que deducir (siempre por defecto, sin cargar las tintas) que cada mes recibe Usted cerca de cincuenta millones de las viejas liras italianas. ¡Caray!, son unas cuantas. Tantas que me pregunto cómo consiguen los italianos y los europeos no echárselo en cara. Tantas que debería Usted explicarnos gratuitamente cuáles son los motivos por los que el Voto para el Extranjero es una exigencia «fundamental», y por qué además del

voto en las municipales hay que darles “también el voto en las generales”. Activo y pasivo. Es decir para elegir y ser elegidos, para que puedan convertirse en asesores o alcaldes o diputados o incluso jefes de gobierno o presidentes de la República. Eso Monsieur, es lo que queremos saber sin preguntar con la ouija a las almas del Purgatorio».

*Segunda cartita.* «Señor Vicepresidente del Consejo, me recuerda Usted a Palmiro Togliatti. El comunista más odioso que jamás haya conocido, el hombre que en la Constituyente hizo votar el artículo 7, es decir el artículo que reafirmaba el

Concordato con la Iglesia Católica. Y que con tal de entregar Italia a la Unión Soviética estaba dispuesto a que nos quedáramos con los Sabova, en definitiva con la monarquía. Quizá por eso los de la Izquierda le tratan a Usted con tanto respeto e incluso con tanta deferencia, sobre Usted no descargan nunca el venenoso odio que vierten sobre *il Cavaliere*, contra Usted nunca pronuncian una palabra grosera, a Usted no le hacen la más mínima acusación. Como Togliatti es Usted capaz de todo. Como Togliatti es Usted un gélido calculador y nunca hace nada, nunca dice nada, que no haya antes sopesado ponderado valorado en aras de su

propia conveniencia. (Y menos mal que, pese a tanta reflexión, no da una en el clavo). Como Togliatti parece un hombre de una pieza, un tipo coherente, fiel a sus ideas, pero en realidad es Usted un zorro. Un maestro en jugar a dos barajas. Dirige un partido que se define de Derechas y juega al tenis con la Izquierda. Es el vice de Berlusconi, pero sólo sueña con destronarlo, jubilarlo. Va a Jerusalén, con la kipa en la cabeza y llora lágrimas de cocodrilo en el Yad Vashem, y después fornicia de la forma más lamentable con los hijos de Alá. Quiere darles el voto, declara que «lo merecen, porque pagan impuestos y quieren integrarse y, de hecho, ya se

están integrando».

Cuando nos dejó a todos boquiabiertos con ese golpe de efecto intenté descubrir sus motivos. Y lo primero que me dije fue: de tal palo tal astilla. Pensé en Mussolini que en 1937 (el año en que Hitler comenzó a entendérsela con el Gran Muftí tío de Arafat) se revela como «protector del Islam» y va a Libia donde, delante de una multitud de albornoces, el cadí de Apolonia lo recibe diciendo con voz de trueno: «¡Oh, Duce! ¡Tu fama ha llegado a todo y a todos! ¡Tus virtudes son alabadas por propios y ajenos!». Luego le entrega la famosa espada del Islam. Una espada de oro macizo, con la

empuñadura repleta de piedras preciosas. Él la desenvaina, la dirige hacia el sol y con voz pomposa declama: «La Italia fascista quiere asegurar a las poblaciones musulmanas la paz, la justicia, el bienestar, el respeto a las leyes del Profeta, quiere demostrar al mundo su simpatía por el Islam y por los musulmanes!». A continuación salta sobre un blanco corcel y seguido por más de dos mil seiscientos jinetes árabes se lanza al galope por el desierto del futuro Gadafi. Pero me equivocaba. Ese golpe de efecto no era una reminiscencia sentimental, un caso de mussolinismo. Era un caso típico de togliattismo es

decir de cinismo, de oportunismo, de gélido cálculo para ganar los votos que necesita para competir con la Izquierda y conducir en primera persona el equívoco hoy llamado Derecha. Señor Vicepresidente del Consejo, a pesar de su aspecto tranquilo y equilibrado es Usted un hombre muy peligroso. Porque es Usted capaz todavía más que los exdemocristianos (que por otra parte son los mismos democristianos de siempre sólo que con distinto nombre), de manipular con malos fines el resentimiento que los italianos como yo manifiestan con respecto el equívoco hoy llamado Izquierda. Y porque, como los de la Izquierda, miente sabiendo que

miente. ¿Pagan-impuestos, sus protegidos islámicos?! ¿Cuántos de ellos pagan impuestos?! ¿Clandestinos aparte, vendedores de droga aparte, prostitutas y chulos aparte, apenas un tercio paga algún impuesto! Ni siquiera entienden para qué sirven los impuestos. Si se les explica que sirven por ejemplo para construir las carreteras y los hospitales y las escuelas que también ellos utilizan o para darles los subsidios que reciben desde el momento en que entran en nuestro país, te contestan que no: se trata de maniobras para engañarlos, robarlos. En cuanto a su quieren-integrarse, se-están-integrando, ¿a quién cree que le loma el pelo!?

Uno de los defectos que les caracterizan a ustedes, los políticos, es la presunción de que pueden engañar a la gente, tratarla como si fuese ciega o imbécil, obligarla a tragarse cualquier mentira, negar o ignorar las realidades más evidentes. Más visibles, más tangibles, más evidentes. Pero esta vez no, señor mío. Esta vez Usted no puede negar lo que ven hasta los niños. No puede ignorar lo que todos los días, a cada instante, sucede en cualquier ciudad y en cualquier aldea de Europa. En Italia, en Francia, en Inglaterra, en España, en Alemania, en Holanda, en Dinamarca, en cualquier lugar donde estén establecidos. Relea lo que he

escrito sobre Marsella, sobre Granada, sobre Londres, sobre Colonia. Observe la forma en que se comportan en Turín, en Milán, en Bolonia, en Florencia, en Roma. ¡Narices! En este planeta nadie defiende su identidad y se niega a integrarse tanto como los musulmanes. Nadie. Porque Mahoma prohíbe la integración. La castiga. Si no lo sabe, échele un vistazo al Corán. Que le transcriban las suras que la prohíben, que la castigan. Mientras tanto le reproduzco un par de ellas. Ésta, por ejemplo: «Alá no permite a sus fieles hacer amistad con los infieles. La amistad produce afecto, atracción espiritual. Inclina hacia la moral y el

modo de vivir de los infieles, y las ideas de los infieles son contrarias a la Sharia. Conducen a la pérdida de la independencia, de la hegemonía, su meta es superarnos. Y el Islam supera. No se deja superar». O esta otra: «No seáis débiles con el enemigo. No le ofrezcáis la paz. Especialmente mientras tengáis la superioridad. Matad a los infieles dondequiera que se encuentren. Asediadlos, combatidlos con todo tipo de trampas». En otras palabras» según el Corán tenemos que ser nosotros los que nos integremos. Nosotros los que aceptemos sus leyes, sus costumbres, su maldita Sharia. Señor Fini, ¿por que no se presenta Usted como líder del

Olivo?»).

*Nota para el Presidente del Consejo.* «Señor *Cavaliere*, todo lo que tenía que decirle se lo dije ya hace dos años. Y no quiero repetirme. Mucho menos unir mi voz a la del coro antidemocrático es decir al linchamiento, con el que con cualquier pretexto es usted crucificado por sus enemigos, por los periódicos que se definen como independientes, por viñetistas, mea-condicio, etcétera. Señor *Cavaliere*, Usted y yo no nos caemos bien. Eso es algo conocido. Pero el comportamiento que esa gente tiene hacia usted es tan poco civilizado, tan insoportable, tan asqueroso, y por lo

tanto tan ofensivo para la libertad y la democracia» que me avergonzaría contribuir a ello aunque fuera de la forma más insignificante e involuntaria. Sin embargo, nada le podrá salvar de las siguientes preguntas.

¿Cómo es posible que sobre el asunto del Voto para el Extranjero no haya abierto nunca la boca, que no abra nunca la boca?! Ya en 2001 sus adversarios de la Izquierda presentaron un proyecto de ley para conseguir que los inmigrados con cinco años de residencia en Italia pudiesen votar y ser votados en nuestras elecciones. Pero, si mal no recuerdo, Usted permaneció callado. Sus adversarios de la Izquierda

pidieron incluso que a esos inmigrados se les concediese la “Ciudadanía Europea de Residencia” más el derecho a votar en las elecciones europeas. Pero, por lo que yo recuerdo. Usted permaneció callado. El año pasado, en todas las Fiestas de l’Unitá era posible firmar la petición de los *diessini* para pedir lo mismo. «Nuestro objetivo es recoger un millón de firmas para llevarlas al Parlamento italiano y al europeo. Los inmigrados tienen que poder votar. Ésta es una batalla por la civilización dirigida hacia el futuro». (Sic). Pero, si mal no recuerdo, Usted permaneció callado. ¿Por que? ¿Y por qué nunca ha reaccionado ante las

iniciativas de su vicepresidente? ¿Por qué nunca le respondió que el voto no es una mercancía que se intercambia, sino sólo un derecho de los ciudadanos? ¿Por qué nunca ha subrayado que, según el primer párrafo del artículo 19 de la Constitución Italiana, «al extranjero no le son reconocidos los derechos políticos?».

Estos interrogantes se refieren también al Proyecto de Acuerdo sobre el que me dispongo a decir lo que pienso a continuación.

# *CAPÍTULO 4*

«A ése le das un dedo y te coge la mano. Le das una mano y te coge un brazo y te tira por la ventana abajo» decía mi madre cuando no se fiaba de alguien. Y a veces este Proyecto de Acuerdo tiene el aspecto de pedir más que un dedo y punto, una mano y punto. Algunas peticiones están expresadas de hecho con mucha astucia es decir jugando con el equívoco, otras en cambio te aferran rápidamente el brazo para tirarte por la ventana. Por ejemplo

el caso de su domingo que no es el domingo sino el viernes. «Los musulmanes que dependen del Estado y de los Entes públicos o privados, los que ejercen actividades autónomas o comerciales, los que están haciendo el servicio militar o la prestación social sustitutoria tienen el derecho de respetar la fiesta religiosa del viernes» sostiene el Proyecto redactado por el Coreis (Comunidad Religiosa Islámica). Sobrevolando sobre cuál es el día festivo, el Proyecto del Ucoii (Unión de Comunidades y Organizaciones Islámicas en Italia) subraya el derecho de participar en la oración del viernes. Rito que se desarrolla en las mezquitas,

dura al menos una hora y va precedido del lavatorio de los pies, y por consiguiente requiere una interrupción del trabajo bastante larga. Tanto el Proyecto del Coreis como el del Ucoii añaden, además: «A la hora de fijar el día de los exámenes las autoridades escolares adoptarán los oportunos recursos para permitir a los estudiantes musulmanes ser examinados un día que no sea viernes».

Pregunta Número Uno: ¿cómo nos las arreglamos con el hecho de que en Italia y en todo Occidente el día festivo es el domingo, que viene después del sábado que a su vez está incluido en el fin de semana y que es prácticamente

una jornada no laboral? ¿Cómo nos las arreglamos, en suma, con el hecho de que entre nosotros la semana laboral va de lunes a viernes? Ningún otro credo religioso ha pedido jamás reducir la semana laboral de lunes a jueves es decir darse el homenaje de un fin de semana de tres días. ¿Basándose en qué privilegio nuestras autoridades escolares deberían alterar las fechas de los exámenes, adecuarse a los ritos de Mahoma? Pregunta Número Dos: ¿cómo nos las arreglamos con la particularidad de que entre los funcionarios del Estado y de los Entes públicos y privados haya bomberos, ferroviarios, pilotos de aviones, conductores de ambulancias,

médicos, y que entre los militares haya por ejemplo carabineros que realizan labores de policía? ¿Cómo nos las arreglamos con el carabiniere que a la hora de la oración está arrestando a un ladrón o en un tiroteo? ¿Cómo nos las arreglamos con el médico que en la hora de la oración está realizando una operación quirúrgica, o con el conductor de ambulancia que está transportando un herido al hospital, o con el piloto de avión que está despegando o aterrizando, o con el ferroviario que está conduciendo un tren o con el bombero que está apagando un incendio? En 1979 las hijas de Bazargan (el primer ministro de Jomeini) me contaron que una vez, a

la hora de la oración, su padre se detuvo de golpe en una freeway de Los Ángeles. En las freeway de Los Ángeles ni siquiera se puede reducir la velocidad. El tráfico es tan intenso que a la mínima desaceleración se provoca una hecatombe. Y sin embargo él se detuvo. Salió con su alfombra, se arrodilló sobre el asfalto y se puso a rezar. Más aún: en 1991 durante la Guerra del Golfo vi a un artificiero Saudita que junto a tres Marines estaba desactivando una bomba que no había explotado, y de pronto interrumpió la delicadísima operación. Haciendo oídos sordos a los gritos desesperados de los Marines dejó la bomba y se fue

farfullando: «Sorry, it is my prayer hour. Disculpen, pero es la hora de la oración».

Entre las pretensiones que parecen inocuas están también las de interrumpir el trabajo para recitar los Allah-akbar de la mañana, del mediodía, de la tarde, del anochecer. O la de celebrar el comienzo y el final del Ramadán, la Fiesta del Sacrificio, el Año Nuevo Hegiriano, el 10 Dhul Hijja del Año Hegiriano. Y la de tomarse unas vacaciones suplementarias para hacer la peregrinación a La Meca. (Fiestas y vacaciones a las que se añaden obviamente nuestras Navidades, nuestros Fin de Año, nuestros Reyes

Magos, nuestras Pascuas, nuestros Todos los santos, nuestros Santos Patrones, nuestras Inmaculada Concepción, nuestros Primero de Mayo, etcétera). Y por último, el tema de la fotografía en los documentos de identidad. El artículo 5 del Texto Único de la Ley de Seguridad Pública establece que para los documentos de identidad se necesita una fotografía con la cabeza descubierta es decir sin sombrero. Algo justo dado que el sombrero tapa el pelo y a menudo la frente y las orejas. Tres rasgos que sirven para reconocer a una persona. (Cuando Italia no era una colonia del Islam, esos rasgos se indicaban en el pasaporte al igual que la estatura y el

peso y el color de los ojos, ¿recuerdas? Frente alta o baja. Orejas normales o de soplillo. Pelo rubio o negro o gris o blanco. Eventual calvicie). Y nadie puede negar que el turbante oculta el pelo y las orejas. Nadie puede negar que, junto al pelo y las orejas, el chador y el hijab ocultan la frente, así como las sienes, los pómulos, las mejillas, el mentón y el cuello. Nadie puede negar que esos tocados sólo permiten ver los ojos, la nariz y la boca de una fisonomía. Pero el Proyecto del Coreis declara que de acuerdo con el derecho a vestirse según la tradición los musulmanes pueden exigir documentos con fotos en las que salgan cubiertos. Es

decir con el chador, con la hijab, con el turbante. Ceder a esa «exigencia» significa pues violar el artículo 3 del Texto Único de la Ley de Seguridad Pública. Escribo «significa» y no «significaría» porque en la práctica la violación ya se ha producido. ¿Sabes por culpa de quién? De un ex-Ministro del Interior y ex-Presidente del Tribunal de Casación que el 14 de marzo de 1995 emitió una circular con la que informaba a la Policía que la obligación de aparecer con la cabeza descubierta en las fotos de los documentos se refería sólo al sombrero. «Un objeto que además de alterar o de poder alterar la fisonomía del rostro retratado es un

simple accesorio indumentario». No se refería, por lo tanto, al chador y al hijab y al turbante. «Prendas-que-forman-parte-integrante-de-la-indumentaria-islámica». Y concluía: «Para no atentar contra el principio constitucional garantizado por el artículo 19 en materia de culto y libertad religiosa, está pues permitido colocar en los documentos de identidad una foto con la cabeza cubierta con las citadas prendas».

*(Cartita* «Excelencia o mejor dicho ex-Excelencia Ilustrísima. En primer lugar, el sombrero no es un «simple accesorio», es decir un objeto frívolo y superfluo. Es una prenda que en invierno sirve para proteger la cabeza del frío. Y

en el verano, para resguardarla del sol. Y desde que el mundo es mundo, la mayoría de los seres humanos lo usa por esto. Lo llevaba incluso el cazador que hace años descubrimos, momificado, dentro de un glaciar de los Alpes entre Austria e Italia. Un cazador de la Edad del Cobre. En segundo lugar, el turbante no es parte integrante de la indumentaria islámica o sólo de la islámica. En muchos países musulmanes no se utiliza o es utilizado sólo por los mulás o los imanes. En Turquía y en Egipto y en Marruecos llevan el fez. En Arabia Saudita y en Jordania y en Palestina etcétera, la kefiah. ¿Ha visto alguna vez a Arafat o a Mubarak o al rey de

Jordania o al de Arabia Saudita con turbante? El turbante ni siquiera es un símbolo del Islam. Si se hubiese informado mejor habría descubierto que, lejos de definirlo como una «prenda islámica», todas las enciclopedias y diccionarios lo definen como «tocado oriental o tocado femenino». Y gracias a Dios Oriente no se compone sólo de países musulmanes. Incluye por ejemplo a la India que a pesar de las invasiones islámicas ha conseguido mantenerse siempre hinduista. En India el turbante se llevaba mucho antes de que naciese Mahoma. Piense en los turbantes negros de los gurús, en los enjoyados de los maharajás, en los rojos de los Sijs que

no se lo quitan ni para dormir y que son acérrimos enemigos del Islam. Por lo demás hasta los Asirios llevaban turbante. En cualquier estatua o cuadro del rey Sargón, siglo VIII antes de Cristo, aparece con el turbante. Y pensándolo bien, hasta los tocados de los antiguos egipcios eran turbantes. Comenzando por el tocado de los faraones y por el que la reina Nefertiti exhibe en el famoso busto custodiado en el Museo Egipcio de Berlín. Por otra parte, las mujeres siempre han llevado turbante. Cuando yo era niña, lo llevaba incluso mi tía Bianca. Estaba de moda y ella solía decir: «Favorece». Y eso no es todo. De hecho, los redactores del

Proyecto no aclaran nunca el significado del término «cabeza cubierta». No explican nunca si por «cabeza cubierta» entienden el cabello y punto o también la cara. Pero usted, con su circular, les resuelve el problema. No sólo porque el chador y el hijab cubren buena parte del rostro sino porque, autorizando la foto con el chador y el hijab, aunque sea indirectamente autorizó también la foto con el burkah o con el nikab: prendas mucho más islámicas. Así las cosas. Excelencia o ex-Excelencia Ilustrísima, le recuerdo que la Ley es Igual para Todos. Y como la Ley es Igual para Todos, reclamo el derecho de poner en mi pasaporte una foto con sombrero. Un

sombrero de ala ancha, cuidado. Con el ala cayendo sobre la frente y dejando mis ojos en la penumbra. Reclamo tal derecho y si no me es reconocido los denuncio a todos por discriminación racial y religiosa. Los llevo al Tribunal de La Haya»). Y dicho esto pasemos a una de las peticiones más vergonzosas que el susodicho Proyecto contiene. La petición con la que quieren imponernos la validez del matrimonio islámico.

\* \* \*

Existen dos tipos de matrimonio islámico. Uno es el matrimonio clásico, es decir el *nikah*: contrato que entra en la «categoría de la compraventa» y que, eventual repudio aparte, no tiene fecha de caducidad. El otro es el matrimonio temporal, es decir el *mut'a*: un contrato que forma parte de la «categoría de arrendamientos y alquileres» y que, eventual renovación aparte, puede tener fecha de caducidad. Durar una hora, una semana, un mes. O lo que duró el mío cuando en la ciudad sagrada de Qom donde había ido para entrevistar a Jomeini, el mulá encargado del Control de la Moralidad me obligó a casarme con el intérprete que ya estaba casado

con una española celosa. (A propósito: en «La Rabia y el Orgullo» dejé inconcluso el episodio, y desde entonces me persiguen con la pregunta: «¿Pero se casó o no se casó con el marido de la española celosa?». Sí señores, me casé con él. Acto seguido, me casé con él. O mejor dicho: se casó él conmigo firmando la hoja que el mulá enarbolaba al grito de vergüenza-vergüenza. De lo contrario nos habrían fusilado y adiós a la entrevista a Jomeini. Pero la boda nunca se consumó. Lo juro por mi honor. Concluida la larga entrevista con el viejo tirano me esfumé, y nunca volví a ver a aquel esposo con fecha de caducidad).

Más que un verdadero matrimonio, el *mut'a* es, por lo tanto, un expediente para legitimar las relaciones ocasionales. Una escapatoria farisea para cometer adulterio sin caer en pecado, o un truco para prostituirse y prostituir. No en vano los propios hijos de Alá hablan con cierta vergüenza de él, los sunitas lo han abolido, y los chiítas lo practican a escondidas. En cambio el *nikah* no. Lo primero que hay que decir del *nikah* es que se trata de un matrimonio arreglado es decir impuesto por los familiares con independencia de la voluntad de los esposos. (Si no me equivoco, algo inadmisibles tanto para la ley italiana como para la Convención

Europea. Ambas exigen de hecho la plena y libre voluntad de los contrayentes). Así es: en el *nikah*, nada de decisiones dictadas por los sentimientos o por los razonamientos de la pareja. Nada de libre y plena voluntad. «El amor engaña. La atracción física, también. No se puede establecer el contrato nupcial pensando en estas tonterías: la elección de la pareja debe basarse en consideraciones de otros» explica el islamista Yusul Qaradawi en su libro «Lo lícito y lo ilícito». Una vez que los familiares han firmado el contrato y entregado el *mahr* es decir la cantidad con la que el esposo compra a la esposa, los dos contrayentes ni

siquiera tienen el derecho de conocerse y frecuentarse como novios. Si se encuentran por casualidad, tienen que bajar la vista y no abrir en absoluto la boca. La esposa no la puede abrir ni siquiera durante la ceremonia. De hecho no es ella la que pronuncia el «sí». Lo hace su *wali* su tutor, el hombre que ha llevado a cabo las negociaciones. Normalmente, el padre o el hermano. Porque durante la ceremonia es el padre o el hermano el que está al lado del esposo. Que en el momento culminante le mira a los ojos, le sonrío con ternura, le estrecha las manos. Como si fuera él quien va a casarse. (Ví una vez esta escena. En un hotel de Islamabad. De

inmediato pensé que ambos eran homosexuales y, convencida de que estaba asistiendo a la boda de dos homosexuales pregunté a un invitado si el Corán lo permitía, y al tratarse de un tío del esposo...). «Te doy a mi hija (o a mi hermana) como quiere la Ley de Alá y del Profeta» declara el padre (o el hermano). «Tomo a tu hija (o a tu hermana) como quiere la Ley de Alá y del Profeta» responde el esposo. «La aceptas, pues?» insiste, no se sabe por qué, el padre o el hermano. «Ya la he aceptado» responde el esposo. A continuación ambos se dan un beso. Triple. Se intercambian buenos deseos, se dicen: «Esperemos que sea una buena

esposa». Y mientras pasa todo esto la esposa está en un rincón, muda. Sola y muda. Y es que, para el Profeta, una esposa no puede no estar de acuerdo y su silencio significa «sí». También su risa, si se ríe, significa «sí». También su llanto, si llora...

Lo segundo que hay que decir es que en Italia está prohibida la poligamia. Que un polígamo en Italia termina en la cárcel. «No puede contraer matrimonio el que ya tiene vínculos por otro matrimonio anterior» advierte el artículo 86 de nuestro Código Civil. Y el artículo 556 de nuestro Código Penal (ya lo expliqué hablando del polígamo magrebí al que las autoridades toscanas

no tocan por motivos de orden público) añade: «Quien estando unido por un matrimonio que tiene efectos civiles contrae otro con efectos civiles será castigado con reclusión de uno a cinco años. A la misma pena se somete el que no estando casado contrae matrimonio con una persona ya unida por matrimonio que tiene efectos civiles». Y sin embargo el Proyecto de Acuerdo solicita que «la República Italiana reconozca los efectos civiles del matrimonio celebrado por el rito islámico». Solicita que la facultad de celebrar matrimonios según la ley y la tradición islámicas permanezca «intacta incluso en los casos en los que los

matrimonios no tienen efectos o relevancia civil». Lo solicita con la consabida ambigüedad, la consabida astucia. Es decir sin poner en evidencia que el matrimonio islámico no prescinde de la bigamia, que en cualquier momento, un marido puede tomar a otra mujer y a otra y a otra hasta cuatro. Lo solicita, además, sin precisar si con la palabra «matrimonios» en plural entiende sólo el *nikah* o el *nikah* y el *mut'a*. Lo solicita sin aclarar si con el verbo «disolver» se refiere al divorcio o al repudio. Y el repudio autoriza a un marido a echar fuera de casa a su mujer cuando le venga en gana. Para echarla le basta repetir tres veces: «Talak, talak,

talak». Lo solicita, por último, sin admitir que el término «tradición islámica» significa total subordinación de la mujer. Esclavitud total. Y que tal esclavitud incluye el derecho que tiene el marido a pegarle, flagelarla y golpearla. «Las mujeres virtuosas obedecen incondicionalmente al marido. Las desobedientes deben ser alejadas por él de su lecho y apaleadas» enseña el Corán. «El hombre es el señor indiscutible, el dueño absoluto de la familia. La mujer no puede rebelarse a su autoridad y si osa hacerlo hay que castigarla» añade Qaradawi en su libro. (Publicado, ojo, en el año 2000, no en el 1000). Precisa, después, que una mujer

no puede salir de casa sin el permiso del marido, no puede recibir visitas de amigas o familiares sin el permiso del marido, no puede participar en la educación de los hijos sin el permiso del marido y que cuando éste se equivoca, lo único que puede hacer es suplicarle que cambie de opinión. A este respecto el consejero de la Federación Española de Entidades Religiosas Islámicas, imán Mohammed Kamal Mustafa, ha escrito incluso un Vademécum sobre la forma de pegar a las mujeres. («Utilizar una vara delgada y ligera, útil para golpearla incluso desde lejos. Golpearla sólo en el cuerpo, en las manos, en los pies. Nunca

en la cara, porque se ven las cicatrices y los hematomas. Recordar que los golpes deben hacer sufrir psicológicamente, no sólo físicamente»). Y el imán de Valencia, Abdul Majad Rejab, comenta: «El imán Mustafa es islámicamente correcto. Pegar a la mujer es un recurso».

El imán de Barcelona, Abdelaziz Hazan, añade: «El imán Mustafa se limita a referir lo que está escrito en el Corán. Si no lo hiciese, sería un hereje». Pero la Constitución Italiana establece la igualdad de los sexos. Defiende la libertad de la mujer. Prohíbe cualquier acto discriminatorio hacia ella. Sostiene que los cónyuges gozan de iguales

derechos y de iguales deberes. Declara que ya sea durante el matrimonio ya tras un eventual divorcio, ambos tienen las mismas responsabilidades sobre los hijos, ¿sí o no? Ergo, es imposible el reconocimiento jurídico del matrimonio islámico. La petición avanzada por el Proyecto de Acuerdo, es inaceptable. Y lo mismo pasa con la que se refiere a la enseñanza del Corán en nuestras escuelas públicas. Veamos por qué.

\* \* \*

El laicismo de nuestras escuelas públicas no es perfecto. Y no lo es por culpa de los Pactos de Letrán, es decir del Concordato que Mussolini firmó con el Vaticano en 1929, que la Constituyente confirmó en 1947 con los votos de los comunistas dirigidos por Togliatti, y que en 1984 fue modificado abrogando sólo la inconstitucional expresión «Religión de Estado». No lo es, en definitiva, por culpa de un pequeño lunar llamado Hora-Semanal-de-Religión. Una hora optativa, sin embargo. Era ya una hora optativa, imagínate, en los tiempos en los que yo estudiaba en el liceo «Galileo Galilei» de Florencia y hacía desesperarse a un

inteligente sacerdote que se llamaba don Bensi. De hecho cuando don Bensi entraba a clase, yo salía. Sin escuchar sus doloridos comentarios, (por lo general un murmullo: «Vete, vete, no-sea-que-un-pobre-cura-trate-de-salvar-tu-alma-de-cuatro-duros»), cogía la merienda y me iba a comerla al pasillo. Sin riesgos de sufrir castigos o venganzas, de todos modos. Y menos por parte de él que siempre me perdonaba bromeando: «¿Estaba bueno el bocadillo?». Este poder elegir, este poder aceptar esa hora o rechazarla, minimiza el lunar. (En el fondo legitimado por el hecho de que la inmensa mayoría de los italianos es

católica). Lo minimiza hasta tal punto que ninguna otra comunidad religiosa se siente molesta. Ninguna otra pretende que en las escuelas públicas se enseñe su credo. No lo pretende ni la hebrea que de las minorías religiosas es la más fiel a su propio confesionalismo, la más exigente. En su Acuerdo con la República Italiana, de hecho, la Comunidad Hebrea habla de «eventuales peticiones que podrían proceder de los alumnos o de las familias para poner en marcha un estudio sobre el judaísmo en el ámbito de las actividades culturales». Pero una cosa es proponer el estudio-del-judaísmo-en-el-ámbito-de-las-actividades-culturales y otra enseñarlo

en las escuelas públicas como se enseña en las escuelas privadas o en las sinagogas. Definiéndose como la Segunda Religión del Estado (término ilícito dado que el Estado Italiano no representa a los inmigrados musulmanes y los italianos convertidos al Islam son sólo diez mil, como ya hemos comentado) el Proyecto de las Comunidades Islámicas pide en cambio que en nuestras escuelas se enseñe el Corán como se enseña en sus escuelas privadas o en sus mezquitas.

Y esta vez, lo piden sin ambigüedad. Es decir precisando que tal enseñanza debe desarrollarse en las aulas de todo tipo y grado, parvularios incluidos.

Subrayando que los que impartan tal enseñanza deben ser maestros elegidos por ellos, con programas redactados por ellos y en horarios adaptados a ellos. Peor aún, lo piden metiendo las narices en nuestros programas escolares, pretendiendo que «a través de otras asignaturas no se difundan otras enseñanzas religiosas». ¿Sabes qué quieren decir con esto? Que en los programas de las demás asignaturas se deberán evitar referencias a la religión de la que está embebida nuestra cultura: el Cristianismo. Significa que en los programas de literatura no debemos incluir por ejemplo, la «Divina Comedia». Poema escrito por un perro-

infiel que tenía una visión católica tanto de la vida terrenal como de la ultraterrenal, que en el Infierno, exactamente en el Canto Veintiocho, coloca a Mahoma, y que llena el Paraíso de mujeres. Heroínas del Antiguo Testamento, santas del calendario. Además la señora de la que estaba enamorado, Beatriz Portinari, y la «Hija de su Hijo» es decir la Virgen María. Pensándolo bien, en el programa de literatura no deberíamos incluir tampoco el «Cántico de las Criaturas» de San Francisco ni los «Himnos Sacros» de Alejandro Manzoni. En los programas de Historia no deberíamos hablar ni de Jesús ni de sus Apóstoles, ni de

Barrabás ni de Poncio Pilato, ni de los Cristianos ni de las Catacumbas, ni de Constantino ni del Sacro Imperio Romano. Deberíamos eliminar además las luchas entre Güelfos y Gibelinos, o la resistencia que opusieron a las invasiones islámicas los sicilianos y los romanos y los campanos y los toscanos y los vénetos y los friulanos y los puliezes y los genoveses. Deberíamos silenciar a Carlos Martel y a Juana de Arco, la caída de Constantinopla y la batalla de Lepanto. Y de los programas de filosofía deberíamos suprimir las obras de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, de Lutero y de Calvino, de Descartes y de Pascal. De los programas de Historia

del Arte deberíamos eliminar todos los Cristos y todas las Vírgenes de Giotto y de Masaccio, del Beato Angélico y de Filippino Lippi, de Verrocchio y de Mantegna, de Rafael y de Leonardo da Vinci y de Miguel Ángel. En música deberíamos eliminar todos los Cantos Gregorianos, todos los Réquiem comenzando por el *Réquiem* de Mozart o el de Verdi. Y pobre del maestro o de la maestra que haga cantar en clase el *Ave Maria* de Schubert... Parecen paradojas, ¿verdad? Parecen salidas de tono, exageraciones grotescas. Pero no lo son: son razonamientos o mejor dicho vaticinios basados en la realidad que estamos viviendo. De hecho, a algún

perro-infiel, estos canallas lo han puesto ya en la picota. Uno es precisamente Dante Alighieri que con el pretexto del Canto Veintiocho querrían eliminar de las enseñanzas medias y superiores, incluso desalojar de su tumba de Rávena para «hacer polvo sus huesos y esparcirlos al viento». Otro es el pintor Giovanni da Modena que en el año 1415, en la catedral de San Petronio en Bolonia, pintó un minúsculo fresco donde se ve a Mahoma precisamente en el Infierno. Tras enviar una carta al Papa y al cardenal de Bolonia en la que el minúsculo fresco era definido como «una ofensa inaceptable para los musulmanes de todo el mundo»

prometieron destruirlo. Y ya lo intentaron una vez. Es lo mismo que hacen en Francia cuando quieren eliminar a Voltaire. Culpable, él, de haber escrito «Le Fanatisme ou Mahomet le prophète» una tragedia en la que, instigado por Mahoma, el joven protagonista mata a su padre y a su hermano.



En cuanto a las peticiones de las que todavía no he hablado, bueno... La

menos perniciosa se refiere a los comedores que en todas las empresas públicas y privadas, en todas las cárceles, en todos los hospitales, en todos los cuarteles, en todas las escuelas de todo tipo y grado tienen que disponer de comida islámica. Carne halal etcétera. (Es un hecho que tales comedores existen ya sin haberse firmado el Proyecto de Acuerdo. En las cárceles donde los detenidos son en gran parte argelinos o marroquíes o tunecinos o albaneses o sudaneses, la carne halal ha sustituido a la de nuestros mataderos. El cerdo prácticamente ha desaparecido, y por cierto, ¿quién se está forrando con este business de la carne halal? ¿Sólo

los píos degüellaterneros de Turín o una mafia islámica similar a la que existe en Francia?). La petición más antipática se refiere en cambio a la sepultura de sus difuntos. Algo que en el rito islámico se hace a flor de tierra y tras haber envuelto el cadáver en una simple sábana, sin ataúd, algo que está rigurosamente prohibido por nuestras Leyes sobre la Higiene. La más odiosa sin embargo, la más escandalosa es la que pretende «colaborar en la tutela del patrimonio histórico, artístico, ambiental, arquitectónico, arqueológico, archivístico, bibliotecario del islamismo». Con el objetivo de «agilizar el censo y el reordenamiento de los

bienes culturales islámicos». ¡¿Qué bienes-culturales-islámicos, desvergonzados?! ¡¿Qué patrimonio-histórico-artístico-ambiental-arquitectónico-arqueológico-archivístico-bibliotecario del Islam, caraduras?! A Italia vuestros antepasados no han traído nada salvo el grito de «Mamá, los turcos». No han dejado nada, salvo las lágrimas de las criaturas que en las ciudades costeras y en Sicilia vuestros piratas han matado o violado o raptado para abastecer los mercados de esclavos de El Cairo, Túnez, Argel, Rabat, Estambul. Las mujeres y los recién nacidos para ser vendidos a los harenes de los sultanes y

de los visires y de los jeques enfermos de sexo y de pedofilia. Los hombres para que se deslomaran en vuestras canteras, los niños y los adolescentes para ser transformados en máquinas de matar. En jenízaros. De Mazzara a Siracusa, de Siracusa a Tarento, de Tarento a Bari, de Bari a Ancona, de Ancona a Rávena, de Rávena a Udine, de Génova a Livorno, de Livorno a Pisa, de Pisa a Roma, de Roma a Salerno, de Salerno a Palermo, vuestros antepasados sólo han venido a robar. Robar y punto. Por lo tanto en nuestros museos, en nuestros archivos, en nuestras bibliotecas, entre nuestros tesoros arqueológicos o arquitectónicos no hay

absolutamente nada que os pertenezca).

Y, mientras escribo, la pregunta «cómo es posible que hayamos llegado a esto» vuelve a surgir. Y mientras vuelve a surgir me pregunto si fue por falta de perspicacia o por la fatalidad del destino por lo que gente como yo no se ha dado cuenta a tiempo de lo que se nos estaba viniendo encima. Mientras me lo pregunto la memoria vuelve a los Años Sesenta, me conduce al lejano mayo de 1966 cuando en Miami, en Florida, entrevisté a un púgil nacido con el nombre de Cassius Clay, pero que al convertirse al Islam pasó a llamarse Muhammad Ali.

# *CAPÍTULO 5*

Me conduce allí porque aquella entrevista tendría que haberme abierto los ojos. O al menos hacerme sospechar que en Estados Unidos estaba sucediendo algo muy, pero que muy peligroso. En perspectiva, más peligroso que la Guerra Fría, es decir la pesadilla que vivíamos entonces. En los Años Sesenta, de hecho, una insólita oleada de estudiantes islámicos procedentes del África musulmana y financiados por los países árabes había

invadido las universidades americanas con el eslogan «Revival of Islam». Renacimiento del Islam. Y la secta conocida como «The Nation of Islam» o «Black Muslims Movement» había puesto en marcha una agresiva campaña de proselitismo. En Nueva York, en Boston, en Filadelfia, Chicago, Detroit, Atlanta, Denver, Los Ángeles, San Francisco habían nacido muchas mezquitas, y si bien la mayoría de la población negra se identificaba con el reverendo baptista Martin Luther King no pocos afro-americanos se estaban convirtiendo en secuaces de Mahoma. Más en concreto, los Black Muslims. ¡Ah!, recuerdo bien a los Black

Muslims. Y no eran precisamente simpáticos, te lo aseguro. Sin que nadie les denunciase por racismo sostenían la absoluta superioridad de la raza negra y la consiguiente inferioridad de la raza blanca. Alimentaban un odio feroz hacia los blancos, a Martin Luther King lo despreciaban hasta el punto de llamarlo «tío Tom» o «pez hervido», y su líder era un tipo que no escondía en absoluto sus intenciones. Elijah Muhammad nacido Elihali Poole. «Convertir, convertir, convertir. Hermanos, pronto tendremos que convertir incluso a los diablos blancos. Convertir será una necesidad inderogable. Porque sólo liberando Estados Unidos podremos

liberar Europa, es decir todo Occidente» decía Elijah Muhammad nacido Eliah Poole. Hasta 1965 hubo también un personaje discutible, convertido al Islam en el penitenciario donde cumplía una larga condena por robo con intimidación: Malcolm X nacido Malcolm Little. Ese mismo Malcolm X al que los jóvenes de hoy sólo conocen por la santificación que le tributó Hollywood con una famosa película taquillera. El que en 1963 había comentado el asesinato de John Kennedy diciendo «han-asado-al-pollo», pero que presa de una inesperada crisis de misticismo, en 1964 comenzó a hablar de fraternidad. Así que el 21 de febrero

de 1965 sus propios discípulos lo enfriaron a disparos de revólver, ocupando su lugar Louis Abdul Farrakhan nacido Louis Eugenc Walcott. Un cantante de calipso que gestionaba la mezquita Número Siete de Harlem y cuyo delirio racista se resume en las siguientes palabras: «La inferioridad de la raza blanca y de la religión cristiana se demuestra por el hecho de que, comenzando por los descubrimientos científicos, todas las conquistas de la Humanidad son mérito del Islam. El único blanco digno de respeto es mi ídolo Adolf Hitler que eliminó a muchos judíos». En cualquier caso la estrella de esa época era Muhammad Ali nacido

Cassius Clay, celeberrimo en el año 1966 porque detentaba el título de campeón del mundo de los pesos pesados.

Consideré a Muhammad Ali nacido Cassius Clay como una broma de la naturaleza, y no lo tomé en serio. Por lo demás cómo tomar en serio a alguien que te dice: «Yo soy el más grande, el más guapo. Soy tan guapo que merecería a tres mujeres por noche. Soy tan grande que sólo Alá puede dejarme K. O.». O esto otro: «Elegí el nombre de Muhammad porque Muhammad significa Digno de Todo Halago. Y yo soy digno de todo halago». O esto: «¿Que si nunca he escrito una carta o leído un libro?»

Nunca, de verdad. Yo no escribo cartas ni leo libros. No lo necesito porque sé más que vosotros. Sé por ejemplo que Alá es un Dios más antiguo que vuestro Jehová o que vuestro Jesús, y que el árabe es una lengua más antigua que el inglés. El inglés sólo tiene cuatrocientos años». O esto otro: «¿Qué voy hacer después del boxeo? Bueno, quizá me convierta en jefe de un Estado africano que teniendo necesidad de un líder supremo se pregunte: ¿Por qué no cogemos a Muhammad Ali que es tan fuerte y tan guapo y tan valiente y tan religioso?». O esto: «Si en vez de vivir en Florida viviese en Alabama, votaría a favor del que no mezcla a los blancos

con los negros. No voto a tipos como Sammy Davis que se ha casado con una rubia sueca. Los perros deben estar con los perros, las ladillas con las ladillas, los blancos con los blancos». Me explico: desde un punto de vista humano no encontré nada de respetable en aquel hombre de veinticuatro años estúpido y mala persona, bocazas e ignorante, que lo único que hacía bien era dar puñetazos y punto. Sin embargo hubo un par de momentos en los que me asaltó la duda de si no estaría cometiendo un error por no tomármelo en serio. De si su caso, en definitiva, no sería más significativo de lo que parecía. La primera vez, (los encuentros fueron

dos), fue cuando explotó con una frase digna del personaje volteriano que por amor a Mahoma asesina a su padre. «A Elijah Muhammad lo quiero más que a mi madre. Porque Elijah Muhammad es musulmán y mi madre es cristiana. Por Elijah Muhammad puedo incluso dar la vida. Por mi madre, no». La segunda vez, fue cuando los Black Muslims que llenaban su casa me agredieron físicamente. De hecho, era muy hostil. Muy rencoroso. En vez de responder a mis preguntas resoplaba, se rascaba, comía enormes rodajas de sandía y me eructaba en la cara. (Aposta, ojo. Para ofenderme. Para recordarme que las ladillas tienen que estar con las ladillas,

los blancos con los blancos. No para digerir mejor o sea por simple mala educación). Eructos tan ciclópeos, tan altisonantes, tan malolientes, que al final perdí la paciencia. Le tiré a la cara el micrófono de la grabadora, me levanté y lanzándole un sacrosanto «Go to Hell!, vete al infierno, animal» me largué. Me dirigí hacia el taxi que me estaba esperando. Él, al principio, no supo cómo reaccionar. Noqueado por el asombro se quedó con la enésima rodaja de sandía suspendida en el aire sin fuerzas siquiera para abatirme con uno de sus implacables knock-out. (Le hubiese bastado con empujarme con el pulgar). Los Black Muslims, en cambio,

me siguieron. Capitaneados por su Consejero Espiritual (un tal Sam Saxon) llegaron hasta el taxi que me había traído, y gritando «sucía cristiana» lo rodearon. Se pusieron a zarandearlo, a levantarlo» a intentar darle la vuelta, y... La calle estaba desierta. El taxista (un negro con la cruz copta en el cuello) aterrizado no conseguía encender el motor, salir pitando. Si en aquel momento no hubiese pasado por casualidad un coche de la policía (milagro que puso a prueba mi incredulidad) no estaría aquí para contarlo.

La duda de que había sido un error no tomarlos en serio se asomó también

más adelante, entendámonos. Por ejemplo, cuando supe que gracias al comedor de sandías el proselitismo islámico se había reforzado. (No olvidemos que hoy en América el 85 por ciento de los musulmanes son negros. Que los negros se convierten al ritmo de cien mil al año, que muchos conversos pertenecen al inundo del deporte. Uno es el excampeón de los pesos pesados Mikhail Abdul Aziz nacido Mike Tyson. Ése que durante los combates muerde mejor dicho se come las orejas de sus contrincantes. Otro es el campeón de baloncesto Kareem Abdul-Jabbar nacido Lew Alcindor. Otro más, Mahmoud Abdul-Ratil nacido Chris

Jackson. También él campeón de baloncesto. Y recientemente han pescado peces gordos en el mundo del espectáculo. Para comenzar, Denzel Washington, el Oscar que interpretó a Malcolm X. Después, el multimillonario saltarín al que le gusta dormir con niños y que a fuerza de tratamientos dermatológicos y penosas operaciones de cirugía plástica ha conseguido dejar de ser negro, dejar de tener los rasgos de un hombre negro, de forma que ahora parece una chica blanca sin nariz. En breve Michael Jackson). Rechacé aquella duda, diciéndome que los Black Muslims eran el fruto de una sociedad en la que el excesivo respeto por las

religiones paría siempre a algún profeta o algún credo insensato. ¿No habían surgido en América los Mormones de la Church of Jesús Christ of the Latter-Day Saints es decir los secuaces de aquel Joseph Smith que predicaba la poligamia ilimitada y tenía cincuenta y cuatro mujeres? ¿No habían nacido en América los Testigos de Jehová es decir los secuaces de aquel Charles Taze Russell que enseñaba a escupir sobre la bandera y que a pesar de definirse como cristiano rechazaba el crucifijo y el concepto de redención? ¿No habían surgido en América los Christian Scientists es decir los secuaces de aquella Mary Baker Eddy que veía en la

Biblia la curación de todas las enfermedades y ay de ti si llamabas al médico, ay si ibas al hospital, ay si tomabas una sulfamida o una aspirina? (Los Chrisrian Sciemists todavía existen, y de vez en cuando alguno de ellos termina en la cárcel por haber dejado morir a un niño de pulmonía o de apendicitis). ¿No habían surgido en América los perversos de la Church of Satan, los secuaces de aquel Antón LaaVey que veía en Satanás la fuente de todo placer? Pensé también que los estudiantes africanos que habían entrado en las universidades para hacer propaganda del Renacimiento del Islam eran fenómeno pasajero o el producto de

un flujo migratorio semejante al que estaba llevando a América a tantos cubanos y tantos mexicanos. Y engañada por el razonamiento no me di cuenta de que, favorecido por el final de nuestro colonialismo, el mismo flujo se verificaba en Europa. En Inglaterra por ejemplo, donde el eslogan Renacimiento del Islam procedía de Pakistán, de Uganda, de Nigeria, de Sudán, de Kenia, de Tanzania. En Francia donde procedía de Argelia, de Túnez, de Marruecos, de Mauritania, de Chad, de Camerún. En Bélgica donde procedía del Congo y de Burundi. En Holanda donde procedía de Indonesia y de Surinam y de las Molucas. En Italia donde procedía de

Libia, de Somalia, de Eritrea. (La Universidad para Extranjeros de Perugia desbordaba, ese mismo año, de libios que junto a otros hijos de Alá habían fundado la Unión de Estudiantes Musulmanes de Italia y que en Italia se aprestaban a erigir la primera mezquita). En definitiva no entendí que lejos de ser un normal flujo migratorio el fenómeno formaba parte de una estrategia bien precisa, de un diseño basado en la penetración gradual y no en la agresión brutal y directa contra todos los perros infieles del planeta. No es casual que en los Años Sesenta el eslogan Renacimiento del Islam se estuviese difundiendo también en la Unión

Soviética. Concretamente en Kazakistán, en Kirguizistán, en Turkmenistán, en Uzbekistán, en Tayikistán es decir en las regiones conquistadas en su tiempo por la Horda de Oro, y en el corazón de la propia Rusia, en el Territorio Autónomo de los Chechenos. Estos chechenos con los que tuvo que enfrentarse, a finales del siglo XVIII la propia Catalina la Grande y contra los cuales, en el siglo XIX, los zares lucharon durante 47 años, que sólo en 1859 el Zar Alejandro II consiguió domar...



Por lo demás, nadie se dio cuenta. La Guerra Fría distraía de todo, lo fagocitaba todo. En aquella época sólo se hablaba de comunismo. De marxismo, de leninismo, de bolchevismo» de socialismo, de comunismo. No se oía jamás la palabra islamismo. En el contexto de la Guerra Fría se había inscrito además la guerra del Vietnam y en 1966 ésta se había recrudecido dramáticamente. En el mes de abril los B52 habían bombardeado por primera vez el Norte, y en Saigón los vietcong habían respondido con la masacre del aeropuerto de Tan Son Nhut. En el mes de mayo los budistas habían comenzado a asarse vivos al ritmo de dos monjes o

dos monjas al día, y los norvietnamitas infiltrados en el Sur habían alcanzado las 90.000 unidades. Las tropas americanas rondaban las 300.000 unidades. Pronto alcanzarían el medio millón, y...

La otra noche viajé hacia aquel pasado. Casi como si quisiera reprocharme el no haberme dado cuenta de nada, busqué indicios similares a los del Comedor de Sandías. Pero no los encontré. En 1967 yo estaba en Vietnam. En 1968, en 1969 y en 1970, también. Y en vez de imágenes de minaretes y de mezquitas la memoria me restituyó las calles de Saigón, los arrozales del Delta del Mekong, los bosques de los

Altiplanos, los muertos de uniforme y sin uniforme. En vez de los gritos de los muecines recordé el tun-tun-tun de los helicópteros y de las ametralladoras, el ruido sordo de los cañones, el silbido de los cohetes, los lamentos de los heridos que, en inglés y en vietnamita llamaban a su madre. «¡Mammy, mammy, mammy...». «Mamá, mamá, mamá...». Me volví a ver en Dak To, en My Tho, en Da Nang, en Na Trang, en Tri Quang, en Kontum, en Quang Ngai, en Phu Bai, en Hué, en Hanoi, en Saigón donde un día de 1968 llegan tres periodistas franceses procedentes de París. En aquel momento, la roca fuerte de los charlatanes expertos en el arte de

embadurnar las paredes, es decir de los del Mavo del 68. Y donde, volviéndose al vietnamita que está transmitiendo los telex de France Presse, uno de los tres exclama con arrogante gravedad: «Vous ne savez pas ce qu'il se passe à Paris, mon vieux. No sabe usted lo que está pasando en París, viejo mío». El vietnamita del telex lo mira de hito en hito con desdeñosa melancolía, y le responde: «Vous ne savez pas ce qu'il passe ici. No sabe usted lo que está pasando aquí, Monsieur». (Lo que estaba pasando era la ofensiva de Mayo, la sangrienta batalla de Hué, el trágico asedio de Khe Sanh. Y acababa apenas de apagarse la terrible Ofensiva del

Tet). Hurgando dentro del año 1968 me volví a ver también en Memphis, Tennessee, donde Martin Luther King acababa de ser asesinado. Me volví a ver en Los Ángeles donde acababa de ser asesinado Bob Kennedy Me volví a ver también en Ciudad de México en la matanza de la Plaza Tlatelolco y en la morgue a donde fui a parar entre los cadáveres. Y tampoco allí vi minaretes y mezquitas, tampoco allí oí los gritos de los muecines, tampoco allí escuché referencias al Islam. Es cierto que en 1969 tuvo lugar el primer episodio del terrorismo islámico. El avión secuestrado en Fiumicino por la señora Leila Khaled y que explotó en Damasco.

Pero en 1969 yo estaba en Hanoi, en Son Tay, en Hoa Binh, en Ninh Binh, en Thanh Hoa, en definitiva en Vietnam del Norte donde te aseguro había otras cosas en que pensar. Es cierto que en 1970 el terrorismo islámico se desencadenó del todo. El avión de la Swissair que explotó en vuelo con cuarenta y ocho pasajeros a bordo. Los cinco aviones secuestrados que saltaron por los aires... Ese año también resurgió el antisemitismo. Un antisemitismo del que la Izquierda alineada con los árabes se hizo de inmediato portavoz y abanderada. Y con el resurgimiento del antisemitismo, la moda del victimismo difundido por

medio del lavado de cerebro de la gente de buena fe. «Pobres palestinos, se ven obligados a matarnos, ¿no? La culpa es de Israel que les robó su patria». Pero en 1970 yo estaba en Svai Rieng, en Prei Veng, en Kompong Cham, en Tang Krasang, en Roca Kong, en Phnom Penh, es decir en Camboya. La guerra de Vietnam se había extendido a Camboya y allí los lamentos de mammy mammy mammy y mamá-mamá se oían más que los cañonazos. Y tampoco por allí se veía el Renacimiento del Islam...

Mira, el mundo que vislumbré con los Black Muslims de Miami sólo lo volví a ver en 1971. Cuando fui a Bangladesh para cubrir la guerra indo-

paquistaní y en Dacca asistí a la matanza de los jóvenes-impuros. (Vi también la cantera de cemento donde un par de días antes los musulmanes de Mujib Kahman habían masacrado a ochocientos hindúes y donde los cuerpos de los ochocientos hindúes yacían abandonados al apetito de los buitres. Miles de buitres que desenrollaban en el cielo lo que parecían larguísimas serpentinas. Pero no eran serpentinas. Eran las vísceras que entre graznidos terroríficos cogían con sus picos y se llevaban volando...). Aquel mundo lo volví a encontrar en Dacca: sí. Pero sólo comencé a frecuentarlo en 1972, cuando durante un año dejé Vietnam a un lado y decidida a

entender quiénes eran los pobres palestinos obligados a matarnos me fui al país que habían invadido como después invadirían Líbano. Es decir Jordania. Allí visité las bases secretas de las que partían para atacar los kibbutz y fui testigo de la crueldad con la que dominaban Aman, la brutalidad con la que irrumpían en los hoteles de los extranjeros y, apuntando con sus kalashnikov obligaban a que les entregaran el dinero. Allí entrevisté al sobrino del Gran Muftí de Jerusalén es decir del famoso Mohamed Amin al-Husseini, que entre el nacionalsocialismo y el islamismo encontraba «profundas semejanzas».

Que en Nüremberg había sido procesado en contumacia porque durante años había empujado a los países árabes a alinearse con la Alemania nazi. Que en 1944 había viajado a Berlín para rendir homenaje a Hitler. Que en Bosnia, al grito de Muerte-a-Tito-amigo de-los-judíos-y-enemigo-de-Mahoma, había apadrinado la «Handzar Trennung» es decir la división compuesta por veintiún mil bosnios de las SS Islámicas. Y que, protegido por los palestinos, ahora se escondía en Beirut.

Se llamaba Yaser Arafat, el sobrino de tamaño tío, y la entrevista con Arafat me sirvió sólo para demostrar que lo de la herencia genética no es una opinión.

Pero después de Aman me fui a Beirut. Allí entrevisté a su rival George Habash es decir el jefe del Frente Popular para la Liberación de Palestina, el hombre al que le debíamos la mayor parte de los atentados cometidos en Europa en los primeros Años Setenta. Y la entrevista con George Habash (exmédico y excristiano, atención, y ex una especie de doctor Schweitzer) me abrió los ojos. Porque mientras su conciencizado guardaespaldas lo protegía apuntándome con la ametralladora a la cabeza, con suma claridad Habash me explicó que el enemigo de los árabes no era Israel y punto: era también Occidente. Entre los objetivos a atacar citó de hecho a Italia,

Francia, Alemania, Suiza, y aquí escúchame bien. No pierdas una palabra, una coma de lo que voy a contar. Ahí va: «Nuestra revolución es una etapa de la revolución mundial. No se limita a la reconquista de Palestina. Hay que ser honestos y admitir que queremos llegar a una guerra como la guerra de Vietnam. Que queremos otro Vietnam. Y no sólo en Palestina sino también en todos los países árabes. Los palestinos forman parte de la Nación Árabe. Y por lo tanto es necesario que toda la Nación Árabe entre en guerra contra América y contra Europa. Que desencadene una guerra total contra Occidente. Y la desencadenará. Que

América y Europa sepan que estamos apenas en el principio del principio. Que lo mejor está aún por llegar. Que de ahora en adelante no habrá paz para ellos». Y añadió: «Avanzar paso a paso, milímetro a milímetro. Año tras año. Década tras década. Determinados, obstinados, pacientes. Ésta es nuestra estrategia. Una estrategia que, por lo demás, extenderemos».



Sí: me abrió los ojos. Sí. La

desgracia es que no me los abrió del todo. ¿Sabes por qué? Porque (mea culpa, mea culpa) creí que Habash se refería sólo a los atentados, a las matanzas. No comprendí que hablando de la guerra contra Occidente de extender-la-estrategia, no se refería sólo a la guerra que se hace con las armas. Se refería también a la guerra que se hace robando un país a sus ciudadanos. Paso a paso, precisamente, milímetro a milímetro. Año tras año, década tras década. Determinados, obstinados, pacientes. En definitiva la guerra que se hace con el victimismo y el asilo político, con las mujeres encintas y las lanchas inflables y el Proyecto de

Acuerdo, con las pretensiones cada vez más arrogantes. Hoy las fiestas islámicas, el viernes, las cinco plegarias, la carne halal, la cara cubierta en los documentos. Mañana el matrimonio islámico, la poligamia, y quizá la lapidación de la adúltera o de la violada. Y pasado mañana sustraer los Bienes Culturales de los museos o de los archivos o de las bibliotecas...

Quizá no lo comprendiese por culpa de las tragedias que nos ensangrentaron en 1972. La entrevista con Habash se había celebrado a mediados de marzo, y el 30 de mayo se produjo el asalto suicida al aeropuerto de Lod. El 4 de agosto, el sabotaje del oleoducto de

Trieste. El 16 de agosto, el episodio de las dos turistas inglesas que se habían embarcado en Roma con dirección a Tel Aviv y que en la maleta habían metido el cassette que les habían regalado los dos árabes que las cortejaban. (Un cassette repleto de explosivo). El 5 de septiembre, el ataque a las olimpiadas de Munich y la muerte de los once atletas israelíes... Que el terrorismo no era el único aspecto de la estrategia lo comprendí, en cambio, cuando en el mes de octubre de 1973 Siria y Egipto atacaron a Israel. Es decir cuando explotó la guerra del Kippur o guerra del Ramadán y, al mismo tiempo, los países de la Opep nos impusieron el

embargo del petróleo. Pero que el Islam nos reservaba sorpresas todavía más inquietantes, lo sospeché sólo en 1974. Es decir, cuando, durante una entrevista, Giulio Andreotti (entonces jefe del gobierno) me habló de los que-beben-naranja. «¡Sí, claro!, los problemas no faltan... Ahora está también el de los que beben naranja...». «¿Y quiénes son los-que-beben-naranja, Andreotti?». «Los musulmanes, ¿no?». «¿Y qué quieren los que-beben-naranja?!». «Una gran mezquita en Roma». A continuación con su tono distante y burlón me contó que cuatro meses antes del embargo impuesto por los países de la Opep, el pío Faisal rey

de Arabia Saudita había estado en Roma. Ahogándose en zumo de naranja y ay de ti si le ofrecías un sorbo de espumoso o de moscatel, se había reunido con el presidente de la República Giovanni Leone y le había pedido permiso para edificar una gran mezquita. Me indigné. «¡Andreotti! ¿No sabe que en Arabia Saudita no nos dejan construir ni una simple capilla o un tabernáculo?». «¡Eeh!...». «Y qué van a hacer los-que-beben-naranjada, con una gran mezquita en Roma? Los musulmanes son poquísimos en Italia». «¡Eeh!...». «¡No les habrán dicho que sí!». «¡Eeh!...». «¿Y qué piensa el Papa?». «¡Eeh!...». El papa era Montini,

es decir Pablo VI, al que no le podía gustar que una gran mezquita surgiese en Roma. Y se lo dije. Le recordé también que había sido Mahoma el que había visto en la capital del Cristianismo, en Roma, la futura capital del Islam. Pero Andreotti no respondió. No me aclaró siquiera si era favorable o no a la idea. Agotados aquellos suspiros que parecían vaciarle los pulmones, cambió de tema, y desgraciadamente yo también. Volví a Vietnam. Cayó Saigón, terminó la guerra, murió Alekos Panagulis. Abandoné el periodismo, y ya no volví a ver a Andreotti. Pero la desazón experimentada por sus sibilinos «eeh...» se me quedó en el cuerpo. Y con la

desazón, la sospecha de que en Italia, mejor, en Europa, el Islam estaba preparando algo gordo. De hecho en mi exilio del periodismo seguí ocupándome del tema, y un día me enteré de que Andreotti había convencido al reacio Montini. Y haciendo caso omiso del principio de reciprocidad el alcalde de Roma había regalado al Centro Cultural Islámico tres hectáreas de terreno para edificar la gran mezquita. Me enteré incluso de que por voluntad del Centro Cultural Islámico que quería expresar arquitectónicamente la superioridad del Islam el arquitecto italiano había diseñado un minarete de ochenta metros. Es decir dos veces más alto que todas

las cúpulas y todos los campanarios de Roma. Que eso había provocado un áspero debate y que muy a regañadientes los bebedores de naranjada se habían tenido que contentar con darle 39 metros y 20 centímetros de altura...

Como es sabido, la construcción duró muchos años. Arabia Saudita corrió con el setenta por ciento de los gastos. El resto lo pagaron Egipto, Libia, Marruecos, Jordania, Kuwait, Emiratos Árabes, Bahrein, el sultanato de Omán, Yemen, Malasia, Indonesia, Bangladesh, Mauritania, Senegal, Sudán y Turquía. (Una vez más Turquía). La colocación de la primera piedra tuvo lugar el 11 de diciembre de 1984 y el 7

de octubre de 1985 los palestinos de Abu Abbas expresaron su gratitud secuestrando el crucero «Achille Lauro», matando a un viejo paralítico (el pasajero judío-americano León Klinghoffer) y arrojándolo al mar con su silla de ruedas. Y no era todo, dos meses y medio después los palestinos de Abu Nidal (palestinos con residencia en Roma) irrumpieron en el aeropuerto de Fiumicino y con ráfagas de ametralladora mataron a dieciséis personas e hirieron a otras ochenta. Y mientras crecía la mezquita, el número de los-que-beben-naranjada crecía con ella. Cuando fue inaugurada en 1995 con una solemne ceremonia, la sala hipóstila

y el patio no tenían cabida para todos. Los zapatos y las sandalias alineados a lo largo de la calle ocupaban el perímetro de las tres hectáreas regaladas. Pero para aquel entonces ya habían surgido también la gran mezquita de París, la gran mezquita de Bruselas, la gran mezquita de Marsella. Habían surgido las grandes y pequeñas mezquitas de Londres, Birmingham, Bradford, Colonia, Hamburgo, Estrasburgo, Viena, Copenhague, Oslo, Estocolmo, Madrid, Barcelona. Y en Andalucía estaba naciendo la gran mezquita de Granada. Como en Kazakistán. Como en Kirguizistán. Como en Turkmenistán, en Uzbekistán,

en Tayikistán, donde con el dinero de Arabia Saudita y de Kuwait y de Libia había estallado el Renacimiento del Islam, apenas caído el Muro de Berlín. Ha llegado pues el momento de responder con claridad a la pregunta que ya por dos veces he dejado en suspenso. La pregunta: cómo hemos llegado a esto, que hay detrás de todo esto.

\* \* \*

Hay, he aquí la verdad que los dirigentes siempre han silenciado

incluso ocultado como un secreto de Estado, la mayor conjura de la Historia moderna. El más miserable complot que a través de los timos ideológicos, las suciedades culturales, las prostituciones morales, los engaños, nuestro mundo haya producido jamás. Hay la Europa de los banqueros que han inventado la farsa de la Unión Europea, de los Papas que han inventado la fábula del Ecumenismo, de los facinerosos que han inventado la mentira del Pacifismo, de los hipócritas que han inventado el fraude del Humanitarismo. Hay la Europa de los jefes de Estado sin honor y sin cerebro, de los políticos sin conciencia y sin inteligencia, de los intelectuales sin

dignidad y sin coraje. La Europa enferma, en definitiva. La Europa que se vende como una prostituta a los sultanes, a los califas, a los visires, a los lansquenets del nuevo Imperio Otomano. Eurabia, en definitiva. Y a continuación te lo demuestro.

# CAPÍTULO 6

No, este termino terrorífico no lo he inventado yo. Este atroz neologismo derivado de la simbiosis de las palabras Europa y Arabia. *Eurabia* es el nombre de la revistilla que en 1975 fue fundada por los ejecutores oficiales de la conjura: la Association France-Pays Arabes de París, el Middle East International Group de Londres, el Groupe d'Études sur le Moyen Orient de Ginebra, y el Comité Europeo de Coordinación de las Asociaciones de

Amistad con el Mundo Árabe. Organismo, este último, constituido ad hoc por lo que en aquel entonces se llamaba Cee o sea Comunidad Económica Europea y que hoy se llama Unión Europea. Por otra parte tampoco son más las pruebas que me dispongo a proporcionar. Casi todas ellas se deben al extraordinario trabajo de investigación que Bat Ye'or, la gran experta sobre el Islam y autora de «Islam and Dhimmitude» (Dhimmitude significa Sumisión a Alá, Servidumbre, y Bat Ye'or significa Hija del Nilo), publicó en el mes de diciembre de 2002 en el *Observatoire du Monde juif*, «¡Ojalá fuese capaz de demostrar que

Troya está ardiendo por culpa de los colaboracionistas!» exclamé un día mientras le explicaba que a las cigarras las llamo colaboracionistas. «Es sencillo» me contestó Bat Ye'or. Después me remitió su extraordinario trabajo, (ella vive en Suiza), y leerlo fue como destapar una olla en la que no sabías qué se está cociendo pero cuyo nauseabundo olor hace tiempo que te ha llegado a las narices. Contenía, de hecho, todas las desconsideraciones de los Años Setenta, todas las aberraciones de los nueve países de la Cee. La Francia del gaullista Pompidou, una Francia intoxicada por la consabida ansia de napoléonizar Europa, para

comenzar, y la Alemania del socialdemócrata Willy Brandt. Una Alemania partida en dos por el Muro, sí, pero resucitada y dispuesta de nuevo a imponer su diktat. Y detrás de las dos, llevándoles la cola, los vasallos y los comparsas. Entre los comparsas, una Inglaterra decadente y debilitada e incapaz, por lo tanto, de seguir manteniendo su liderazgo así como una Irlanda pendenciera y socialistoide que no pinta para nada, pero se comporta como si pintase. Entre los vasallos, una Holanda izquierdosa y golfa. Una Dinamarca encerrada en sí misma y confusa. Un Luxemburgo desesperadamente dócil y en el fondo

del corazón más pequeño que su minúscula superficie. Una Bélgica eternamente a remolque de maman-la-France. Y una Italia fanatizada por los social-comunistas y al mismo tiempo dominada por los democristianos. Titiritero del horrendo casorio que no tardó en desembocar en la desolación del Compromiso Histórico, el filoárabe Andreotti, que todavía no les había prometido la mezquita a los-de-la-naranjada pero que como mínimo ya se había bebido tantas naranjadas como los comunistas enamorados de Arafat. No en vano apadrinaba el banco ítalo-libio llamado Ubae o Unión de Bancos Árabes Europeos es decir se las

entendía con el infame Gadafi. Veamos ahora qué es lo que dice la investigación de Bat Ye'or.

Dice que el que fecundó el óvulo ya maduro, el óvulo de la conjura, fue el espermatozoide (ella lo llama galillo, detonador) del 16 y el 17 de octubre de 1973. Es decir la Conferencia que durante la guerra del Yom Kippur o Guerra del Ramadán celebraron los representantes de la Opep (Arabia Saudita, Kuwait, Irán, Irak, Qatar, Abu Dabi, Bahrein, Argelia, Libia, etcétera) en Kuwait City donde ipso facto cuadruplicaron el precio del petróleo. De 2,46 dólares el barril de crudo lo hicieron subir a 9,60 dólares. Y el

refinado a 10,46 dólares. Después anunciaron que reducirían la extracción para que sólo aumentase un 5 por ciento, embargaron a Estados Unidos, Dinamarca y Holanda, y declararon que esta medida la extenderían a cualquier país que rechazase o no apoyase sus exigencias políticas. ¿Que exigencias? Retirada de Israel de los territorios ocupados, reconocimiento de los palestinos, presencia de la Olp en todas las negociaciones de paz, aplicación del principio contenido en la Resolución 242 de la Onu. (El principio que basado en un pacifismo de sentido único es decir favorable sólo a los países árabes y punto prohíbe conquistar territorios

por medio de la guerra). Y sin embargo los Nueve Países de la Cee cedieron al chantaje. Diecinueve días después se reunieron en Bruselas y en un abrir y cerrar de ojos firmaron un documento con el que proclamaban que Israel tenía que abandonar los territorios ocupados, que la Olp y Arafat debían participar en las negociaciones de paz, que el principio contenido en la Resolución 242 era sacrosanto. El 26 de noviembre Pompidou y Brandt celebraron el tête-à-tête más íntimo que Francia y Alemania hayan disfrutado desde la época de Vichy, presas del pánico concluyeron que era necesario celebrar una cumbre para abrir el diálogo con el mundo árabe

así como para poner los cimientos de una sólida amistad con la Liga Árabe, después informaron de todo ello a los colegas y... Comenzando por los italianos todos se mostraron de acuerdo. De hecho, en presencia de los jeques de la Opep pocos días después se abrió el Diálogo Euro-Árabe con la Cumbre de Copenhague y el verano siguiente los encuentros y coloquios se sucedieron a un ritmo casi escandaloso. En el mes de junio de 1974, la Conferencia de Bonn que delineó el programa. En el mes de julio la de París, en la que el Secretario General de la Liga Árabe y el presidente de la Cee crearon la «Asociación Parlamentaria para la (Cooperación

Euro-Árabe», organismo compuesto por diputados y senadores elegidos por los diversos gobiernos de la Cee. En el mes de septiembre, la de Damasco. En el mes de octubre, la de Rabat...



Escribo estas fechas y, a pesar de que va me son familiares, sigo sintiendo una especie de estupor mezclado con incredulidad. Porque válgame Dios: no se trató de una conjura tramada en la oscuridad por unos desconocidos o por

escorias de presidio sólo conocidos en las comisarías y por la Interpol. Se trató de una conjura ejecutada a la luz del día, ante la mirada de todo el mundo, ante las cámaras de la televisión, y dirigida por líderes famosos. Políticos conocidos, personas a las que los ciudadanos habían dado su voto es decir su confianza. Podría haber sido bloqueada, entonces. Neutralizada. Pero el hecho es que actuaron aprovechándose precisamente de la luz del día, de las cámaras, de los reflectores, de su prestigio o presunto prestigio. Con tal desfachatez, además, que nadie se dio cuenta. Nadie sospechó, y nosotros terminamos tan burlados como el

Prefecto de París en el cuento de Edgar Allan Poe. ¿Recuerdas el cuento de Poe, «La carta robada»? Hombre de genio y sin principio moral alguno, monstrum-horrendum capaz de cualquier bajeza, el célebre ministro D. roba del tocador real una carta importantísima. Un documento que puede concederle ventajas incalculables y llevar el mundo a la ruina. El Prefecto de París tiene pues que recuperarla, y al no poder acusar de robo a tan importante personaje organiza un robo fingido. Se introduce en su palacio y revuelve todas las salas, todas las estancias, todos los pasillos, todos los desvanes, todos los rincones. Hurga en todos los cajones,

hojea todos los libros, inspecciona todas las prendas del ropero. En vano. Porque, en vez de esconderla, el monstrum-horrendum la ha dejado bien a la vista. La ha metido en un sobre que colgado de un bonito cordoncillo de seda azul se balancea ante la chimenea de su estudio. El estudio donde recibe a todo el mundo, ojo. La chimenea sobre la que entrando todo el mundo posa la mirada. Y del sobre sobresalen dos o tres centímetros de la carta con su sello. Reconocible, pues», visible hasta para un ciego. Y sin embargo el Prefecto no la ve. O mejor dicho: la ve pero la sospecha de que ésa sea la carta y que esté a la vista de todos, al alcance de

todos, ni siquiera se le pasa por la cabeza... Es decir: veíamos y cómo a los ministros que bebían naranjada con los jeques y los emires y los coroneles y los sultanes. Los veíamos en los periódicos, en los telediarios. Tan perfectamente visibles como un sobre que colgado de un bonito cordoncillo de seda azul se balancea del gancho de una chimenea. Pero al ignorar el auténtico motivo por el que bebían tantas naranjadas no sospechábamos que la carta robada estuviese dentro de sus vasos, y esto nos volvía ciegos. En la Conferencia de Damasco los gobiernos europeos participaron», piensa, con todos los representantes de los partidos

políticos. En la Conferencia de Rabat aceptaron en pleno las condiciones que la Liga Árabe había puesto a propósito de Israel y de los palestinos. En Estrasburgo, al año siguiente, la Asociación Parlamentaria para la Cooperación Euro-Árabe creó incluso un Comité Permanente de unos trescientos sesenta funcionarios con sede en París. (Y después tuvieron lugar la Cumbre de El Cairo y la de Roma). Casi al mismo tiempo salía a la luz la revistilla con el terrible nombre de *Eurabia*, prueba evidente de que en 1975 Europa ya había sido vendida al Islam.

Se trata de una prueba irrefutable, y

tan inquietante que para cerciorarme me he procurado los viejos números de *Eurabia*. (Impresa en París, en francés, y dirigida por Lucien Bitterlin. Con un formato de 21 por 28, un precio de cinco francos). Con la esperanza de que Bat Ye'or hubiese entendido mal repasé sus referencias y, ¡ay!: había entendido maravillosamente bien.

Lo único notable, de hecho, en el primer número es el cuidado con el que se evita emplear las palabras Islam-islámico-musulmán-Corán-Mahoma-Alá. (En su lugar, siempre las palabras árabes y Arabia). Lo único significativo, el colérico editorial en el que el señor Birterlin asegura que el futuro de Europa

está «directamente ligado» al del Oriente Medio y que por lo tanto los acuerdos económicos de la Cee deben depender de los acuerdos políticos y que éstos deben reflejar la completa identificación de sus puntos de vista con los del mundo árabe. El segundo número, en cambio, produce escalofríos. Porque además de otro colérico editorial en el que Bitterlin exige a la Cee que cancele un cierto pacto con Israel y reivindica la «contribución milenaria de los árabes a la civilización universal», ¿sabes qué contiene? Las propuestas presentadas en la Cumbre de El Cairo por el belga Tilj Declerq (miembro de la Asociación

Parlamentaria para la Cooperación Euro-Árabe) aprobadas por la Cumbre e integradas en la deliberación llamada Resolución de Estrasburgo. ¿Y sabes de qué habla la Resolución de Estrasburgo? De los futuros inmigrantes. Más en concreto, de los inmigrantes que los países árabes enviarán a Europa junto al petróleo.

No te lo pierdas. «Una política a medio y largo plazo debe formularse de ahora en adelante a través del intercambio de tecnología europea por petróleo y por reservas de mano de obra árabe. Intercambio que, con el reciclaje de los petrodólares favorecerá una completa integración económica en

Europa y Arabia. O lo más completa posible». Y añade: «La Asociación Parlamentaria para la Cooperación Euro-Árabe pide a los gobiernos europeos que dispongan medidas especiales para salvaguardar el libre movimiento de los trabajadores árabes que emigrarán a Europa así como el respeto de sus derechos fundamentales. Tales derechos deberán ser equivalentes a los de los ciudadanos nacionales. Deberán establecer además un tratamiento igualitario en el empleo, en el alojamiento, en la asistencia sanitaria, en la escuela gratuita etcétera». Siempre evitando cuidadosamente emplear las palabras Islam, islámico, musulmán,

Corán, Mahoma o Alá, la Resolución de Estrasburgo habla también de las «exigencias» que surgirán cuando la mercancía humana de intercambio llegue a Europa. Ante todo, «la exigencia de posibilitar a los inmigrantes y a sus familias el poder practicar la vida religiosa y cultural de los árabes». Después «la necesidad de crear por medio de la prensa y demás medios de información un clima favorable a los inmigrantes y a sus familias». Y por último, la de «exaltar a través de la prensa y del mundo académico la contribución dada por la cultura árabe al desarrollo europeo». Temas, éstos, retomados por el Comité Mixto de

Expertos con las siguientes palabras: «Junto al inalienable derecho a practicar su religión y mantener estrechos vínculos con sus países de origen, los inmigrantes tendrán también el de exportar a Europa su cultura. Es decir el derecho de propagarla y difundirla». (¿Has leído bien?).

En El Cairo el Comité Mixto de Expertos hizo también otra cosa. Aclaró que desde el terreno puramente tecnológico la cooperación europea debía ampliarse al campo bancario» financiero, científico, nuclear, industrial y comercial. Más aún afirmó que además de enviar mano-de-obra (léase mercancía-de-intercambio) los países

árabes se comprometían a comprar en Europa «masivas cantidades de armas». ¿No fue precisamente en los Años Setenta cuando estallaron los escándalos del tráfico ilegal de armas? ¿No fue en los Años Setenta cuando Francia comenzó a construir el complejo nuclear de Irak? ¿No fue en los Años Setenta cuando nuestras ciudades comenzaron a llenarse de «mano-de-obra» es decir de limpia-cristales apostados en los semáforos y de vendedores ambulantes especializados en lapiceros y chicles? (Recuerdo bien que en 1978, en Florencia ocupaban ya el Centro Histórico. «¡¿Pero cuándo han llegado éstos?!» le pregunté un día al estanquero

de la plaza de la República. Él se encogió de hombros, suspiró: «¡Vaya usted a saber! Una mañana, abrí el estanco y ya estaban todos ahí. Para mí que los han lanzado en paracaídas por la noche los rufianes de nuestros políticos de acuerdo con esos ladronazos de los jeques que nos cobran a millón la gota de gasolina»). ¿No fue entonces cuando los árabes comenzaron a hacer shopping en Europa? ¿No fue entonces cuando Gadafi compró el 10 por ciento de Fiat? ¿No fue entonces cuando el egipcio Al Fayed puso la vista sobre los grandes almacenes Harrods de Londres? Todo lo compraban, todo. Zapaterías, grandes hoteles, acerías, antiguos castillos.

Líneas aéreas, editoriales, empresas cinematográficas, antiguas tiendas de vía Tornabuoni y Faubourg-Saint-Honoré, o yates de vértigo. En un momento determinado hasta querían comprar el agua. Me lo dijo Yamani.



En el mes de agosto de 1975, es decir dos meses después de la Resolución de Estrasburgo y de la Cumbre de El Cairo, entrevisté al ministro saudita del petróleo Zaki

Yamani: el jeque que había dirigido el embargo de 1973 y que más que cualquier otro financiaba a Arafat. ¡Oh!, son muchas las cosas que nunca olvidaré de Yamani. Ante todo, el astutísimo examen al que en cinco encuentros preliminares (Londres, Yedda, Riad, Damasco, Beirut) me sometió antes de concederme la entrevista que finalmente se realizó en su residencia de Taif. La habilidad con la que en el aeropuerto de Yedda evitó que tuviera un nuevo altercado con su amigo Arafat que cabalmente se encontraba allí. (Con los bolsillos llenos de dinero fresco). La turbación con la que me contó cómo habían decapitado (con una espada de

oro) al joven príncipe que había asesinado al rey Faysal. La ambigüedad con la que buscaba mi amistad, metiéndome en la boca los pésimos higos de su jardín y el estoicismo con el que soportaba mis furibundas protestas. El ojo de cordero (según parece un bocado exquisito) que un día me metió en la boca como los higos y que yo escupí horrorizada mientras profería horribles blasfemias. La elegancia con la que, a despecho del Corán, me ofrecía el champán del que abundaba en su bodega de Taif. El hecho de que para corregir mi ateísmo quisiese llevarme a La Meca. (Cubierta con un burkah, se entiende). Y la triste canción que su hija

Maha cantaba todas las tardes tocando la guitarra: «Take me away! Please, take me away!». (¡Sacadme de aquí! ¡Por favor, sacadme de aquí!). Pero lo que realmente nunca olvidaré fue lo que me dijo cuando la conversación se deslizó del petróleo hacia el agua. Hacia el rey Midas que se muere de sed y quiere comprarse agua.

«Hace miles y miles de años» me contó «en Arabia teníamos ríos y lagos. Luego se evaporaron y hoy no tenemos ni un solo río ni un solo lago. Dé una vuelta con helicóptero y sólo verá unos cuantos torrentes de montaña. Desde los tiempos de Mahoma dependemos de las lluvias, desde hace cien años cae

poquísima lluvia, y desde hace veinticinco casi nada. Las nubes atrae la vegetación y la vegetación aquí no existe. Que quede claro: hay agua subterránea. Pero a mucha, muchísima profundidad. A más profundidad que el petróleo. Y cuando perforamos para encontrarla, sale petróleo. Por eso hemos decidido no tocarla, conservarla para el momento en que seamos menos ricos, y nos contentamos con el agua desalinizada. El agua del mar. Pero el agua desalinizada no es suficiente y a mí me gustaría comprar agua dulce a los países a los que les vendemos el petróleo. Comprarla, meterla en grandes contenedores de plástico y transferirla a

embalses es decir a lagos artificiales. Tras haber descargado el petróleo, los barcos cisterna tienen que volver aquí: ¿no? Y no pueden volver de vacío. Porque, si vuelven de vacío corren el riesgo de volcar. Para que no naveguen vacíos ahora los llenamos con agua del mar, agua sucia, y esto es un despilfarro. También es un error porque, cuando a la llegada de los barcos la vaciamos, ese agua contamina nuestras costas. Mata los peces. Sé bien que el agua dulce es más cara y que los embalses cuestan una barbaridad. Pero dinero tenemos hasta demasiado. En estos dos años, es decir desde el embargo en adelante, hemos acumulado tanto dinero que se nos ha

planteado el acuciante problema de gastarlo. ¿Y dónde lo gastamos si no es en Occidente, en Europa? ¿Quién mejor para ayudarnos a gastar todo este dinero que Occidente, Europa? Tengo un proyecto para gastar 140.000 millones de dólares en cinco años. Y si no se materializa, estamos perdidos. Tenemos que comprar vuestra agua, por lo tanto...».

Bueno, el agua no se la hemos vendido. El agua que se puede almacenar en embalses quiero decir. El agua que el diccionario define como «líquido transparente, incoloro, inodoro, insípido, formado por oxígeno e hidrógeno, indispensable para la vida

vegetal y animal, y que químicamente se expresa con la fórmula  $H_2O$ ». Que yo sepa, la única  $H_2O$  que le hemos vendido a estos reyes Midas es la mineral, con la que hasta se duchan. Eso sí, les hemos vendido un agua aún más preciosa. Un agua que nos es tan indispensable como el agua de los ríos y de las fuentes. Un agua sin la cual un pueblo se seca igual que se seca un árbol sobre el que nunca cae la lluvia. Pierde las hojas, no da ya ni flores ni frutos, pierde incluso las raíces, se convierte en leña que quemar. El agua de la que hablo es el agua de nuestra cultura. El agua de nuestros principios,

de nuestros valores, de nuestras conquistas. El agua de nuestra lengua, de nuestra religión o de nuestro laicismo, de nuestra Historia. El agua de nuestra esencia, de nuestra independencia, de nuestra civilización. El agua de nuestra identidad.

# *CAPÍTULO 7*

Sí, se la vendimos, esa agua. Y desde hace treinta años se la volvemos a vender todos los días, cada vez en más cantidad, con la voluptuosidad de los suicidas y los siervos. Se la volvemos a vender a través de gobiernos timoratos e incapaces, expertos en el doble juego y chaqueteros. Se la volvemos a vender a través de oposiciones que traicionan su pasado laico y mal que bien revolucionario. Se la volvemos a vender a través de las así llamadas autoridades

judiciales es decir los magistrados vanidosos y ávidos de publicidad. Se la volvemos a vender a través de periódicos y televisiones que por conveniencia o cobardía o deshonestidad difunden las iniquidades de lo Politically Correct. Se la volvemos a vender a través de una Iglesia Católica que ya no sabe a dónde va y que ha construido una industria basada en el pietismo, el buenismo, el victimismo. (Son las asociaciones católicas las que administran las ayudas estatales para los inmigrados. Son las asociaciones católicas las que se oponen a las expulsiones aunque al que vaya a ser expulsado le hayan pillado con

explosivos o drogas en las manos. Son las asociaciones católicas las que proporcionan asilo político, nueva fórmula de invasión. Pregunta: ¿pero el asilo político no se concedía a los perseguidos políticos?!). Se la volvemos a vender incluso a través de los profesorcillos del mundo académico, los historiadores o presuntos historiadores, los filósofos o presuntos filósofos, los investigadores o presuntos investigadores que desde hace treinta años denigran nuestra cultura para demostrar la superioridad del Islam. Pero, sobre todo, se la revendemos a través de los mercaderes del Club Financiero que hoy se llama Unión

Europea y que ayer se llamaba Cec. Porque junto al intercambio de mercancía humana y petróleo, tú-me-das-petróleo-y-yo-me-queda-la-mercancía-humana, la Resolución de Estrasburgo avanzaba otra pretensión: ¿recuerdas? La exigencia de «exaltar la contribución que la cultura árabe ha dado al desarrollo europeo». Junto a los derechos «equivalentes a los derechos de los ciudadanos», la Cumbre de El Cairo establecía otro: ¿recuerdas? El derecho de los inmigrantes musulmanes a «difundir y hacer propaganda de su cultura». Es decir, los dos puntos que debían encaminar hacia la islamización de Europa. La transformación de Europa

en Eurabia. Y para llevarlos a cabo los mercaderes de la Cee no se dirigieron sólo a los periodistas, cineastas, editores, magistrados vanidosos etcétera: se dirigieron a los profesorcillos de los que ya he hablado. Los sacaron de la sombra de su poquedad, una sombra que garantizaba su disponibilidad, y con ellos comenzaron a realizar la segunda parte de la Conjura.

¿Sabes con la ayuda de quién? La ayuda del Vaticano. Bajo el patrocinio de la Cee y del Secretario General de la Liga Árabe el 28 de marzo de 1977, en la Ca'Foscari de Venecia se inauguró de hecho el primer «Seminario sobre

Medios y Formas de Cooperación para la Difusión de la Lengua Árabe y de su Civilización Literaria». Y en su organización no sólo intervino el Instituto para Oriente de Roma y la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Venecia. También intervino el Instituto Pontificio de Estudios Árabes e Islamistas. Presentes los delegados de diez países árabes (Egipto, Argelia, Túnez, Libia, Arabia Saudita, Jordania, Siria, Irak, Yemen, Sudan) y de ocho países europeos (Italia, Francia, Bélgica, Holanda. Inglaterra. Alemania. Dinamarca, más Grecia que todavía no pertenecía a la Cee) el contubernio duró tres días.

(Concluyó el 30 de marzo con una Resolución que pedía por unanimidad la difusión de la lengua y de la cultura árabes en Europa, y desde aquel momento los profesorcillos no pararon. Para demostrar la superioridad del Islam reescribieron la Historia como en las novelas «Nosotros» de Zamjatin y «1984» de Orwell. Reescribirla, falsearla, borrarla. Piensa en lo que sucedió en el mes de abril de 1983 es decir cuando el Ministro de Exteriores alemán Hans Dietrich Genscher inauguró el Simposio de Hamburgo para el Diálogo Euro-Árabe y al menos durante una hora cantó la grandeza, la misericordia, la bondad, la inigualable

riqueza científico-humanista de la civilización islámica. La llamó Faro de Luz. «Una luz que durante siglos iluminó a Europa, ayudó a Europa a salir de la barbarie»... Ese simposio durante el cual casi todos pidieron respetuosamente disculpas por el colonialismo que los ingratos europeos habían infligido al Faro de Luz. Casi todos expresaron desprecio para los que nutrían todavía prejuicios o reservas hacia el Islam. Ese simposio durante el cual nuestra cultura fue humillada hasta tal punto que los delegados árabes aprovecharon para reivindicar los orígenes islámicos del judaísmo y del cristianismo. Es decir para presentar a

Abraham como «profeta de Alá» y no como fundador de la estirpe de Israel, y a Jesucristo como un pre-Mahoma fallido. Sin que nadie osase contradecirles. Protestar, balbucear por lo menos: «¡¿Han perdido todos ustedes el juicio?!».

En aquel simposio se habló también de inmigrantes: entendámonos. No es casual que fuera allí donde el vocablo «equivalencia» se convirtió en «igualdad», y que fuera precisamente allí donde se comenzó a decir que los derechos de los inmigrados musulmanes (no de los budistas o hinduistas o confucianos o greco-ortodoxos) tenían que ser iguales a los derechos de los

ciudadanos que los acogían. Precisamente allí se comenzó a pedir que se imprimiesen periódicos en árabe para los inmigrados musulmanes, que se creasen emisoras radiofónicas en árabe, emisoras de televisión en árabe. Precisamente allí se comenzó a solicitar medidas para «incrementar su presencia en los sindicatos, en los ayuntamientos, en las universidades, así como explorar su participación en la vida política del país de acogida». (Léase voto). Y desde entonces los congresos, las reuniones, los coloquios, los seminarios, los simposios se convirtieron cada vez más en una orgiástica apoteosis de la civilización islámica. En un

envilecimiento o incluso en una condena de la civilización occidental.

Orgiástica, sí. Conseguí hacerme con los textos completos de esos congresos y reuniones y coloquios y seminarios y simposios, me los estudié a fondo, y puedes creerme: en todos ellos la apoteosis es tan unánime que te parece estar leyendo «Allahs Sonne über dem Abendland» es decir «El Sol de Alá brilla sobre Occidente». El famoso ensayo en el que la orientalista Sigrid Hunke sostiene la absoluta superioridad del Islam y afirma que la influencia ejercida por los árabes en Occidente fue el primer paso para liberar a Europa del Cristianismo. (A su juicio una religión

absolutamente extraña e incluso opuesta a nuestra mentalidad). El caso es que la señora Hunke era una jodida nazi. Todo lo erudita que quieras, todo lo inteligente que quieras, pero una jodida nazi. Lo era ya en 1935, cuando con apenas veintidós años escribió una tesis de licenciatura en la que decía que la limpieza racial era una urgente obligación. Que en definitiva los hebreos debían ser eliminados cuanto antes. Lo era todavía más en 1937, cuando, heredera espiritual de Ludwig Ferdinand Clauss el eminente historiador de la Alemania nacionalsocialista, escribió una disertación en la que definía a Hitler

como «el mejor modelo que la Historia haya ofrecido jamás al pueblo alemán». Lo era más que nunca a comienzos de los Años Cuarenta, cuando junto a su hermana se afilió al Germanistischer Wissenschaftseinsatz es decir al Servicio Germánico Científico de las SS. El organismo concebido y gestionado por Himmler para germanizar Europa del Norte. Lo era en igual medida cuando, por la misma época, los palestinos y los demás árabes firmaban pactos de alianza con Hitler y cuando el tío de Arafat es decir el Gran Muftí de Jerusalén, pasaba revista a los escuadrones de las SS Islámicas. Lo era también, cuando en la inmediata posguerra, mientras tantos

nazis eran procesados en Nüremberg y ahorcados o condenados a cadena perpetua, ella conseguía librarse sin un rasguño. Y lo era más que nunca cuando en 1960 escribió «El Sol de Alá brilla sobre Occidente». Libro que con la excusa de arrancar a Europa de las raíces judeo-cristianas desempolva todos los argumentos del Tercer Reich. Incluido el relativo a la necesidad de aliarse con los árabes para combatir al imperialismo británico. (En aquel tiempo al antiamericanismo se le llamaba antibritanismo). Por último lo era en 1967 cuando el gobierno alemán entonces presidido por el democristiano Kurt Georg Kiesinger la envió a hacer

una gira cultural por los países árabes para pronunciar conferencias en Aleppo, Argel. Túnez, Tripoli, El Cairo donde la Corte Suprema de Asuntos Islámicos la nombró miembro-honoraria. Y naturalmente lo era en 1990, es decir nueve años antes de morir, cuando escribió para un editor islámico su último libro «Allah ist ganz anders», «Alá es absolutamente otra cosa». (Es decir incomparable). Y dicho esto déjame hablar del simposio que la Asamblea Parlamentaria de la Unión Europea celebró en el mes de mayo de 1991 en París con el título «Contribución de la civilización islámica a la cultura europea» junto al

Consejo de Europa pero a propuesta de la Fundación Occidental de la Cultura Islámica, longa manus del Diálogo Euro-Árabe en Madrid. Simposio en el que no intervinieron los árabes. Salvo dos norteamericanos con apellido coránico y pasado de barricadas, esta vez todos los delegados eran europeos. Españoles, franceses, belgas, alemanes, italianos, suizos, escandinavos.

Lo he elegido precisamente por eso. Y mientras vuelvo a hojear el volumen que recoge las intervenciones, ciento ochenta y cinco apretadas páginas, el desdén se transforma en terror. Porque tocios (espero que sin darse cuenta) participan de la apoteosis recalcando

fielmente las tesis hitlerianas de Sigrid Hunke. Todos remiten a «Allahs Sonne über dem Abendland» o a «Allah ist ganz anders». Y la unanimidad más aún la sincronía con la que aquellos espero inconscientes discípulos de Sigrid Hunke expresan sus alabanzas al Islam es tal que en vez de escuchar a un grupo de eruditos parece que estamos viendo desfilar a la Wehrmacht en la Alexanderplatz. Con el paso de la oca. Según ellos, los musulmanes siempre fueron los mejores. Siempre los primeros de la clase, siempre geniales. En filosofía, en matemáticas, en gastronomía. En literatura, en arquitectura, en medicina. En música, en

jurisprudencia, en ingeniería hidráulica. Y en cambio, nosotros los occidentales, siempre unos cretinos. Siempre inadecuados, siempre inferiores. O siempre con retraso. Por lo tanto, en condiciones de tener que dar las gracias a algún hijo de Alá que nos haya precedido, iluminado, instruido como un maestro guía a un alumno duro de mollera.



En tiempos de la Unión Soviética,

era Popov, ¿recuerdas? Nadie sabía quién había sido Popov. En qué época y en qué región había vivido, que cara había tenido y qué pruebas de su existencia había dejado. Ni siquiera se sabía si Popov era un nombre o un apellido o un mote. Peor, invención. Pero los soviéticos y los *trinariciuti* italianos decían que todo lo había inventado él. El tren, el telégrafo, el teléfono, la cremallera, la bicicleta. La máquina de coser, la segadora, el violín, los macarrones, la pizza. En definitiva todo lo que pensábamos que habíamos inventado nosotros. Pues bien, con los espero inconscientes discípulos de Sigrid Hunke sucede lo mismo. La única

diferencia, el hecho de que sus Popov se llaman Muhammad o Ahmad o Mustafa o Rashid. Y que en vez de pertenecer a la Unión Soviética, expresar la Superioridad del Comunismo, pertenecen al pasado remoto del Islam y expresan la Superioridad del Islam. Por ejemplo: yo creía que el sorbete se tomaba ya en tiempo de los antiguos romanos que lo fabricaban con la nieve traída de las montañas y conservada en las cantinas a baja temperatura. Pero la señora Margarita López Gómez de la Fundación Occidental de la Cultura Islámica de Madrid me cuenta que lo inventaron los Popov de Alá. Que en Mesopotamia la nieve se conservaba

mejor de lo que se conserva la comida en los frigoríficos actuales, que la palabra «sorbete» viene del árabe «sharab». Creía también que el papel lo habían inventado y difundido los chinos. Más exactamente, un tal Tsai-lun que en el 105 después de Cristo (es decir 500 años antes de Mahoma) consiguió fabricarlo con fibras de morera y de bambú. Pero, según afirma la señora López Gómez, la inventaron los musulmanes de Damasco y de Bagdad y la difundieron sus descendientes de Córdoba y de Granada. (Naturalmente, las ciudades más espléndidas y civilizadas que el mundo hubiese tenido nunca. Ciudades ante las que la antigua

Atenas de Pericles y la antigua Roma de Augusto se convierten en escuálidas aldeas). Además creía que el estudio de la circulación sanguínea lo había iniciado Hipócrates. Pero no. Según la citada señora lo inició Ibn Sina es decir Avicena. Y aún hay más. Dado que según el profesor Sherif Mardin de la Washington University (uno de los dos americanos con apellido coránico y pasado de barricada) a los Popov del Islam les debemos incluso las alcachofas. Incluso las alcachofas «alla giudea», que la gente igual de malvada que yo suele atribuir a los judíos. Y junto a las alcachofas también les debemos las espinacas, las naranjas, los

limones, el sorgo, el algodón. Cosa extraña la del algodón, porque en la escuela aprendí que los antiguos romanos lo importaban de los egipcios en la época de los faraones. Con él hacían las túnicas, las togas, las sábanas, y si no me equivoco lo mismo ocurría con los antiguos griegos.

El profesor Mardin, sin embargo, no se limita a las verduras. Sostiene que a la civilización islámica le debemos incluso el Dolce Stil Novo, la escuela poética que, como todo el mundo sabe fue fundada en 1200 por el boloñés Guinizelli y floreció en Toscana y especialmente en Florencia con Dante Alighieri, Guido Cavalcanti y Lapo

Gianni, («Guido, me gustaría que tú, y Lapo y yo...»). Porque, según dice Mardin, fueron los musulmanes de las Cruzadas los primeros que cantaron al amor y a la cortesía y a la caballería. Fueron ellos los primeros que vieron en la mujer una fuente de inspiración, un místico instrumento de elevación. El profesor Louis Baeck de la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica lo mismo, o casi. De hecho, él asegura que la contribución del Islam no se limita a la literatura. Se extiende a la economía. Porque el padre de la doctrina económica, dice, no es Adam Smith: es Mahoma. Y aunque el Corán sólo dedique al argumento unas cuantas suras,

las normas religiosas del Profeta resumen todas las ideas de Adam Smith. Por su parte, el profesor Reinhard Schulze del Seminario Orientalista de Bonn, asigna al Islam la paternidad de la Ilustración. Ya está bien de atribuirle a Occidente todo el mérito de la Ilustración, ruge. Ya está bien de presentar a la Europa dieciochesca como un volcán de vitalidad intelectual y al Islam como un abismo de inercia y decadencia. Ya está bien de adjudicarle todo el mérito a Voltaire, a Rousseau, a Diderot, a los Enciclopedistas. Y el profesor todo orgulloso revela el nombre de su Popov. Se trata de Abdalghani Al-Nabulusi, historiador de

Damasco, que ya en 1730 escribía lo que Voltaire escribiría cuarenta y tres años después en su «Précis sur le Procès du Monsieur le Comte de Morangies contre la Famille Verrón». Es decir la exigencia de redefinir el papel de la religión en la sociedad.

*(Cartita.* «Herr Schulze, cierre el pico. Y cierto tipo de teorías déjelas para su difunta paisana Frau Hunke. Sabemos perfectamente que en el pasado remoto del Islam hubo también hombres inteligentes e incluso excepcionales. La inteligencia no tiene fronteras, consigue derribar siempre el muro de la idiotez institucionalizada, y puede ser cierto que en Damasco su Popov todo solo haya

descubierto e incluso anticipado algunas de las ideas de los Enciclopedistas. Quizá leyendo a Isaac Newton que sobre ese tema había publicado ya dos tratados de Historia y de Teología. Pero aparte del hecho de que una golondrina no hace primavera, el Islam siempre ha perseguido y silenciado a sus hombres más inteligentes. Comenzando por el gran Averroes. Acusado de heterodoxia por su obra «La destrucción de la destrucción», en polémica con el fideísta Al-Ghasali, se vio obligado a huir de Córdoba en 1195 y esconderse en Fez donde sin embargo pronto lo descubrieron. Allí quemaron sus libros, le encarcelaron como a un delincuente y

sólo unos meses antes de morir (ya con setenta y dos años), reconquistó su libertad. No en vano Ernest Renan dice que atribuir al Islam los méritos de Averroes sería como atribuir a la Inquisición los méritos de Galileo. Herr Schulze, si existe un siglo durante el cual el Islam sólo irradió inercia y decadencia fue precisamente el XVIII. Y si existe una corriente de pensamiento con la que Islam nunca tuvo nada que ver, ésta fue precisamente la Ilustración. ¿Sabe por qué? Porque, como hace doscientos cuarenta y cinco años, Diderot le escribió a madame Volland: «El Islam es enemigo de la Razón». Y si sus amigos musulmanes no abren un

poco su mente, si no le dan al Corán y a la teocracia una buena enjuagada, ninguna Eurabia podrá jamás demostrar lo contrario»).

En cuanto a los italianos que en aquel simposio se distinguieron por su obsequiosidad para con el Islam, ¡válgame Dios! (Uno era el entonces Vicesecretario General del Consejo de Europa. Otro, el *diessino* que en aquella época dirigía la Comisión de Juventud y Cultura y Deporte y Medios de Comunicación del Parlamento Europeo. Otro, el titular de la cátedra de Estudios Islámicos del Instituto Universitario de Nápoles. Leer sus intervenciones me infunde» más que terror, vergüenza y

dolor. Cegado por el Faro-de-Luz de hecho, el primero encuentra a Popov incluso en las canciones populares napolitanas. En el «O sole mio» y en el «Funiculì-Funiculà». «Las canciones napolitanas que yo canto podrían haber sido escritas por músicos del Norte de África. Y lo mismo puede decirse de tantas canciones sicilianas o españolas» dice el texto que tengo en mis manos. Después, del homenaje musical pasa, también él, al gastronómico. Y nos informa que muchos platos sicilianos, españoles, búlgaros, griegos, yugoslavos (los países más devastados por el colonialismo islámico) pertenecen al arte culinario del Imperio

Otomano. Del homenaje gastronómico pasa al teológico, y olvidando o ignorando una célebre obra llamada «De imitate intellectus contra Averroistas» nos informa de que Santo Tomás de Aquino estuvo profundamente influido por la escuela de Averroes. El segundo, por otra parte, infravalora a Giambattista Vico. Afirma que su Teoría de los Avances y los Retrocesos ya había sido formulada trescientos años antes por un Popov que se llamaba Ibn Jaldun. No contento con ello desprecia a Marco Polo. Nos da a entender que las «Crónicas» del viajero Ibn Battuta son más interesantes que «El millón». Redimensiona hasta a Giordano Bruno.

Nos reprocha llorar sobre su hoguera pero no sobre la del también mártir árabe Al-Hallaj. Y por último define al Islam como «una de las más extraordinarias fuerzas políticas y morales del mundo de hoy». (No de ayer, de hoy). Nos revela que lejos de tener su propia identidad la cultura europea es una mezcla de culturas en la que hay que insertar la islámica. Se congratula de la «integración que está ennobleciendo nuestro continente» y espera que el pluriculturalismo nos revitalice cada vez más... El tercero, ¡ay!, pone en su sitio a Sicilia. Quiero decir, hace extensivas las glorias de Andalucía a la isla de Sicilia sojuzgada

por tres siglos por los auténticos autores de «O sole mio» y «Funiculì-Funiculà». Obviando el hecho de que durante casi un siglo los sicilianos se opusieron como leones a su avance, incluso en esa Sicilia el susodicho ve una Edad de Oro. Una época tan feliz que, deduces, ser de nuevo invadidos por los hijos de Alá es la cosa más afortunada del mundo y en vez de lamentarlo tenemos que agradecersele. «¡Shukran, hermanos, shukran! ¡Gracias por traemos de nuevo la civilización!». Para convencer mejor a los ingratos como yo revela incluso que en Sicilia los cristianos pedían convenirse al Islam no para conseguir los derechos que les eran negados a los

perros-infieles sino porque alimentaban una profunda admiración hacia aquellos Popov. La misma que según él alimentaron los Normandos después de haberlos expulsado. Y ni decir que los delegados belgas o franceses a menudo lo superan bastante. Por ejemplo, en su apasionado elogio el profesor Edgar Pisani director del Institut du Monde Arabe de París arremete contra los jacobinos que en un determinado momento de la Revolución Francesa negociaron con la Iglesia Católica, no con el Islam...



Mira, en esas ciento ochenta y cinco páginas, sólo encuentro a un héroe: el parlamentario noruego Hallgrim Berg que el 9 de septiembre siguiente, cuando se estaba debatiendo en la Asamblea de Estrasburgo la aprobación o no del informe del simposio, pidió la palabra y les zurró la badana a los espero ignorantes discípulos de Sigrid Hunke. «Señores» dijo «estamos tomándonos el pelo. Este informe no tiene nada que ver con la Cultura Islámica vista en retrospectiva, y no es tan inocente como

parece. No lo es, ante todo, porque no dice una palabra sobre el abominable trato que las mujeres sufren en la cultura islámica. Dicha realidad es del todo ignorada, del todo eclipsada con el pretexto de que Occidente siempre ha contado un montón de mentiras sobre el Islam. Pues bien, yo no votaré a favor de un informe que en vez de posicionarse sobre el drama de las mujeres musulmanas lo tapa. Un informe que en vez de abordar el tema de los Derechos Humanos en el Islam lo evita. Un informe que, incluso cuando habla de los Derechos Humanos no le pide al Islam que respete los Derechos Humanos. Un informe que además calla la verdad del

problema palestino, la difusión del fundamentalismo, los demás aspectos negativos del Islam. Aspectos que día a día aumentan de una forma alarmante y sofocan el Diálogo Euro-Árabe. Señores, el suyo no es un diálogo. Es un monólogo hecho a favor del Islam. Un soliloquio en el que en nombre del pensamiento liberal, de la generosidad intelectual, se ven las cosas desde una perspectiva y punto. Pero el pensamiento liberal y la generosidad intelectual no funcionan cuando sólo se ejercen por un lado y punto. Piden ustedes, por ejemplo, que sean retirados los textos escolares en los que no se habla de la contribución-hecha-por-el-

Islam-al-desarrollo cultural-de-Europa. ¿Y ellos? ¿Tenemos alguna razón para pensar que ellos van a hacer lo mismo, es decir van a explicar en los países islámicos la gran contribución que el Cristianismo y los valores occidentales han hecho en todas partes? Piden también que se introduzca en nuestro sistema escolar es decir en nuestras universidades y, especialmente, en nuestras facultades de derecho, el estudio de la Ley del Corán. ¿Y ellos? ¿Tenemos algún motivo para pensar que vaya a ser introducido en sus facultades de derecho, en sus universidades y en sus escuelas el estudio de nuestras leyes y de nuestro pensamiento? Señores, su

informe no es un documento cultural. Es un documento político que sólo sirve para apuntillar los intereses del Islam en Europa. En nombre de la democracia pido que sea revisado, discutido y corregido, y que...». No sirvió de nada. «Señor Berg, admitirá que hemos sido muy flexibles con usted. Le habíamos concedido cinco minutos y los cinco minutos ya han pasado» lo interrumpió en ese instante el presidente de la Asamblea. A continuación sometió a votación su petición que fue rechazada por unanimidad y, siempre por unanimidad, el informe se aprobó. Y se convirtió en la «Recommandation 1162 sur la Contribution de la Civilisation

Islamique à la Culture Européenne» («Recomendación 1162 sobre la Contribución de la Civilización Islámica a la Cultura Europea»). Documento que, sugiriendo normas todavía más tolerantes en materia de inmigración, invitaba a revisar o a retirar de las escuelas los textos no suficientemente respetuosos con el Islam.

Invitaba también a introducir el estudio del Corán en las facultades de derecho, teología, filosofía e historia. No es casual que el señor Berg abandonara la política. Dejó Estrasburgo, volvió a su Noruega natal y, amenazando con arrojar a las escolleras a todo aquel que le mentase a

Mahoma o al Parlamento Europeo se retiró a un bosque en el fondo del fiordo de Nordkinnhalvaya. Pero ni siquiera allí encontró la paz que buscaba, el pobre señor Berg. Porque precisamente en su Noruega, un par de años después, se rodó una película titulada «The Thirteenth Knight» (El Decimotercer Caballero). Una especie de fábula medieval, financiada por los Politically Correct e interpretada por un actor andaluz, Antonio Banderas, que ya se había distinguido en el papel del joven Mussolini. ¿Sabes quién era, quién es, el Decimotercer Caballero? Un musulmán bellísimo, dulcísimo, misericordiosísimo, y naturalmente

religiosísimo, que escoltado por un preceptor no menos perfecto (Omar Sharif) llega precisamente a los fiordos de Nordkinnhalvaya alrededor del siglo X. Allí se encuentra con doce rubios obtusos e ignorantes es decir perros-infieles, caballeros, sí, pero obtusos e ignorantes y, por lo tanto, perros-infieles, que para liberarse de un enemigo todavía más bárbaro que ellos necesitan sus islámicas virtudes. Y por pura nobleza de alma, una nobleza que procede obviamente de sus islámicas virtudes, se une a ellos. Junto a los doce rubios libera la aldea, instaura en ella la paz y la civilización, y vuelve a subirse al caballo. Se reencuentra con Omar

Sharif que siendo musulmán y por lo tanto pacifista se había quedado rezando en una taberna, y llevándose a una noruega obviamente destinada a formar parte de su harén se va hacia el sol. Hacia el sol de Alá que brilla sobre Occidente. El Faro-de-Luz.



No sé si el señor Berg se ha podido recuperar del trauma del desembarco del «Decimotercer Caballero» en Nordkinnhalvaya. Lo que sí sé es que en

los simposios posteriores la sugerencia de la Recomendación 1162 se extendió al campo de la filosofía, de la lingüística, de la economía, de la agronomía, de las ciencias políticas, así como a los institutos técnicos. Se reforzó con la exhortación a crear universidades euro-árabes en cada uno de los países de Europa, a publicar un mayor número de libros islámicos, a movilizar a la prensa, a la radio, a la televisión y a las editoriales «para abrir los ojos a los mal informados». Y el resultado se puede ver a diario. El pasado verano el consabido diario de Roma publicó un artículo sobre la inauguración de la mezquita de Granada.

Más que un artículo, era una sigrid-hunkiana alabanza a la mayor gloria de los andaluces que tras quinientos años podían volver a escuchar la voz del muecín. Recordando que en 1492 Isabel de Castilla no sólo había completado la Reconquista es decir la Expulsión de los Moros de España sino también financiado el viaje con el que Cristóbal Colón contaba llegar a las Indias, la loa concluye con las siguientes palabras. «Y lo consiguió. Pero descubrió también América. Y desde entonces vivimos en un mundo que todavía sufre por el éxito de aquellas dos empresas».

# *CAPÍTULO 8*

No debo olvidar esas palabras que parecen salidas del cerebro de Sigrid Hunke. No debo porque el 12 de noviembre de 2003, en Nasiriya, los caballeros del «Sol-de-Alá-que-Brilla-sobre-Occidente» masacraron a diecinueve italianos que estaban haciendo de ángeles de la guarda en Irak. Suministrando agua y víveres y medicamentos, protegiendo los sitios arqueológicos, recuperando los tesoros saqueados de los museos, requisando

armas, en definitiva, restaurando un poco el orden público. Los masacraron igual que tres días antes habían masacrado a diecisiete saudíes en Riad y el 19 de agosto a veinticuatro funcionarios de la Onu en Bagdad. Igual que el 16 de mayo habían masacrado a cuarenta y cinco civiles en Casablanca y el 12 de mayo a otros treinta y cuatro, de nuevo, en Riad.

Igual que el 12 de octubre de 2002 habían masacrado a doscientos dos turistas en Bali y el 11 de abril de ese mismo año a veintiuno en Djerba. Igual que el 11 de septiembre de 2001 habían masacrado a tres mil quinientos en Nueva York y en Washington y en el

avión caído en Pennsylvania. Igual que el 7 de agosto de 1998 habían masacrado a doscientos cincuenta y nueve en Nairobi y Dar es Salaam. Y el 18 de julio de 1994 a noventa y cinco (casi todos judíos) en Buenos Aires. Y el 3 de octubre de 1993 a dieciocho Marines en misión de paz en Mogadiscio. (Los dieciocho con los que luego se divirtieron mutilando sus cuerpos). Y el 17 de marzo de 1992, a otros veintinueve en Buenos Aires. Y el 19 de septiembre de 1989, a los ciento setenta y un pasajeros del avión francés siniestrado en el desierto de Niger. Y el 21 de diciembre de 1988 a los doscientos setenta pasajeros del avión

de Pan American que explotó sobre la ciudad escocesa de Lockerbie. Y el 23 de octubre de 1983 a los doscientos cuarenta y un militares americanos y los cincuenta y ocho militares franceses (siempre en misión de paz) de Beirut. Sin contar a los israelíes que desde hace medio siglo masacran con monótona y concienzuda cotidianidad. Sólo desde la Segunda Intifada es decir desde finales del mes de septiembre de 2000 hasta hoy, a mil israelíes. Así pues, haciendo la suma y excluyendo a las víctimas de los Años Setenta, se llega a más de seis mil muertos en poco más de veinte años. ¡Seis mil! Muertos a la mayor gloria del Corán. Obedeciendo a sus suras. Por

ejemplo esa que dice: «La recompensa de los que corrompiendo la Tierra se oponen a Alá y a su Profeta será ser masacrados o crucificados o mutilados de manos y pies, es decir ser expulsados con infamia de este mundo».

Y sin embargo los sigrid-hunkianos aquéllos para los que el año 1492 fue una desgracia, el descubrimiento de América y la expulsión de los Moros dos errores de los cuales la humanidad todavía no se ha recuperado, se cuidan mucho de admitirlo. El telediario que emitió la Rai la noche del 12 de noviembre se abrió sí con el presidente de la República ejerciendo su obvio deber de condenar el terrorismo.

Continuó sí bajo la bandera de tan obvia condena. Nos regaló incluso la imagen de un Parlamento que para expresar su dolor no se abandonaba a sus habituales algazaras. Sin embargo se cerró con el honorable Secretario de los Comunistas Italianos (ministro de Justicia durante el gobierno de Centro-Izquierda) que en la plaza Montecitorio, entre un flamear de banderas arcoíris, pronunciaba la frase «Quien-los-ha enviado-a la muerte». Que en definitiva en vez de condenar a los asesinos, condenaba al gobierno. Así aquella noche los italianos se durmieron con ese «Quién-los-ha-enviado-a-la-muerte» zumbándoles en los oídos y exculpando a los auténticos culpables.

Al día siguiente, ídem. Porque al día siguiente ese mismo exministro de Justicia repitió claramente que la responsabilidad de los diecinueve muertos recaía en el gobierno, que el gobierno tenía que dimitir. Peor. Dejando entrever que el derrocamiento de Sadam Husein era otra desgracia para la humanidad y que los asesinos de Nasiriya eran valerosos combatientes de la Resistencia, el presidente del mismo partido afirmó que «Italia se había unido a una guerra imperialista y colonialista». Más aún. Utilizando el lenguaje de los médicos en la cabecera de Pinocho, si-no-está-muerto-está-vivo-y-si-no-está-vivo-está-muerto, incluso la Izquierda

(que absteniéndose en la votación no se había opuesto al envío de tropas a Irak) pidió su retirada. Y entre sus diputados empezó a serpentear el término «Resistencia». En cuanto a los llamados Exponentes de la Comunidad Islámica o sea los distinguidos caballeros que han redactado el Proyecto de Acuerdo, ni uno sólo expresó una palabra de reprobación o al menos de pena. Ni uno sólo pronunció la palabra «terrorismo». Ni uno. Todos presentaron la matanza como el fruto de una legítima «Resistencia Popular». Y el presidente de la Ucoii (Unión de las Comunidades y Organizaciones Islámicas de Italia) dijo que los diecinueve italianos caídos

en Nasiriya estaban allí «en contra de los valores fundamentales de la República». El imán de la mezquita de Piazza Mercato de Nápoles dijo que Occidente estaba provocando más víctimas de las que hubo en ambas guerras mundiales y que por consiguiente la Nación Musulmana tenía que defenderse. «Si Occidente no cambia de ruta, será golpeado por los hermanos que están bajo la bandera de los honorables personajes de los que tanto se habla» (donde dice honorables-personajes, léase Bin Laden). El imán de la mezquita de Fermo, en la provincia de Ascoli Piceno, afirmó que «los ataques contra los invasores anglo-

americanos-italianos en Irak y en Afganistán deben encuadrarse dentro la Yihad defensiva, y respetan los dictámenes coránicos». El imán de la mezquita anexa al Centro Cultural Islámico de Bolonia dijo que «los kamikazes que saltaron ayer por los aires en Nasiriya murieron por una causa justa, por lo tanto el Profeta los habrá recompensado y Alá los habrá llenado de gloria».

Todo esto mientras en Bari los pseudorevolucionarios Padres Combonianos sentenciaban que impartir la Comunión a los militares en Irak no estaba bien. «Si le negamos la hostia consagrada al que se divorcia y al que

practica el aborto, ¿cómo podemos darle este sacramento a los que abrazan las armas, dispuestos a matar?». Y el 16 de noviembre, en la catedral de Caserta, durante la misa dominical de la tarde, el nada eximio obispo Raffaele Nogaro pronunció una homilía durante la cual dijo que no estaba bien bendecir los ataúdes de los militares masacrados en Nasiriya. Que bendiciendo esos ataúdes se legitimaba el uso de las armas. Que era penoso asistir a las celebraciones a las que Italia se estaba abandonando en su honor. Celebraciones en honor de los-que-habían-llevado-la-guerra-a-Irak.

*(Cartita.* «Señor Obispo, ya sé que para avergonzarle coram populo le hago

un regalo del que no es digno. Una publicidad que no merece y que utilizará obscenamente. De hecho, en cualquier otra circunstancia, me hubiera cuidado mucho de proporcionarle tal satisfacción. Pero el delito con el que se manchó el domingo 16 de noviembre de 2003, delito que después trató en vano de arreglar con desmentidos grotescos e inconsistentes, no ofende sólo a los diecinueve italianos masacrados en Nasiriya. Ofende también a sus familias, a sus compañeros de armas, nuestros principios, nuestros valores, y la ya vacilante dignidad de nuestro propio país. Además corrompe a los jóvenes, los traiciona, les impide razonar. Engaña

a los niños, los confunde, prepara una generación de imbéciles. Por eso me tapo la nariz. Le otorgo esa satisfacción y esperando no dejarme atrapar por la rabia de hace dos años comienzo por decirle que el adjetivo con el que el expresidente de la República Francesco Cossiga definió su homilía, el adjetivo «innoble», es perfecto. Insuperable, perfecto. Ergo, a aquellos diecinueve muertos les debe una excusa. Debe acudir a los cementerios en que están enterrados y de tumba en tumba flagelarse hasta sangrar con un látigo de nueve colas. Como se flagelaban los penitentes en los tiempos en los que el pecado no se lavaba con dos

Padrenuestros y tres Avemarías. Y después, debe pedir disculpas, de la misma forma, a sus familiares así como a sus compañeros y a la Patria. Aunque estoy segura de que esta palabra para Usted no significa nada. Señor Obispo, siendo Usted un individuo cuya existencia afortunadamente ignoraba, hice una pequeña investigación sobre Usted y he descubierto que le encanta disfrutar de su presunta autoridad espiritual, que a pesar de su venerable edad le gusta pavonearse en el papel de mozalbete antiglobalización. Papel en el que debutó cuando enfurecido con el Olivo a su juicio incapaz de combatir al neoliberalismo, se alistó en Refundación

Comunista. He descubierto que desde entonces se exhibe en articulitos, editorialuchos, entrevistillas en los periódicos de Izquierda o de Extrema Izquierda y que hablando en nombre del Evangelio en el mes de junio de 2002 pidió a la oposición que «formulase pronunciamientos perentorios que tutelasen los derechos de los inmigrados». Que en el mes de abril de 2003 definió la guerra de Irak como «un atentado contra la humanidad» y que en el mes de octubre del mismo año elogió al Vicepresidente del Consejo por el tema del voto a los inmigrados. He descubierto también que habla mal de la Iglesia Católica. Derecho que yo puedo

ejercer, pero Usted no. Porque yo soy una ciudadana libre, una laica. Usted en cambio es un alto prelado del Vaticano, un representante del Papa. A la Iglesia Católica le debe Usted todo, incluso los zapatos con los que camina. Por lo tanto no puede tener los pies en ambas orillas, poner una vela a Dios y otra al diablo, aprovecharse de su papel de Obispo y al mismo tiempo jugar a mozalbete antiglobalización. Si quiere hablar mal de sus benefactores, debe dimitir. Debe renunciar a la mitra, a la pastoral, a la capa pluvial, al anillo con la amatista, al palacio episcopal, a los criados, a las reverencias, a los besamanos, y contentarse con trabajar de periodista

para *L'Unità*. He descubierto por último que Usted siente un gran respeto por los Bin Laden, los Sadam Husein, los Arafat y los kamikazes. Le gusta justificarlos, defenderlos, definir sus matanzas como «actos de Resistencia». También por esto concluyo: Señor Obispo, si aquel domingo por la tarde Jesucristo hubiese tenido la desgracia de encontrarse en la catedral de Caserta, ¡ríete tú de los Fariseos del templo! Se le hubiese echado encima y a patadas en el culo le habría arrojado a la plaza. Allí le habría molido a puñetazos de tal forma que hoy no podría ni siquiera comerse una papilla»). *Fin de la cartita*. Pero el discurso continúa.



Continúa porque, veinticuatro horas después de la hazaña del no eximio obispo» se pronunció sobre la matanza de Nasiriva también la que es definida como «la actual dirigente de las Brigadas Rojas». Lo hizo durante el juicio que se celebraba contra ella por el homicidio del policía Emanuele Petri, por medio de una proclama que el juez le prohibió leer pero adjuntó al atestado. Por eso los periódicos tuvieron acceso a ella y adivinas qué decía. Decía que masacrar a diecinueve italianos había

sido un sacrosanto derecho de los «resistentes» iraquíes. Que el «valeroso nacionalismo iraquí» debe golpear a los invasores y que esos diecinueve italianos eran invasores. Que «para destruir el imperialismo americano y la entidad-sionista las Brigadas Rojas deben hacer frente común con los combatientes de Sadam Husein y Bin Laden, desencadenar con ellos ataques crecientes y continuos». Que «las masas árabes son el aliado-natural-del-proletariado-metropolitano» y que el proletariado-metropolitano debe unirse «a la heroica Resistencia» del terrorismo islámico...

*(Otra cartita. «Querida jefa o*

presunta jefa de las Brigadas Rojas, su pretensión de presentarnos a Sadam Husein y a Bin Laden como a un Lenin y a un Mao Zedong es algo tan cretino, tan infantil, tan ofensivo para la inteligencia del proletariado metropolitano, que me pregunto cómo es posible que la sigan considerando el “cerebro” de los brigadistas rojos. Si realmente es Usted la que los dirige, están perdidos. Y harían mejor en buscarse un empleo en la mafia que está siempre tan necesitada de asesinos. Por lo demás, jovencita: no tiene Usted ningún derecho a utilizar el término Resistencia. No tiene ningún derecho a equiparar las carnicerías islámicas a la lucha en la que nuestros

padres (o algunos de nuestros padres) se embarcaron para reconquistar la libertad en la que Usted ha nacido y de la que se aprovecha como una hiena. ¡¿Pero sabe de qué se habla cuando se habla de Resistencia?! Se habla de horcas, de pelotones de ejecución, de hornos crematorios. Se habla de interrogatorios efectuados con torturas. De uñas arrancadas, de plantas de los pies quemadas, de bastonazos en la boca, de cigarrillos apagados en los senos y en los ojos, de descargas eléctricas en los genitales y en la vagina, de orina hecha tragar por la fuerza hasta ahogarte. De cosas, en suma, ante las que Usted moriría de miedo. De miedo y de

diarrea. Sus tiradores escogidos, ídem. Se habla también de celdas fétidas y oscuras donde para dormir no tienes más que el suelo húmedo y para defecar un cubo lleno de mierda. Donde las ratas te muerden las heridas y las cucarachas nadan en el nauseabundo mejunje que los carceleros llaman sopa.

Y nada de parlamentarios que lloren por ti ni de periodistas que te hagan publicidad. Jovencita, es fácil dárselas de combatiente en un régimen de libertad y democracia. Es fácil predicar y distribuir la muerte en un país en que a los asesinos no se les castiga con la pena de muerte. Es fácil interpretar el papel de revolucionarios ante unos

carabineros que te detienen educadamente, por-favor-señora-acomódese. Y que si responden al fuego son procesados y expuestos a público escarnio. Es fácil interpretar el papel de combatiente con jueces que te interrogan educadamente y con abogados que te defienden con esmero. Y sin que nadie te llame gilipollas cuando proclamas memeces como ésta: “De mis actos políticos sólo respondo ante el proletariado metropolitano”. Es fácil alinearse junto al enemigo cuando el máximo castigo que pagas por eso es una celda con cama, cobijas, sábanas, lavabo, váter, agua corriente, luz eléctrica, libros que leer y papel donde

escribir. Una prisión donde comes a la caria, carne halal si eres musulmán, y donde tienes permiso para llamar por teléfono, ver la tele, recibir visitas etcétera. Y eso sin hablar de las reducciones, los indultos» las amnistías, los permisos que duran incluso una semana, la semilibertad que permite estar fuera de la mañana a la noche, con lo que la cárcel se convierte en una especie de hotel gratis total. Es fácil, sí. Y cómodo y ruin. Pero el valor no es algo que distinga precisamente a las tipas de su tipo, de vuestro tipo. ¿Qué valor hay que tener para matar a un policía que con el revólver en la funda pide la documentación en el tren? ¿O a

un profesor que vuelve a casa en bicicleta completamente solo? ¿O a otro que siempre solo va caminando al trabajo por una calle desierta? ¿O a mí, una mujer antigua a la que puede tirar al suelo un soplo de viento? A propósito. Dígame, jovencita, dígame: ¿También me quiere matar a mí? ¿A quién le va a confiar la ejecución de la sentencia? A sus asesinos o a los hermanos musulmanes que prometen matarme en nombre de Alá?»). *Fin de la cartita.*

\* \* \*

Voilà: he caído en la tentación. Me he dejado llevar nuevamente por la rabia de hace dos años. Pero ahora me siento mejor y puedo hablar del matrimonio poligámico que ha entregado Italia al enemigo, es decir de lo que yo llamo la Triple Alianza. La de la Derecha, la Izquierda y la Iglesia Católica. Comencemos por la Iglesia Católica.

# *CAPÍTULO 9*

Soy una atea cristiana. No creo en eso que denominamos con el término Dios. Ya lo escribí en mi primera «Estera Armilar». Desde el día en que me di cuenta de que no creía, (algo que ocurrió muy pronto cuando de adolescente empecé a consumirme sobre el atroz dilema pero-Dios-existe o-no-existe), pienso que Dios ha sido creado por los hombres y no a la inversa. Pienso que los hombres lo han inventado por soledad» impotencia,

desesperación. Es decir para dar una respuesta al misterio de la existencia, para atenuar las irresolubles preguntas que la vida nos arroja a la cara... Quienes somos, de dónde venimos, a dónde vamos. Qué había antes de nosotros y de estos mundos, miles de millones de mundos, que con tanta precisión giran en el universo. Qué vendrá después... Pienso que lo hemos inventado también por debilidad, es decir por miedo a vivir y a morir. Vivir es muy difícil, morirse siempre es un disgusto, y la idea de un Dios que ayuda a afrontar ambas empresas puede proporcionar un alivio infinito: lo entiendo bien. De hecho envidio a los

que creen. A veces hasta me siento celosa. Nunca, sin embargo, hasta el punto de madurar la sospecha y por lo tanto la esperanza de que Dios exista. Que con todos esos miles de millones de mundos tenga el tiempo y la forma de encontrarme, de ocuparse de mí. Ergo, me las apaño sola. Y por si eso no fuese suficiente, soporto mal a las iglesias. Sus dogmas, sus liturgias, su presunta autoridad espiritual, su poder. Y no me llevo bien con los curas. Incluso cuando se trata de personas inteligentes o inocentes no consigo olvidar que están al servicio de ese poder, y siempre hay un momento en el que aflora mi innato anticlericalismo. Un momento en el que

sonrío al fantasma de mi abuelo materno que era un anarquista decimonónico y cantaba: «Con las tripas de los curas colgaremos al rey». Y, sin embargo, repito que soy cristiana.

Lo soy aunque rechazo varios preceptos del cristianismo. Por ejemplo el precepto de poner la otra mejilla, de perdonar. (Error que estimula la maldad y que yo no cometo nunca). Y soy cristiana porque me gusta el discurso en que se sustenta el Cristianismo. Me convence. Me seduce hasta tal punto que no encuentro en el conflicto alguno con mi ateísmo y con mi laicismo. Hablo, obviamente, del discurso de Jesús de Nazaret, no del elaborado o

distorsionado o traicionado por la Iglesia Católica y también por las Iglesias Protestantes. El discurso, quiero decir, que apeando la metafísica se concentra sobre el Hombre. Que reconociendo el libre albedrío es decir reivindicando la conciencia del Hombre nos hace responsables de nuestras acciones, señores de nuestro destino. En ese discurso veo un himno a la Razón, al raciocinio. Y porque donde hay raciocinio hay posibilidad de elegir, donde hay posibilidad de elegir hay libertad, veo en él un himno a la Libertad. Al mismo tiempo veo en él la superación del Dios inventado por los hombres por soledad, impotencia,

desesperación, debilidad, miedo a vivir y a morir. Veo el oscurecimiento del Dios abstracto omnipotente despiadado de casi todas las religiones. Zeus que fulmina con sus rayos, Jehová que chantajea con sus amenazas y sus venganzas, Alá que sojuzga con su crueldad y sus insensateces. Y en el lugar de esos tiranos invisibles, intangibles, una idea que nadie había tenido o en cualquier caso nadie había divulgado. La idea del Dios que se hace Hombre o sea la idea del Hombre que se hace Dios, Dios de sí mismo. Un Dios con dos brazos y dos piernas, un Dios de carne y hueso que va por los caminos llevando a cabo o intentando llevar a

cabo la Revolución del Alma. Que hablando de un Creador sentado en el Cielo (¿quién escucharía, si no, quién entendería?) se presenta como su hijo y explica que todos los hombres son sus hermanos, por lo tanto hijos a su vez de ese Dios y capaces de realizar su esencia divina. Realizarla predicando el Bien que es fruto de la Razón, de la Libertad, dando Amor, que antes de ser un sentimiento es un razonamiento. Un silogismo o incluso un entimema del que deduces que la bondad es inteligencia y la maldad estupidez. Un Dios, en definitiva, que el drama de la Ética lo afronta como hombre. Con el cerebro de un hombre, el corazón de un hombre, las

palabras de un hombre, los gestos de un hombre, ¡y nada de blandura! ¡Nada de dulzura ternura, dejad-que-los-niños-se-acerquen-a-mí! Como un hombre la emprende a golpes con los fariseos y los rabinos que comercian con la religión. Como un hombre afronta el tema del laicismo: Dad-al-César-lo-que-es-del-César-y-a-Dios-lo-que-es-de-Dios. Como un hombre detiene a los cobardes que van a lapidar a la adúltera: aquel-que-esté-limpio-de-culpa-que-tire-la primera-piedra. Como un hombre arremete contra la esclavitud, ¡¿y quién se había alzado nunca contra la esclavitud?! ¿Quién había dicho nunca que la esclavitud es inaceptable

inadmisible inconcebible? Como un hombre, en definitiva, pelea. Duda, se atormenta, se equivoca, sufre, sin lugar a dudas peca, y finalmente muere. Muere sin morir porque la vida no muere. Renace siempre, resucita siempre, es eterna. Y, junto al discurso sobre la Razón, la idea de la Vida que no muere es el punto que más me convence. El que más me seduce. Porque en ella veo el rechazo de la Muerte, la apoteosis de la Vida. La pasión por la Vida que es mala, sí, que se devora a sí misma, pero es Vida y lo contrario a la Vida es la nada. Los principios, en definitiva, que están en los cimientos de nuestra civilización.



Esta mañana me he vuelto a leer el famoso ensayo que Benedetto Croce publicó en 1942: «Por qué no podemos no decirnos cristianos». (Sí, aquel ensayo donde en contra de los profesorcillos que exaltan el Faro-de-Luz observa: «La larga edad de gloria que fue llamada Medievo completó la cristianización de los bárbaros y animó a la defensa contra el Islam, tan amenazador para la civilización europea»). Hay dos cosas, en dicho ensayo, que me llaman poderosamente la

atención: el lapidario juicio con el que exalta lo que yo he llamado Revolución del Alma, y la fuerza con la que sostiene que todas las revoluciones que han venido después se derivan de ésta. «El cristianismo ha sido la mayor revolución que jamás haya realizado la humanidad. Ninguna otra se le puede comparar. Respecto a ella todas las demás parecen limitadas». Por otra parte no es necesario acudir a Croce para darse cuenta de que sin el Cristianismo no habría existido el Renacimiento, no habría existido la Ilustración, no habría existido siquiera la Revolución Francesa que a pesar de sus monstruosidades nació del respeto hacia

el Hombre y en ese sentido algo de positivo ha dejado o ha aguijoneado. No habría existido ni siquiera el socialismo o mejor dicho, el experimento socialista. Ese experimento que ha fracasado de una forma tan desastrosa pero que, como la Revolución Francesa, algo de positivo ha dejado o ha aguijoneado. Y tampoco habría existido el liberalismo. Ese liberalismo que no puede faltar en los cimientos de la sociedad civil, y que hoy todo el mundo acepta o finge aceptar. (De boquilla, hasta los *extrinariciuti* y los *neotrinariciuti*). A mi juicio no habría existido siquiera el ya difunto feminismo, así que mira: despojado de las bellas fábulas sobre

los milagros y sobre las resurrecciones físicas, lavado de las superestructuras católicas, liberado de los yugos doctrinarios es decir reconducido a la genial idea del maravilloso nazareno, el Cristianismo es realmente una provocación irresistible. Una clamorosa apuesta que el hombre hace consigo mismo. Y con esto hemos de nuevo con la culpabilidad de una Iglesia Católica que guiando a la Triple Alianza, favoreciendo y beneficiando al Islam, se ha convertido y sigue convirtiéndose en la primera responsable de la catástrofe que estamos viviendo.

Porque antes de invadir nuestro territorio y destruir nuestra cultura,

anular nuestra identidad, el Islam trata de acabar con esa irresistible provocación. Con esa clamorosa apuesta. ¿Sabes cómo? Por medio de la rapiña ideológica. Es decir expoliando el Cristianismo, fagocitándolo, presentándolo como un brote degenerado, definiendo a Jesucristo como «un profeta de Alá». Un profeta de segunda clase, por añadidura. Tan inferior a Mahoma que, casi seiscientos años después, éste tuvo que comenzar desde el principio. Aguantarse la charla con el arcángel Gabriel y escribir, ¡ay!, el Corán. Para poder adueñarse mejor de nuestro Jesús de Nazaret, los teólogos musulmanes niegan incluso que

fuese crucificado. Nos lo meten en su Djanna para comer como un Heliogábalo, beber como un borrachón, follar como un maníaco sexual. Luego sentencian: pobrecillo, a su manera predicaba el Verbo de Alá, pero sus degenerados discípulos llamaron Cristianismo a lo que en realidad era ya el Islam, traicionaron lo que había dicho, y... Intentan expoliar incluso el Judaísmo, de acuerdo. Cuando afirman que el primer profeta de Alá fue Abraham, como fundador de la estirpe de Israel el viejo Abraham se va al traste. (Si fuese judía, es obvio que no derramaría una sola lágrima por eso. A mi juicio un fundador de una estirpe que

para mayor gloria de Dios quiere degollar a su propio hijo es mejor perderlo que encontrarlo). En cuanto a Moisés, se convierte en un impostor que atraviesa el mar Rojo con las lanchas de la mafia albanesa. Un charlatán que va a la Tierra Prometida para jugársela a Arafat, su rival en amor o qué sé yo. Pero de esos intentos el Judaísmo se defiende con uñas y dientes. Oh, la Iglesia Católica, no. La Iglesia Católica sabe bien que para los musulmanes Cristo murió de un constipado y que en el Djanna se lo pasa de miedo con las Huríes. Sabe bien que sus teólogos han efectuado siempre esa rapiña ideológica, que siempre han

considerado al Cristianismo como un aborto del Islam. Sabe bien que el imperialismo islámico siempre ha querido conquistar Occidente porque Occidente es el primer y el auténtico intérprete del raciocinio cristiano. Sabe bien que el colonialismo islámico siempre soñó con sojuzgar Europa porque además de ser rica y evolucionada y tener mucha agua es la cuna del cristianismo. (Un cristianismo manipulado todo lo que quieras, distorsionado todo lo que quieras, traicionado todo lo que quieras, pero, cristianismo). Sabe bien que sin el crucifijo los franceses de Carlos Martel nunca habrían vencido a los Moros que

habían llegado hasta Poitiers. Que sin el crucifijo los españoles de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla nunca habrían reconquistado Granada, que los Normandos nunca habrían liberado Sicilia, que el zar Iván el Grande nunca habría puesto fin a dos siglos y medio de dominación mongola en Rusia. Sabe bien que sin el crucifijo nunca habríamos roto el segundo asedio a Viena, nunca habríamos podido oponernos a los quinientos mil otomanos de Kara Mustafa. (Santidad, en 1683 defendiendo Viena estaban también los polacos: ¿recuerda? Procedentes de Varsovia y guiados por el heroico rey Juan Sobieski. ¿Recuerda lo que gritó

Sobieski antes de la batalla? Gritó: «¡Soldados, no es sólo Viena lo que tenemos que salvar! ¡Es el Cristianismo, la idea de la cristiandad!». ¿Recuerda que gritaba durante la batalla? Gritaba: «¡Soldados, luchemos por la Virgen de Czestochowa!». Sí, sí. Por la Virgen de Czestochowa. La Virgen Negra de la que usted es tan devoto). En otras palabras, la Iglesia Católica sabe bien que sin el crucifijo nuestra civilización no existiría. Sabe también que una de las raíces de las que nació esa civilización, la raíz de la cultura grecorromana, no nos fue transmitida por Avicena y Averroes como el Diálogo Euro-Árabe quiere hacernos creer: nos fue

transmitida por San Agustín que había integrado la cultura grecorromana en la teología cristiana unos siete siglos antes de Avicena y Averroes. Y por último sabe bien que sin la irresistible provocación, sin la clamorosa apuesta, hablaríamos también nosotros una lengua que no dispondría del vocablo Libertad. Vegetaríamos también nosotros en un mundo que, lejos de rechazar la muerte, ve en la muerte un privilegio.

\* \* \*

Y sin embargo se comporta como si no lo supiese. Esta Iglesia Católica que, con el pretexto del «querámonos-bien», no se limita a ejercer la Industria de la Beneficencia de la que ya he hablado, es decir la industria gracias a la cual a los inmigrados musulmanes los recibe cuando desembarcan, los esconde en sus albergues, les procura asilo político y subsidios estatales, amén de bloquear sus expulsiones u obstaculizarlas... En Francia, por ejemplo, les cede incluso los conventos y las iglesias. Les construye incluso las mezquitas. (En Clermont-Ferrand fue el propio obispo Dardel el que cedió a los inmigrados musulmanes la gran capilla de las

hermanas de San José, según cuenta Alexandre Del Valle. Capilla que ellos transformaron inmediatamente en mezquita. En Asnières-sur-Seine fue la Congregación Católica la que vendió a los inmigrados musulmanes los edificios más bellos, edificios en los que ellos construyeron una mezquita con una Escuela Coránica aneja. En París fueron los sacerdotes Gilles Couvreur y Christian Delorme los que apoyaron la fundación del Instituto Cultural Islámico de rue Tánger, instituto dirigido por el fundamentalista argelino Larbi Kechai después arrestado por sus vínculos con Al Qaida. En Lyon fue el cardenal Decourtray el que mandó construir la

Gran Mezquita...)). Esta Iglesia Católica que, en el fondo, está de acuerdo con el Islam porque los curas se entienden entre ellos. Esta Iglesia Católica sin cuyo imprimatur el Diálogo perdón el Monólogo Euro-Árabe no habría podido ni comenzar ni mantenerse durante ya más de treinta años. Esta Iglesia Católica sin la cual la islamización de Europa, la degeneración de Europa en Eurabia, nunca habría podido verificarse. Esta Iglesia Católica que calla incluso cuando el crucifijo es ofendido, humillado, definido como un cadaverito desnudo, retirado de las aulas escolares o arrojado desde las ventanas de los hospitales. Que además

calla sobre la poligamia y sobre el repudio y sobre la esclavitud. Porque en el Islam la esclavitud no es una infamia que atañe a los tiempos pasados, señores del Vaticano. En Arabia Saudita fue abolida (en el papel) sólo en 1962. En Yemen, lo mismo. Y en Sudán, Mauritania, en otros países africanos, todavía existe. Sobre la esclavitud en Sudán la Human Rights Commission y el American Anti-Slavery Group publican continuos informes. Que yo sepa, ustedes no. Entre 1995 y 2001 en Sudán la Christian Solidarity International consiguió liberar a 47.720 sudaneses coptos. Que yo sepa, ustedes no. Todos los últimos domingos de septiembre las

Iglesias Evangélicas Americanas (las que no le gustan a Dudù, el Fray Accursio de la Onu) guardan una jornada de luto por los esclavos negros de Sudán y por todos los cristianos perseguidos en el mundo. Que yo sepa, ustedes no. En 1992 el entonces Secretario General de las Naciones Unidas, Boutros-Ghali, denunció la esclavitud en Sudán con mucha dureza y el año 2000 el presidente Clinton la definió como «un crimen contra el género humano». Que yo sepa, ustedes no. Más aún, ustedes llevan a los imanes a Asís. Los santifican sobre la tumba de San Francisco.

Y todo eso mientras vuestra

Conferencia Episcopal se alinea con Mortadela Prodi y con el émulo de Togliatti sobre la cuestión del voto. Y mientras el obispo de Caserta dice las monstruosidades que dice. Mientras, tres días después de la matanza de Nasiriya los Padres Combonianos estrechamente vinculados a los antiglobalización se permiten celebrar la Jornada del Inmigrado, con la sotana blanca frivolidada con la bufanda arco iris se colocan delante de todas las Comisarías y todas las Prefecturas de Italia, distribuyen «Permisos de Residencia en Nombre de Dios». Mientras las banderas pseudopacifistas, ésas que ondean sólo para los enemigos, son

exhibidas por vuestros párrocos en el altar durante la Misa. Y por lo que a sus cómplices rojos y negros, se refiere, bueno: lo que pienso sobre ellos se lo cuento a continuación.

# *CAPÍTULO 10*

Tengo que hacer un par de puntualizaciones, antes de afrontar el discurso sobre los otros dos miembros de la Triple Alianza. Aclarar ante todo que cuando hablo de Derecha e Izquierda no me refiero a dos entidades opuestas y enemigas, la primera símbolo de involución y la otra de progreso. Me refiero a dos alineaciones que como dos equipos de fútbol en lucha por el título persiguen el balón del Poder. Que se lo disputan entre patadas, codazos, golpes

en la espinilla, perfidias de todo tipo. Y que por eso parecen realmente entidades opuestas y enemigas. Pero, si las observas atentamente, te das cuenta que a pesar del diferente color de sus calzoncillos y de sus camisetas ni siquiera son dos entidades distintas. Son un bloque homogéneo, un único equipo que lucha contra sí mismo.

¿Sabes por qué? Porque en Occidente la Derecha ya no existe. La Derecha símbolo de involución, quiero decir. La Derecha ruin, reaccionaria, obtusa, feudal. Como concepto, esa Derecha desapareció con la Revolución Francesa mejor con la Revolución Americana que transformando a la plebe

en Pueblo estableció el principio de la Libertad casada con la Igualdad. Como realidad, se extinguió con la afirmación de la Derecha salida de estas dos revoluciones. Es decir la Derecha ilustrada, liberal, civilizada, la definida como Derecha Histórica. Y para darse cuenta de lo cierto de todo esto basta con echar una ojeada al mapamundi, buscar los países más retrógrados y desgraciados. Aparte de Latinoamérica donde la civilización occidental es un sueño nunca realizado, o ni siquiera perseguido, esos países son todos países de Oriente Medio y de Extremo Oriente y de África. Países musulmanes. Países sojuzgados por los siglos de los siglos

por el Islam. La Derecha ruin, reaccionaria, obtusa, feudal hoy se encuentra sólo en el Islam. Es el Islam.

Por lo que a la Derecha Histórica se refiere, es ya un recuerdo que ha desaparecido incluso de la conciencia de los ciudadanos. Fue una Derecha gloriosa. A mi juicio, una Derecha por así decirlo. Aristocrática, sí, pero revolucionaria. Especialmente en Italia. Con sus soberanos, sus condes, sus marqueses, dirigió el Risorgimento. Lideró las Guerras de la Independencia e incluso Mazzini, en un momento determinado, se dirigió hacia ella. (Carta a Carlos Alberto). Incluso Garibaldi que luchó contra ella, la

respetó. (Encuentro de Teano etcétera). Porque eran una maravilla de hombres, los hombres de aquella Derecha-por-Así-Decirlo. Inteligentes, valientes, y realmente progresistas. Además de honrados. Uno se llamaba Cavour. Otro, Massimo d'Azeglio. Otro, Vincenzo Giobeili. Otro, Carlo Cattaneo. Otro, te guste o no, Víctor Manuel II. De oficio, rey. Nos dieron el liberalismo, ese ramillete de hombres mejor dicho de gentilhombres. Nos dieron las Constituciones, los Parlamentos, la democracia. Nos enseñaron a vivir en libertad. Por ejemplo, dejando circular las ideas que les eran más hostiles. Las ideas republicanas, anarquistas,

socialistas. De hecho en aquel tiempo los italianos respetaban la política. La amaban con la misma pasión con la que hoy aman los partidos de fútbol. En los teatros, en los salones, en las hosterías, en los cafés sólo se hablaba de política. De acuerdo, durante medio siglo el voto sólo lo tuvieron los que no eran pobres y sabían leer y escribir. Las mujeres, ni siquiera cuando eran ricas y sabían leer y escribir. Pero las mujeres no llevaban burkah en ningún sentido. Entre los mil patriotas que Garibaldi se llevó a Marsala también estaban ellas. Con el fusil. La falda hasta los pies, el sombrero y el fusil. (Tengo los nombres y los apellidos de todas. Eran unas

cuarenta, a menudo hermanas o cuñadas o primas, y casi todas procedían de Milán o de Bérgamo o de Varese o de Pavía o de Génova). Con la falda hasta los pies y el sombrerito y el fusil fueron a la guerra, muchas de ellas murieron y, sin embargo, ya en la misma Sicilia se multiplicaron. Cuando Garibaldi llegó a Nápoles, ya eran casi dos mil... Y después desalojaron al Papa, aquel ramillete de hombres mejor dicho de gentilhombres. Le quitaron los Estados Pontificios, lo recluyeron en el Vaticano. Desalojándolo, nos enseñaron el laicismo, el concepto de una Iglesia-libre-en-un Estado-libre. Nos enseñaron también otras cosas que no hay que

desechar. El amor patrio, para empezar. El orgullo de la propia identidad nacional. El sentido del honor, de la disciplina, del decoro. Las buenas maneras, el respeto hacia los ancianos, el valor de la calidad y por lo tanto del mérito. Los mediocres de lo Politically Corret niegan siempre el mérito. Sustituyen siempre la calidad por la cantidad. Pero es la calidad la que mueve el mundo, queridos míos, no la cantidad. El mundo avanza gracias a los pocos que tienen calidad, que valen, que rinden, y no gracias a vosotros que sois muchos y muy tontos. Pero el hecho es que luchar consume, agota. Y mandar corrompe. Poco a poco aquella Derecha

se olvidó de ser una Derecha-por-Así-Decirlo, una Derecha revolucionaria, en 1876 se dejó reemplazar por Agostino Depretis, y dando cabezaditas sobre sus antiguas glorias encaneció. Se quedó dormida.

Tras una quincena de años y durante otros veinte Giolitti le dio una sacudida, es cierto. El sufragio universal, por ejemplo, lo tenemos gracias a los liberales de Giolitti. No gracias a los socialistas de Depretis. Pero la Derecha era ya una vieja señora medio ciega y medio sorda que caminaba apoyándose en un bastón. Un día de lluvia bastaba para hacerla estornudar y, en 1914 cogió una pulmonía de órdago: la Semana

Roja. Aquella bárbara, sangrienta Semana Roja que los sindicalistas y los socialistas, y los anarquistas y los republicanos desencadenaron en Las Marcas y en la Romana dirigidos por Pietro Nenni y Errico Malatesta. Y de la que en 1973 Pietro Nenni me dijo en tono abatido: «¡Qué error cometimos, qué error! ¡Qué estúpidos fuimos, qué estúpidos!». En 1915 cogió otra mucho más grave: la Primera Guerra Mundial. En 1917 sufrió una tercera que la dejó sin resuello: la Revolución Rusa. En 1919 fue agredida por un cáncer que se llamaba Benito Mussolini y que se manifestó con los Fascios de Combate. En 1921 aquel cáncer llegó a la Cámara

de los Diputados haciéndose elegir con el Bloque Nacional, la lista de los liberales que de liberal sólo tenían el nombre. Y un año después murió. A efectos prácticos, suicida. Porque, a pesar de los pecados que había cometido, habría podido superar ese cáncer. Y sin embargo lo apoyó con enorme desfachatez. Por medio de sus parlamentarios, para empezar. A la cabeza aquel Benedetto Croce que de filosofía sabía mucho, que decía cosas inteligentes del cristianismo, pero que desde el principio reverenció y sirvió al fascismo. (Por eso de su tardío arrepentimiento me importa un pito). Y luego, o sobre todo, por medio del

indigno nieto de Víctor Manuel II es decir Víctor Manuel III. El rey enano, enano de cuerpo y de alma, que el 30 de octubre do 1922 es decir tras la Marcha sobre Roma encargó a Mussolini que formara gobierno. Le regaló el país.

Murió sin arrepentimiento, la exgloriosa señora que había liderado el Risorgimento y las Guerras de Independencia. Que nos había dado las Constituciones y los Parlamentos y la democracia y el sufragio universal. Murió como una cortesana cualquiera. Dishonrada, despreciada, sin recordar las nobles cosas que nos había enseñado. Y no renació jamás. De hecho Mussolini no era un hombre de

Derechas. Procedía del partido socialista, de la Semana Roja. Había estado en la cárcel con Nenni, había dirigido el *Avanti!* había elogiado la toma del Palais d'Hiver, había admirado a Lenin y a Trotski. Su Partido Nacional Fascista no era un partido de derechas. Al igual que el Partido Nacional Socialista de Hitler era o quería ser o decía ser un partido revolucionario. Sus Malas Camisas Negras no eran aristócratas a lo Federico Contalonieri o a lo Massimo d'Azeglio o a lo Cavour. Eran proletarios y burgueses, subversivos nacidos en la Izquierda zafia y violenta que ha sido siempre la ruina de Italia. (No en vano han corrido

ríos de tinta sobre las rojas raíces del fascismo, sobre la naturaleza roja del fascismo). Y tampoco era de derechas aquella Democracia Cristiana que caído el fascismo tomó las riendas de Italia y no las soltó durante cuarenta años, El partido democristiano era un partido popular, populista y popular. En cuanto al partido liberal, en la posguerra era ya un fantasma y nada más. Un club de derrotados que, según sus opositores, cabrían todos juntos en una cabina telefónica. Y hoy la palabra Derecha suena como una palabrota. Una especie de blasfemia, de insulto que el propio *Cavaliere* pronuncia con parsimonia y cautela. De hecho la rescata siempre con

el término tranquilizador de Centro, el mismo parapeto detrás del cual la Izquierda se esconde sin pudor, y a la más mínima ocasión cita a De Gasperi o a don Sturzo. (Una vez, es verdad, citó a Luigi Finaudi. Algo que me disgustó mucho por Finaudi. Otra vez, citó incluso a Carlo Rosselli. Algo por lo que quise sacarle los ojos. Pero habitualmente prefiere a los democristianos).

Ergo, dime: ¿en Italia quién es, hoy, de Derechas? ¿Quién utiliza abiertamente la palabra que suena como una palabrota, una blasfemia, un insulto? ¿Quién se identifica con la antiguamente gloriosa señora que murió deshonrada,

despreciada, sin recordar las nobles cosas que nos había enseñado? Ciertamente no los que llaman a su partido Alianza Nacional: histórica e ideológicamente, los restos de un Movimiento Social Italiano (Msi) que a su vez había sido un resto de la mussoliniana República Social. Intérpretes por lo tanto de una Derecha que se distingue de la Izquierda precisamente por aquello que en los estadios distingue un equipo de fútbol del equipo de fútbol rival: el color de la camiseta y de los calzoncillos, la forma de jugar, el número de goles.

Y para darse cuenta basta releer el artículo que el 17 de junio de 1944

(cincuenta y seis días antes de que los aliados liberasen Florencia) apareció en *Italia e Civiltà*, la revista que los republicanitos de Salò imprimían en Toscana. Un artículo que decía: «Sepan, Roosevelt y Churchill y sus compadres, que los fascistas más conscientes siempre han reconocido en el comunismo la única fuerza viva y contraria a la suya. Su verdadero enemigo siempre lo han localizado, más que en Rusia, en la plutocrática Inglaterra y en la plutocrática América. Los fascistas siempre han discrepado en varios puntos con el comunismo, sí, pero en otros muchos están de acuerdo con él. Y precisamente están de acuerdo en lo

que unos y otros no quieren: la vieja sociedad liberal, burguesa y capitalista». Y añadía: «Sepan pues los Roosevelt y los Churchill y sus compadres que, si el Tripartito no lograra la victoria, la mayor parte de los fascistas auténticos se pasarían al comunismo. En él formarían un bloque, y entonces se ampliaría el abismo que hoy separa ya a las dos revoluciones».

Fin de la primera puntualización.  
Pasemos a la segunda.

\* \* \*

Quien no existe no manda. Ergo, quien manda en Italia no es la Derecha. Es la Izquierda. En todas sus formas y colores y disfraces y compromisos históricos y alianzas conocidas o clandestinas. Porque, con el gobierno o sin el gobierno, con el aceite de ricino o con el terrorismo intelectual, entre nosotros la Izquierda manda desde hace al menos ochenta años. Es decir desde que Mussolini subió al poder exhibiendo el frac y el hongo. Y porque, caído él, se cumplió al pie de la letra lo que el anónimo republicanito había anunciado el 17 de junio de 1944 en la revista *Italia e Civiltà*. Los fascistas negros se dieron cuenta de que siempre habían

sido fascistas rojos, los fascistas rojos comprendieron que siempre habían sido fascistas negros, y su oscura vinculación resurgió como si nada hubiese pasado: dos décadas de dictadura, una guerra mundial, una guerra civil, un país semidestruido y cientos de miles de muertos. Mejor aún: resurgió como si se hubiese tratado de una pelea entre amantes, de un malentendido familiar.

Y eso había sido, desgraciadamente. Con poquísimas excepciones. Por eso hay momentos en los que me maldigo por no haberlo visto antes, por haberme dejado tomar el pelo durante buena parte de mi vida. ¡Cielos!, y eso que tenía sólo dieciséis años, cuando la verdad

comenzó a revelárseme. Recuerdo claramente el día en que mi padre volvió a casa pálido de rabia y dijo con voz ronca: «Togliatti ha convencido a todos para concederle la amnistía a los fascistas. Sólo nos opusimos nosotros, los del partido de la Acción, y pronto veremos a los republicanitos los veremos con el pañuelo rojo al cuello». (Era el 1945). Recuerdo incluso la «Recuperación de los Hermanos Camisas Negras» que, siempre en 1945, Togliatti confió a Luigi Longo y a Giancarlo Pajetta. Recuperación ya solicitada en 1936 con el término Reconciliación y que no se produjo porque precisamente en ese mismo año

Stalin había prendido luego a España con la Guerra Civil. Recuerdo incluso la paliza que sufrí en la Universidad de Florencia, en la Facultad de Medicina, en la sede de via Alluni, en 1947 a manos de un estudiante fascista y de otro comunista a los que no les gustaban mis ideas. El primero a bofetadas y el segundo a patadas, en perfecta simbiosis y sincronía, me molieron a palos porque era «filoamericana y filosisionista». Y sin embargo ni siquiera en esa ocasión me di cuenta de nada. (¿Quizá no quería entenderlo?). Este malentendido-familiar sólo llegué a comprenderlo en 1965, gracias a mi tío Bruno que antes de morir me entregó un paquete de

cartas recibidas en los años en los que había sido redactor jefe del *Corriere della Sera*. Cartas enviadas por célebres intelectuales, ahora de izquierdas, que en los Años Treinta y en los primeros Años Cuarenta le reprochaban que no fuese fascista. Una era mejor dicho es (la conservo con escrupuloso cuidado) de Elio Vittorini que con mussolinesca caligrafía le regañaba: «¡Fallaci! ¡Fs usted un tibio! ¡No reconoce la inteligencia del Duce!». Obviamente lo entiendo todavía mejor al leer «El largo viaje a través del fascismo» es decir el libro en el que Ruggero Zangrandi escupía a sus compañeros revelando los nombres de los fervientes comunistas

que habían sido fervientes fascistas. Y sobre todo lo entendí el día en que Pietro Nenni me contó su último encuentro con un tal Beni, que yo no sabía quién era. Un encuentro que tuvo lugar en el mes de junio de 1922 en Cannes donde concluida no sé qué conferencia internacional se habían puesto a discutir sobre el disenso que los separaba desde 1920, y discutiendo se habían encaminado a lo largo de la Croisette. Discutiendo habían seguido caminando toda la noche hasta que hacia el alba habían llegado al paseo marítimo de Niza donde incapaces de decirse adiós habían permanecido hasta la salida del sol. Pero de pronto se lo

dijeron, «Adiós Pietro», «Adiós Beni», y fue entonces cuando sin poder contener más la curiosidad, exclamé: «Perdone, Nenni, pero, ¿quién era ese tal Beni? Nunca he oído hablar de él». Mis palabras le ofendieron mucho. «¡¿Nunca has oído hablar de éééél?! Digo Beni por decir Benito, Benito Mussolini, ¡¿nooo?! Yo le llamaba Beni, éramos amigos, ¡¿nooo?! Tras la Semana Roja habíamos sido incluso compañeros de celda y nos queríamos, ¡¿nooo?!». Después, descontento consigo mismo por haberse enfurecido, se calmó. Y para demostrarme lo mucho que se habían querido me contó que en 1943, cuando las SS lo detuvieron para

deportarlo a Alemania, había sido Beni el que le había salvado la vida. El que había detenido el vagón catapultado desde el Brennero, el que consiguió que en vez de a un campo de concentración los alemanes lo enviaran al exilio a la isla de Ponza. Con voz ronca me confió también que el 28 de abril de 1945, cuando Beni fue fusilado por los partisanos, en el *Avanti!* dio la noticia con un titular muy duro: «Se ha hecho justicia». Sin embargo, inmediatamente después, se fue a un aparte y se echó a llorar.

Sí, sí: manda desde hace por lo menos ochenta años esta Izquierda que parió a Mussolini, que con los

Hermanos-Camisas-Negras mantuvo siempre un oscuro vínculo, y que dejémonos de hipocresías: en los últimos cincuenta años nos ha seguido dando un montón de disgustos. Aunque también nos ha dado dos o tres alegrías, lo admito. La primera es la de haber contribuido de una forma determinante a ganar el referéndum sobre la República. Porque muchos querían la República. El único al que no le importaba gran cosa era a Paimiro Togliatti que soñaba con una revolución con sello ruso y que para conseguirla estaba dispuesto incluso a quedarse un poco más con los Saboya. Pero sin socialistas como Pietro Nenni y sin comunistas desenvueltos como

Togliatti nunca la habríamos conseguido, y hoy en el Quirinal tendríamos durmiendo todavía a los nietos del rey enano. La segunda es la de habernos ayudado de una forma también determinante a ganar el referéndum sobre el divorcio. Porque en el fondo del corazón todos deseaban el divorcio. Pero la Iglesia Católica y la Democracia Cristiana habían levantado un muro de hierro, y sin los comunistas que en aquella ocasión se resarcieron de la infamia cometida en la Constituyente el divorcio nunca lo habríamos conseguido. La tercera es la de haberse dado cuenta (más vale tarde que nunca) de que si Italia se hubiese convertido en

un satélite de la Urss en los gulags habían terminado incluso ellos. Por lo tanto, habernos dejado entrar en la Otan. Sin embargo las culpas superan ampliamente a los méritos, y son tantas que si existiese el Infierno, caerían todos de cabeza en las fauces de Lucifer. Una de esas culpas (ya lo dije hace dos años pero lo repito gustosa mente) es el terrorismo intelectual es decir el Si-No Piensas-Como-Yo-Eres-un-Cretino-e-incluso-un-Delincuente, que, por medio de cineastas, periodistas, maestros de escuela, profesores universitarios, ha envenenado a dos generaciones. Y que ahora está envenenando a la tercera. (Hablemos cara a cara, señores: las

Brigadas Rojas no salieron del cerebro de Cavour. Salieron del vientre de la Izquierda. A los antiglobalización y los sedicentes pacifistas que al igual que las Brigadas Rojas difunden el más vil fascismo y el más estúpido antiliberalismo no los ha creado mi tía. Los ha creado la Izquierda). Otra culpa es la de haber alimentado la falta de educación política de los italianos.

Por el amor de Dios, ha pasado ya casi un siglo desde la Semana Roja. Medio siglo, desde el eslogan «Que venga Bigotazos». Y sin embargo los italianos siguen expresándose por medio de los comicios oceánicos, los cortejos fluviales, los corros amenazadores, las

manifestaciones pacifistas, el griterío, los coches volcados y quemados y las huelgas salvajes de los arrogantísimos sindicatos. Situaciones en las que siempre aparece la cara de un líder comunista o excomunista que se esconde entre la multitud pero al mismo tiempo intenta hacerse notar. Habitualmente es de aquellos que cuando escribía contra la guerra de Vietnam desde Saigón, es decir desde la parte ocupada por los americanos, se ponían en pie para aplaudirme. En cambio cuando escribía desde Hanoi es decir cuando contaba las monstruosidades del régimen comunista, me comían viva. Si no es uno de ellos, es uno de los desdeñosos que en la

época de Tangentopoli mostraban las manos recién lavadas por la amnistía de 1989, y en un vibrar de bigotitos deletreaban: «Nosotros-tenemos-las-manos-limpias». (Y paciencia qué le vamos hacer si con la amnistía de 1989 aquellas manos se las habían limpiado sólo de los miles de millones con los que la Unión Soviética había llenado desde siempre los bolsillos del sardanapalesco Partido Comunista Italiano. Y qué le vamos hacer si aquellas manos transpiraban todavía la suciedad de los cooperativistas pecados que los jueces de buen corazón habían obligado silenciar). Y todo eso sin tener en cuenta la culpa de la que no se habla

nunca. Es decir el desierto al que tal Izquierda ha arrojado a tantos italianos. Un desierto en el que la sed te consume porque la falta de respeto y la desconfianza no dejan que caiga jamás una gota de agua, que crezca jamás una brizna de hierba. Y por otra parte, es inútil intentar regarlo...

*Paréntesis.* Hasta los treinta años intenté regarlo. Sobre todo, con Pietro Nenni, ya octogenario y absolutamente consciente de lo que andaba buscando. Existía una relación afectuosa entre Nenni y yo. El mismo tipo de complicidad que hay entre abuelo y nieta. Por eso iba a menudo a verlo a su chaletito de Formia o a su ático de

piazza Adriana en Roma, con una gran terraza desde la que se ve Castel Sant'Angelo, y esas visitas aliviaban un poco mi sed. Pero nunca la saciaban. Por ejemplo, el día en que en Formia le pregunté por qué la Izquierda no conseguía ser liberal. Y él sacudió la cabeza y respondió: «Mi niña, no se puede conciliar al diablo con el agua bendita». O el día que en Roma le mostré la calumnia que *Critica Sociale*, la revista del Partido Socialista Italiano, me había infligido. Un artículo en el que se decía que el falso accidente automovilístico en el que había muerto Alekos Panagulis lo había causado yo regalándole un Fiat defectuoso. Con el

artículo, una portadilla en la que bajo mi fotografía estaba escrito a grandes caracteres: «Éste es el auténtico asesino de Panagulis». Ese día recuerdo que él estaba en la terraza sentado en una silla de ruedas. Sobre las piernas tenía una mantita escocesa azul y roja, a sus espaldas el ángel de Castel Sant'Angelo. Diciéndole Nenni-mire-lo-que-me-han-hecho le mostré la calumnia, y él cerró los ojos. Después, con un hilo de voz, mur muró: «Si supieses lo que me hicieron a mí... Mi niña, cuando defiendo a los hombres yo no me refiero a los hombres. Me refiero a la idea platónica del Hombre. Al Hombre con h mayúscula». Lo intenté también con

Sandro Pertini. Lo veía en el Quirinal donde Pettini hacía de presidente de la República y donde de vez en cuando me invitaba a comer. Frugales comidas preparadas por un cocinero que ponía demasiada sal en la sopa» amigables tête-à-tête que se prolongaban con el café en el salón lleno de lámparas y halagos y embrujos. Pertini era un gran tipo. Decía que me quería mucho y creo que a su forma era cierto. Pero desde aquel salón lleno de lámparas y lisonjas y embrujos no se veía el desierto que había que regar. Por eso un día me di cuenta de que la comida del Quirinal estaba realmente demasiado salada, y decidí no volver a comerla. Durante

algún tiempo probé incluso con Giorgio Amendola. Y probé porque Amendola era bastante inteligente e hijo de un gran liberal. En nuestras conversaciones parecía imposible que hubiese sido un ciego admirador de Stalin, un compañero del estudiante comunista que junto al estudiante fascista me había molido a golpes en el pasillo de la Facultad de Medicina. Además era un hombre lleno de finura y delicadeza. Por ejemplo en el niño de mi novela «Carta a un niño que nunca nació», veía a su hija muerta a los cuarenta años, y mientras me lo decía se le humedecían los ojos.

Pero si lo enfrentaba ante las culpas

de su partido se escurría. Una vez le conté la paliza de Florencia, y en vez de condenarla centró la conversación sobre su gran amigo Galeazzo Ciano, hijo del Costanzo Ciano que la emprendió a bofetadas con Toscanini y yerno de Mussolini que le mandó fusilar en 1944 en Verona. Con un brillante quiebro se lanzó a contarme un encuentro que tuvo en Capri donde él estaba de vacaciones con-una-bellísima-americana y donde Ciano se encontraba de luna de miel con la hija del duce. Esto sacó a flote el malentendido familiar y... En un momento determinado probé incluso con Giancarlo Pajetta, el comunista por el que sentía curiosidad por el encargo que

le había confiado Togliatti en la posguerra y porque cuando quería era simpático. Con la esperanza de que se produjera algún tipo de entendimiento una tarde acepté su invitación a cenar e incluso me obligué a utilizar el jacobino «tú» que él imponía a todo el mundo. Un tratamiento que rechazo porque creo que el «tú» es un privilegio que se concede sólo a los familiares, a los amantes, a los amigos íntimos, a los niños, o a las personas con las que hemos estado en la guerra. Terminada la cena le pregunté: «Giancarlo, ¿si el partido te ordenase fusilarme, lo harías?». Pensaba que iba a soltar una carcajada. Pero se quedó muy serio. Y muy serio reflexionó un par

de segundos y a continuación respondió: «Claro». *Cerrado el paréntesis.*

Pero la mayor culpa con la que se manchó la Izquierda durante los últimos cincuenta años no es siquiera la de habernos quitado la confianza y el respeto por la política, la de habernos arrojado a un desierto donde no cae una gota de agua y no crece una brizna de hierba. Es la culpa de haber favorecido, junto a la Iglesia Católica y a los restos del Movimiento Social Italiano, la islamización de Italia. Es obvio que Europa se ha convertido en Eurabia porque en todos los países la Izquierda se ha comportado como se ha comportado y se comporta en Italia.

Ahora te digo por qué.

# *CAPÍTULO 11*

En 1979 es decir el año en el que los mulás y los ayatolás expulsaron al Sha e instauraron la República Islámica de Irán, Jomeini desempolvó varias Suras del Corán. En concreto, las relacionadas con el comportamiento sexual de los chiítas. Sobre dichas Suras redactó una serie de normas que reunió en un vademécum llamado «Libro Azul», y algunas partes del «Libro Azul» fueron publicadas en Italia con el irónico título de «I Dieci Khomeindamenti» (Los Diez

Jomeindamientos). Hace algún tiempo los Diez Jomeindamientos (que además son al menos una veintena) volvieron a caer en mis manos. Los releí y... Uno dice: «Si una mujer tiene relaciones carnales con su futuro marido, tras haberla esposado éste tiene derecho a exigir la anulación del matrimonio». Otro dice: «Es pecado el matrimonio con la propia hermana, la propia madre o la propia suegra». Otro dice: «El hombre que ha mantenido relaciones sexuales con su propia tía, no puede casarse con la hija de ésta es decir con su prima». Otro: «La mujer musulmana no puede casarse con un hereje y el hombre musulmán no puede casarse con

una hereje. Pero el hombre musulmán puede vivir en concubinato con mujeres hebreas y cristianas». Otro: «Si un padre tiene tres hijas y quiere casar a una, en el momento del matrimonio debe especificar qué hija otorga». Otro: «El matrimonio puede ser anulado si tras la boda el esposo descubre que la esposa es coja o ciega o tiene la lepra u otras enfermedades de la piel». Otro (realmente tremendo porque se refiere a las esposas de nueve años, edad en la que se admite el matrimonio): «Si un hombre se casa con una menor que ha cumplido los nueve años y le rompe inmediatamente el himen, no puede tomarla más». Otro (todavía más

tremendo porque de él se deduce que una niña puede ser poseída antes de haber cumplido los nueve años): «Si una mujer viuda o repudiada no ha cumplido los nueve años, puede casarse inmediatamente después de la viudez o del repudio sin esperar los cuatro meses y diez días prescritos. Y eso aunque haya mantenido recientemente relaciones íntimas con su primer marido». Otro: «Si la mujer no obedece al marido y no está siempre a su disposición para el placer de él o busca excusas para no hacerle gozar, que el marido no le dé ni comida ni ropa ni casa». Otro: «La madre y la hija y la hermana de un hombre que ha mantenido relaciones

anales con otro hombre no pueden casarse con este último. Pero si este último ha mantenido o mantiene relaciones anales con un pariente político, el matrimonio sigue siendo válido». Por último: «Si un hombre ha mantenido relaciones sexuales con un animal, por ejemplo con una oveja, no puede comer su carne. Caería en pecado».

Los releí y sufrí una especie de enfermedad. Porque recordé que en 1979 la Izquierda italiana mejor dicho la europea se había enamorado de Jomeini como ahora está enamorada de Bin Laden, de Sadam Husein, de Arafat, y me dije: Santo cielo, la Izquierda es hija

del laicismo. Es laica. ¿Cómo es posible entonces que hable de revolución a propósito de la iraní?! La Izquierda habla de progreso. Siempre lo ha hecho, desde hace un siglo aclama al Sol del Futuro ¿Cómo es posible que fornicque con la ideología más retrógrada y más represiva de la tierra?

La Izquierda surgió en Occidente. Es occidental, pertenece a la civilización más evolucionada de la Historia. ¿Cómo es posible que se reconozca en un mundo en el que hay que explicar que casarse con la madre es pecado y recomendar que no se coma a la amante si la amante es una oveja?! ¿Cómo es posible que aplauda a un mundo en el

que una niña puede ser viuda o ser repudiada a los nueve años o incluso antes de tener nueve años? Sufrí una especie de enfermedad, sí. De obsesión mejor dicho. Les preguntaba a todos: «¿Tú lo entiendes, usted entiende por qué la Izquierda está de parte del Islam?». Y todos respondían: «Claro que sí. La Izquierda es tercermundista, antiamericana, antisionista. Y el Islam, también. Por lo tanto en el Islam ve lo que los brigadistas llaman su aliado natural». O bien: «Simple. Con el hundimiento de la Unión Soviética y el resurgir del capitalismo en China, la Izquierda ha perdido sus puntos de referencia. Ergo, se aterra al Islam como

a su tabla de salvación». O bien: «Obvio. En Europa, el auténtico proletariado ya no existe y una Izquierda sin proletariado es como un tendero sin mercancía. La Izquierda encuentra en el proletariado islámico la mercancía que ya no tiene, es decir una futura reserva de votos que embolsarse». Pero, si bien todas las respuestas contenían una verdad indiscutible, ninguna tenía en cuenta los razonamientos sobre los que se basaban mis preguntas. Por eso seguí atormentándome, desesperándome, y eso duró hasta que me di cuenta de que mis preguntas estaban equivocadas.

Estaban equivocadas, ante todo, porque nacían de un residuo de respeto

por la Izquierda que había conocido o creído conocer de niña. La Izquierda de mis abuelos, de mis padres, de mis compañeros muertos, de mis utopías infantiles. La Izquierda que ya no existe desde hace más de medio siglo. Estaban equivocadas, además, porque nacían de la soledad política en la que siempre viví y que en vano esperé aliviar intentando regar el desierto precisamente con quien lo había creado. Pero sobre todo eran preguntas equivocadas porque estaban equivocados los razonamientos o mejor dicho los presupuestos en los que se basaban. Primer presupuesto, que la Izquierda es laica. Pues no: aun siendo

hija del laicismo, de un laicismo parido por el liberalismo y por lo tanto no conforme con él, la Izquierda no es laica. Por mucho que se vista de rojo o de rosa o de verde o de blanco o de arco iris, la Izquierda es confesional.

Eclesiástica. Lo es por derivarse de una ideología de cuño religioso es decir de una ideología que se acoge a la Verdad Absoluta. De una parte el Bien y de la otra el Mal. De una parte el Sol del Futuro y de la otra la total oscuridad. De una parte sus fieles y de la otra los infieles más bien los perros-infieles. La Izquierda es una Iglesia.

Y no una Iglesia similar a las Iglesias surgidas del cristianismo y por

lo tanto en cierto modo abiertas al libre albedrío, sino una Iglesia similar al Islam. De hecho, al igual que el Islam se considera besada por un Dios guardián del Bien y de la Verdad. Como el Islam nunca reconoce sus culpas y sus errores. Se considera infalible, nunca pide perdón. Como el Islam pretende crear un mundo a su imagen y semejanza, una sociedad construida sobre los versículos de su profeta Karl Marx. Como el Islam esclaviza a sus propios fieles, los intimida, los vuelve cretinos aunque sean inteligentes. Como el Islam no acepta que pienses de una forma diferente y si piensas de una forma diferente te desprecia. Te denigra, te

procesa, te castiga, y si el Corán o sea el Partido ordena fusilarte te fusila. Como el Islam es antiliberal en fin. Autocrática, totalitaria, incluso cuando acepta el juego de la democracia. No en vano el noventa y cinco por ciento de los italianos convertidos al Islam proceden de la Izquierda o de la Extrema Izquierda rojinegra. El noventa y cinco por ciento de los musulmanes nacionalizados italianos, ídem. (El canalla que no quiere el crucifijo en las escuelas o en los hospitales y que escribe a sus hermanos Id-a-morir-con-la-Fallaci procede de la Extrema Izquierda rojinegra. Su compinche estuvo incluso en la cárcel por sospecha

de connivencia con las Brigadas Rojas). Como el Islam, por último, la Izquierda es antioccidental. Y el motivo por el que es antioccidental te lo digo yo con un extracto del ensayo que en los Años Treinta escribió el liberal austriaco Friedrich Hayek a propósito de la Rusia bolchevique y de la Alemania nacionalsocialista. Ahí lo tienes.

«Aquí no sólo se abandonan los principios de Adam Smith y de Hume, de Locke y de Milton. Aquí se abandonan las características más básicas de la civilización desarrollada por los griegos y los romanos y el Cristianismo, es decir de la civilización occidental. Aquí no se renuncia sólo al

liberalismo del XVIII y del XIX, es decir al liberalismo que completó dicha civilización. Aquí se renuncia al individualismo que gracias a Erasmo de Rotterdam, a Montaigne, a Cicerón, a Tácito, a Pericles, a Tucídides, heredó dicha civilización. El individualismo, el concepto de individualismo, que a través de las enseñanzas proporcionadas por los filósofos de la antigüedad clásica, del Cristianismo, del Renacimiento y de la Ilustración nos ha hecho tal y como somos. El socialismo se basa en el colectivismo. El colectivismo niega el individualismo. Y el que niega el individualismo niega la civilización occidental».



Asunto: si Hayek está equivocado y yo estoy equivocada, si la similitud entre la Izquierda y el Islam no existe, dime por qué precisamente durante los gobiernos de la Izquierda roja y verde y rosa y blanca y arco iris la Triple Alianza ha entregado Italia al Islam. Dime por qué precisamente en esos años la invasión islámica se reforzó, se estabilizó, y hoy los inmigrantes son musulmanes en su inmensa mayoría. (Al menos dos millones y medio es decir el 4,3% de la población italiana. Y el

5,6% en el Centro y en el Norte de Italia. Un porcentaje que iguala y a veces supera el de las ciudades inglesas o francesas o alemanas más invadidas). Dime por qué precisamente en esos años las mezquitas se han multiplicado y en las mezquitas se han empezado a confeccionar documentos falsos, a coleccionar material de Al Qaida, a reclutar terroristas para mandarlos a Bosnia o a Chechenia o a Afganistán. Dime por qué precisamente en aquellos años las fuerzas policiales se ablandaron, los gobernadores civiles y los jefes de policía comenzaron a tratar a los inmigrantes con suma cortesía, y los carabineros recibieron órdenes de

no reaccionar cuando el clandestino les insulta o les amenaza. Dime por qué precisamente en aquellos años los magistrados de la Izquierda se dedicaron a proteger a los hijos de Alá favoreciendo la llegada de sus familiares, obstaculizando su expulsión, cerrando los ojos ante los casos de poligamia y no raramente excarcelando por defecto-de-forma a los que estaban en posesión de armas o de explosivos. (Esos magistrados son ya tan numerosos que, además de rechazar el recurso de un albanés condenado por haber traído a Italia a una prostituta de dieciséis años, en 2003 el Tribunal de Casación criticó la vigente Ley Bossi-Fini y alabó la

difunta Ley Turco-Napolitano. De esta última dijo que «había puesto las bases de una convivencia civil». De la otra, que «se centra sólo en el orden público o interpreta de una forma unilateral las normativas europeas»).

Dime también por qué, siempre en aquellos años comenzaron a verificarse tantos casos inaceptables. El caso del director y de los maestros de una escuela de enseñanza media de la provincia de Cuneo que declaran Día de Vacación el comienzo del Ramadán, por ejemplo. O el caso de la profesora *diessina* que en un colegio de enseñanza media de La Spezia quita el crucifijo de la pared para complacer a un escolar

islámico. (Un escolar perteneciente a una familia de nómadas temporalmente acampados en la zona). El caso de las maestras *arcobalenisteque* en una escuela primaria cerca de Como expulsan al alcalde de la Liga Norte porque fue a distribuir regalos de Navidad, vestido de Papá Noel. («Al vestirse de Papá Noel y traer esos regalos cometió un gesto políticamente incorrecto. La Navidad irrita a los islámicos y no debe considerarse una fiesta religiosa» dijeron las muy imbéciles). O el caso de la maestra que en una escuela primaria de Puglia prohíbe poner el Belén, y aunque los niños lloran queremos-el-Belén,

queremos-el-Belén, el alcalde *diessino* se alegra. O el caso de la guardería de Val d'Aosta donde los padres del único niño musulmán informan a la directora de que no les gustan ni siquiera los villancicos de Navidad que cantan en clase, comenzando por el «Tú bajas de las estrellas» oh Rey del Cielo»... Un elenco al que hay que añadir el caso que a comienzos de 2004 enfangó una de las regiones más incurablemente rojas de Italia es decir la Toscana, y en particular la ciudad que desde hace medio siglo es esclava de la Izquierda es decir Florencia. En definitiva el caso de la llamada Vía Italiana de la Infibulación. Una Vía descubierta y propagada por un

ginecólogo somalí que desde hace nueve años trabaja en la Maternidad de Careggi, el público y glorioso hospital florentino.



*Paréntesis.* ¿Sabes, realmente, en qué consiste la infibulación? Es la mutilación que los musulmanes imponen a las niñas para impedirles, una vez que hayan crecido (o incluso antes, si se casan a los nueve años), gozar del acto sexual. Es la castración femenina que

los musulmanes practican en veintiocho países del Africa islámica y por la que todos los años dos millones de criaturas (cifra proporcionada por la World Health Organization) mueren por infección o desangradas. ¿Sabes en qué consiste realmente? Consiste en cortar el clítoris es decir el órgano genital situado en la parte superior de la vulva, después amputar los pequeños labios y coser los labios grandes dejando sólo una fisura para orinar. Perversidad que a menudo es realizada por la madre con las tijeras o con el cuchillo, con una aguja normal y con hilo normal es decir sin instrumentos esterilizados y sin forma alguna de anestesia. De hecho en

Europa la práctica está prohibida por el Código Penal y en Italia la Comisión de Justicia y Asuntos Sociales del Parlamento aprobó un proyecto de ley que prevé condenas de seis a doce años de cárcel para el que la realice. Pero, al parecer decidido a salvar el principio no a abolirlo, a comienzos de año el citado ginecólogo propuso una componenda que consiste en sustituir por una «perforación de alfiler» la amputación del clítoris y de los labios pequeños y la sutura de los labios grandes. «Se trata de una intervención que provoca sólo una herida momentánea. Una soft-infibulation, en definitiva, que permite salvar el rito»

explica «así la niña puede volver de inmediato a su casa y festejar esa especie de bautizo». Después, pidió el imprimatur del *diessino* Presidente de la Región Toscana que en vez de rechazar el procedimiento de inmediato lo pasó al *diessino* Asesor de Sanidad que a su vez lo pasó al Presidente del Colegio de Médicos de Toscana y Vicepresidente del Consejo Sanitario Regional y miembro del Consejo de Administración de la Agencia Regional de Sanidad y del Centro de Estudios para la Salvaguarda y Documentación de la Sanidad Florentina así como Presidente del Comité Unitario de las Profesiones en Toscana y Coordinador del Colegio

Médico de Toscana y Director de la revista *Toscana Medica* y miembro de la Comisión de Bioética de la Región Toscana y redactor del Código Deontológico de los Médicos. ¿Y sabes qué dijo este pluricondecorado al que no acudiría ni para que me quitase un padrastro? Dijo: «Los problemas deontológicos hay que dejarlos de lado y por lo tanto respetar este rito antiquísimo. Personalmente soy partidario de que el proyecto del colega somalí llegue a puerto». Más aún. Cuando Carolina Lussana, de la Liga Norte, llevó el caso a la Cámara de los Diputados y hablando de costumbre bárbara solicitó a todos los políticos

que interviniesen, las colegas de Centro-Izquierda la invitaron a cerrar el pico. Y sólo en el momento en que las protestas explotaron a nivel nacional se prohibió la soft-infibulación de los cuatro. Lo que no excluye de hecho que, bajo cuerda, los problemas deontológicos no puedan seguir dejándose de lado.

*Cartita.* «No-ilustre presidente de la Región Toscana, no-ilustre Asesor de Sanidad Pública de la misma, no-ilustre ginecólogo somalí de la Maternidad de Careggi, no-ilustre presidente del Colegio de Médicos de la Toscana, etc., etc., etc. Siete veces etcétera. No me molestaré en explicarles que la ética se basa en principios, que los principios no

se pueden engañar con componendas y con astucias, que por lo tanto el tema no consiste en hacer menos dolorosa y menos peligrosa la infibulación: el tema es prohibirla, impedirla, castigarla independientemente de la forma en que se haga. En vista de que los principios ustedes los dejan a un lado, que anteponen a ellos ritos antiquísimos, sería inútil explicárselo. No me molestaré tampoco en recordarles que la infibulación es el equivalente a la castración es decir otro “antiquísimo rito” que transforma los gallos en capones, los toros en bueyes y a los hombres en eunucos. Que en Occidente se practicó durante muchos siglos con el

fin de conseguir voces-blancas, y que en el >XVIII los Ilustrados consiguieron que se aboliera tachándolo con la palabra “barbarie”. Supongo que ya lo sabían. Para mi propio disfrute me molestaré sin embargo en recordarles que existen dos formas de castración. Una cruenta y otra incruenta o soft. La cruenta se realiza, esencialmente, de la misma forma en la que se hace la infibulación, con las tijeras o el cuchillo. Consiste en cortar los testículos como se corta el clítoris. Y para cortarlos se cierra cada uno de los cordones testiculares con una tenaza de pinzas redondas, se interrumpe el flujo sanguíneo y, ¡zas, zas! Algo quizá no tan doloroso como el corte del

clítoris y de los labios pequeños o la sutura de los grandes, pero muy desagradable. La incruenta o soft consiste en cambio en eliminar los testículos sin cortarlos, es decir atrofiarlos con sustancias químicas. Y con tan poco dolor como “la perforación del alfiler”. En ambos casos sin embargo los efectos son devastadores tanto en sentido físico como psicológico, neurológico, mental, de personalidad. Porque en ambos casos el castrado se vuelve obeso, pierde la barba y el pelo y el vello, pierde el deseo sexual y es víctima de violentísimas crisis histéricas o precozmente seniles. Peor: su

inteligencia se apaga. Degenera en idiotez o en locura, por mucho que gorjee como un ángel las alabanzas del Señor o los solos de Violetta en *La Traviata*. Como ser humano ya no vale nada, y para sobrevivir tiene que resignarse a hacer el papel de eunuco en un harén del Yemen o de Sudán. Apelando a la par-condicio les deseo que terminen ustedes en un harén del Yemen o de Sudán haciendo de eunucos. Los cuatro. Castrados, obesos, sin pelos, agilipollados, hombres que ya no son hombres. Y no sólo se lo deseo sino que, en nombre de las niñas musulmanas infibuladas o por infibular con las tijeras o con el alfiler, además de por

encargo de la mujeres musulmanas que me dan las gracias y me quieren bien, me ofrezco como justiciera. No con el sistema “soft”, quede claro, sino con el que requiere tenazas de pinzas redondas. ¡Zas-zas!, ¡zas-zas!, ¡zas-zas!, ¡zas-zas! *Fin de la cartita y cierre del paréntesis.*

\* \* \*

Si Hayek está equivocado y yo estoy equivocada dime para terminar por qué, precisamente en los años en los que la

Izquierda roja y verde y rosa y blanca y arco iris gobernaba, aumentó en Italia la inmigración en un inexorable crescendo. Es decir por qué a finales de 1996 los extranjeros en Italia habían pasado ya del 1,6 al 1,9 por ciento. En 1997, al 2,2 por ciento. En 2001, al 2,4 por ciento. Y esto sin tener en cuenta a los clandestinos. Dime por qué precisamente en aquellos años aumentaron las llamadas reunificaciones-familiares en un crescendo también inexorable. (El 45 por ciento de los recién llegados, las mujeres que se habían quedado en patria. De hecho fue entonces cuando los nacimientos de los niños extranjeros

comenzaron a multiplicarse de la forma que ya sabemos). Dime también por qué precisamente en aquellos años en las cárceles el número de extranjeros alcanzó el 10 por ciento, y por qué en 1998 los clandestinos aumentaron un 15 por ciento respecto a 1997. En 1999, un 15,8 por ciento respecto a 1998. En 2000, un 25 por ciento respecto a 1999. Dime también por qué sus expulsiones se convirtieron en una farsa. Por qué en 1998 y 1999 cincuenta y seis mil órdenes de expulsión (cincuenta y seis sobre setenta mil) no se efectuaron y los supuestamente expulsados permanecieron en Italia y no fueron detenidos. Dime por qué se aprobó la

ley de que, en el caso de los clandestinos no se consideraba delito la negativa a proporcionar su propia identidad o a revelar el país del que procedían. Pero sobre todo dime por qué precisamente en aquellos años el delirio del antiamericanismo (un antiamericanismo que a fin de cuentas es un antioccidentalismo) creció de una forma exasperada y directamente proporcional a la receta del pluriculturalismo predicado sólo para los musulmanes. (Nunca para los budistas, o los hinduistas o los confucianos). Dime por qué precisamente en aquellos años los llamados opuestos extremismos

rojinegros llegaron a ser dos almas gemelas y se pusieron a berrear juntos «God smash America, Dios haga pedazos a America», o a chillar juntos contra las «plutocracias reaccionarias de Occidente». Eslogan, el primero, bastante parecido a aquel que durante la Segunda Guerra Mundial difundían los Camisas Negras llevando en la solapa de la chaqueta un distintivo que advertía: «Dios maldiga para siempre a los ingleses». Fraseología igual a la que el 10 de junio de 1940 utilizó Mussolini en el balcón del Palazzo Venezia para su declaración de guerra. *«¡Italianos! ¡Vayamos a luchar contra las democracias plutocráticas*

*reaccionarias de Occidente!».*

Y esto no es todo.

# *CAPÍTULO 12*

Y no es todo porque no es sólo la soldadesca de la Triple Alianza la que suministra el veneno del filoislamismo, más aún del islamismo esposado con el antiamericanismo más bien con el antioccidentalismo. Los maestros y las maestras de escuela y punto, los profesorcitos y punto, los parlamentarios y punto, los curas y los obispos y los cardenales y punto. Son también los que gestionan el diario lavado de cerebro de los italianos es

decir los medios de comunicación. Tengo ante mis ojos las primeras páginas de los periódicos que el 15 de diciembre de 2003 anunciaron la captura de Saddam Husein. Elijo uno al azar, y junto a la archiconocida foto del derrotado con barba sucia, ¿qué veo? Un feroz mensaje antiamericano transmitido a través de una viñeta digna del mussoliniano Dios-Maldiga-para-siempre-a-Ios-Ingleses. (O de las caricaturas con las que durante la Segunda Guerra Mundial la prensa del régimen se burlaba de Winston Churchill y de Franklin Delano Roosevelt).

Retrata a un odioso Bush que subido a un pedestal de Julio César, con una

gran corona de laurel en la cabeza, levanta la manaza y separa los dedos en señal de victoria. Sentado a su espalda, un minúsculo Berlusconi que metiendo la cabecita dentro de aquella enorme corona separa a su vez los dedos. ¿Y dónde se encuentra el feroz mensaje? Precisamente en el interior del artículo con el que un brillante y honesto investigador (par-condicio) alaba la lección de civismo que con la incruenta captura América ha dado a Europa. Resultado: ante ese Sadam Husein que mataba a su propia gente, la torturaba, la asfixiaba con gases, la enterraba viva, pero que ahora está vencido y se deja quitar los piojos y que un delicadísimo

oficial médico de los Marines le examine la boca, el lector siente una especie de piedad. (Y de la piedad a la simpatía sólo hay un corto paso). En cambio hacia el vencedor en el pedestal siente antipatía o incluso una especie de repugnancia, por lo tanto el artículo del brillante y honesto experto lo leerá con el ceño fruncido o no lo leerá en absoluto.

Ve o mejor vuelvo a ver el noticiario que la tarde del 15 de diciembre de 2005 emitió la Rai y que grabé por casualidad. Noticiario en el que, deletreando con voluptuosidad la palabra «imperio», el corresponsal en Nueva York informó a los italianos que

América había coronado a Bush «emperador» en el National Building Museum de Washington. Y como el National Building Museum no es el Campidoglio y América no es un país de reyes y emperadores, hice una pequeña encuesta y adivina qué descubrí. Descubrí que Bush había ido a dicho museo para asistir al concierto anual benéfico del Children National Medical Center, es decir el hospital infantil. Que allí había lanzado un sermoncito sobre las dulzuras del período navideño y había sido aplaudido, sí, pero no había recibido ni siquiera una medalla de latón. Sin embargo, estoy segura de que, al escuchar las palabras de aquel

periodista, muchos italianos creyeron que América le había tributado realmente un homenaje imperial a Bush. Que en el National Building Museum de Washington lo había aclamado como triunfador, como a un Julio César vencedor de Pompeyo y con derecho ya pues a vestir de púrpura, a acuñar monedas con su efigie. Así en los que además del noticiario vieron la viñeta con la enorme corona de laurel, el antiamericanismo aumentó a simple vista. Y la dependencia del Islam, ídem.

Un lavado de cerebro a la vez tosco y refinado, ignorante y educado. El lavado de la técnica publicitaria. ¿En qué se basa, en concreto, la técnica

publicitaria? En los esquemas emblemáticos. En las fotografías, en las frases ingeniosas, en los eslóganes. En las imágenes gráficas que atraen la vista, en la paginación que coloca en el sitio justo la viñeta injusta. En suma, en los impactos visuales, en los shocks epidérmicos es decir irracionales. Nunca en conceptos, nunca en razonamientos que inducen a la gente a reflexionar sobre una idea o un hecho. Piensa en el eslogan Viaje-de-la Esperanza, mucho más difundido e insistente que el Libertad-Igualdad-Fraternidad de Napoleón. Piensa en la imagen del musulmán ahogado mientras intentaba llegar a Lampedusa en barca.

Es verdad que, a veces, el lavado de cerebro se basa también en estrategias que parecen encerrar un concepto, solicitar un razonamiento. En la entrevista lastimera, por ejemplo, o en el artículo-lacrimógeno... ¿Qué es el artículo lacrimógeno? Muy sencillo. Es la historia del niño iraquí o palestino, nunca israelí, que es asesinado o mutilado por culpa de Sharon o de Bush. (No por culpa de Arafat o de Bin Laden o de Sadam Husein. Y que no se te ocurra invocar la par-condicio porque te cortan la lengua). O es la historia del Marine estúpido que, dando la espalda al reglamento, se casa con la muchacha de Bagdad y le cuenta secretos militares,

y al que el cruel ejército estadounidense devuelve, divorciado, a Florida, dejando a la pobrecilla iraquí enferma de dolor. O la historia del intrépido nigeriano que para venir a Italia cruza a pie el Sahara. Lo cruza bajo un sol abrasador, desafiando a los ladrones, caminando durante días y días por la antigua Vía de los Esclavos. (Y pobre de ti, si recuerdas que los que vendían los esclavos eran las tribus africanas y por lo tanto musulmanas, que los que gestionaban el comercio de los esclavos eran los mercaderes árabes, que los que cerraron la Vía de los Esclavos fueron los colonialistas franceses, ingleses y belgas, no los secuaces del Corán). O la

historia de Ahmed o Khaled o Rashid que vivió cinco años como ilegal en Italia, que al final es expulsado por un esbirro incapaz de misericordia, que ahora está de nuevo en Túnez o en Argelia o en Marruecos donde no tiene ni chica. Peor: nunca ha besado a una chica. Para besarla tiene que casarse con ella, para casarse con ella tiene que tener dinero, para tener dinero tiene que regresar a Italia. Ergo vive con el sueño de desembarcar por segunda vez en Lampedusa y está siempre en la playa donde repite obsesivamente: «Volveré. Las leves italianas no me detendrán. Volveré». Después olfatea el viento que procede de Sicilia, se llena con él los

pulmones y murmura: «Respiro el perfume de Italia, este viento me trae el perfume de Italia».

El artículo lacrimógeno es habitualmente una historia bien elegida y bien escrita. Un periodismo elegante, conmovedor, rico. En la frontera de la literatura. Un periodismo o mejor dicho una obra de seducción, de persuasión. Una ciencia que en vez del razonamiento utiliza el sentimiento. De hecho el lavado de cerebro que recibes es un lavado emotivo. Pero el impacto es idéntico al del lavado de cerebro ejercido por la viñeta o por la fotografía o por el eslogan Viaje de-la-Esperanza. Es más profundo, incluso, más eficaz.

Porque al tocar el corazón neutraliza tus defensas. Apaga la lógica y en su lugar coloca una piedad análoga a la que bien a tu pesar sientes al ver a Sadam Husein sucio, desorientado, humillado. Peor: provoca en ti un malestar que de momento no sabes definir pero que después defines y entonces un escalofrío te recorre la espina dorsal. Por Dios, piensas, soy un occidental. ¡No llevo burkah ni chilaba, no pertenezco en absoluto al mundo súbdito del Dios nada compasivo y nada misericordioso que equipara a los perros infieles a los simios y los cerdos! Pertenezco a un mundo civilizado, racional. Un mundo que reconoce el libre albedrío. Un

mundo que en el centro de la Ética sitúa la Conciencia, el sentido de la responsabilidad, el respeto hacia el prójimo, aunque sea un prójimo que no vale un pepino... Y aun sabiendo que Ahmed-Khaled-Rashid nunca ha pronunciado la bella frase que el periodista le atribuye, aun sabiendo que con toda probabilidad Ahmed Khaled-Rashid es un tipejo experto en distribuir droga y quizá un peón de Al Qaida, aun sospechando que haya besado a muchas chicas, que incluso haya dejado encintas a dos o tres, te sientes responsable de su destino. Sientes como una tentación de salvarlo y casi, casi, querrías alquilar rápidamente una moto de agua, lanzarte

a Túnez o a Argelia para subirlo a bordo, traerlo a Lampedusa, llamar por teléfono al ministro que no me entrego esposada a Suiza: «Oiga, Castelli, ¿no podría acoger a este desgraciado al que le gusta el perfume de Italia y que nunca ha besado a una chica? O mejor, ¿no podría casarlo con su hija? O mejor aún, ¿no podría concederle el voto? El voto político, obviamente, no sólo el municipal. Y ya que estamos, ¿no podría conseguir que lo eligieran yendo como candidato de la Liga, en nombre del pluralismo ayudarlo a convenirse en diputado o alcalde de Milán, y paciencia si transforma el Duomo en una mezquita, paciencia si en vez de la Madonna nos

coloca un minarete?». Reaccionas, en definitiva, como reaccioné yo la noche en la que el bisnieto del rey enano es decir el descendiente de la familia que había entregado Italia a Mussolini y que por eso había sido expulsada del territorio patrio y privada de la ciudadanía, se hizo entrevistar en la televisión y con voz desgarradora exclamó: «¡Cuánto daría por comer una pizza en Nápoles». No era una gran frase, no. No tenía la poesía del Respiro-el-perfume-de-Italia. De hecho, como argumento para hacerse perdonar las culpas de los antepasados me pareció bastante débil. Mais chacun dit ce qu'il peut, pero cada cual dice lo que

puede, suspiraba Cavour cuando le referían las tonterías de la Casa Real. Y por pertenecer a un mundo civil, evolucionado, racional, aunque fuera de mala gana comenté: «Pobrecillo, qué pinta él en las culpas de sus antepasados. ¡Dejemos que se coma la jodida pizza en Nápoles!».

Reaccionas así, sí. Inmediatamente después, sin embargo, te das cuenta de que tu conciencia ha sido engañada. Burlada. Comprendes que incluso tú has sido víctima de un lavado de cerebro más bien emotivo, que por un instante también tú te has adormecido. Entonces abres los ojos y vuelves a la realidad. Vuelves a las infinitas mezquitas que

sofocan el ding-dong de las campanas. Por ejemplo la gran mezquita de Roma donde se predica la Guerra Santa contra los mismos que obedecen la papal invitación a acoger a ultranza. Vuelves a los prepotentes que para rezar invaden las plazas de Turín y las calles de Milán de tal forma que a ciertas horas no se puede caminar por ellas, como en Marsella. Vuelves al Proyecto de Acuerdo con sus descaradas peticiones y sus estafas. Vuelves a la impudicia de los jefes islámicos que llevan a las asambleas de los fascistas rojos y los fascistas negros los saludos de Alá, elogian a la «resistencia» iraquí, escupen sobre los muertos de Nasiriya.

Vuelves al imán de Carmagnola que quería transformar la histórica ciudad piemontesa en una ciudad exclusivamente musulmana. Vuelves a su mujer que dice: «Os conquistaremos pariendo hijos, vosotros estáis en crecimiento cero, nosotros nos duplicamos cada año, Roma se convertirá en la capital del Islam». Vuelves a la carta del pequeño industrial que te escribe: «Tengo cuatro empleados musulmanes y tengo miedo. ¿Y si descubren que mi abuela era judía?». Vuelves a la amiga que hace dos Pascuas envió los huevos de Pascua, los huevos de chocolate, a los cinco hijos de la tunecina instalada con su suegra y

sus cuñados y sus primos en la casa al lado de la suya. Huevos que la tunecina devolvió diciendo; «Para nosotros vuestra Pascua es una ofensa. No queremos vuestros regalos de Pascua». Vuelves a las conciencias apagadas o adormecidas por los lavados de cerebro y te das cuenta de que el exclandestino Ahmed-Khaled-Rashid no quiere volver a Italia para comer pizza como el no precisamente genial pimpollo de la casa Sabova. Quiere volver para comerse nuestros principios, nuestros valores y nuestras leyes. Por lo tanto el perfume del que habla no es un perfume de naranjas. Ni siquiera un perfume de muchachas a las que besar. Es el

perfume de nuestra identidad que quiere anular, destruir. Y entonces digo: «Jovencito, de ese perfume queda muy poco. Gracias a tus paisanos y a los míos, la mayor parte de él se ha convertido en hedor. Pero el poco que queda no te pertenece. Por lo tanto vete a paseo. Vete a buscar una chica a la que besar en La Meca».



El problema es que desviarlo a La Meca no sirve de nada. Incluso sin tener

en cuenta la Política del Vientre predicada por Bumedián y por la mujer del imán expulsado, la suerte está echada. Ni siquiera Sobieski, el héroe Sobieski que con sus polacos devotos de la Virgen de Czestochowa contribuyó más que nadie a rechazar a las hordas de Kara Mustafa que habían llegado a las puertas de Viena, podría derrotarlos. Mira a tu alrededor. Lee los periódicos, razona. Fadhal Nassim, el tunecino de veinticuatro años que el pasado mes de agosto salló por los aires en la sede de la Onu de Bagdad, vivía en Eurabia. Vivía en la Costa Azul donde despachaba droga entre Niza y Mentone, y venía a menudo a Italia donde su

hermano es bien conocido por la policía antiterrorista de Milán. Se llama Saadi, el hermano. Y dado que milita con ardor en el equipo de Bin Laden, dado que el patriarca de la familia Nassim dirige una mezquita en Túnez donde suele decir «espero-que-todos mis hijos-mueran-mártires», es lícito sospechar que en Milán este Saadi no esté rezando Padrenuestros y Avemarías. Y sin embargo la policía no lo detiene. Ni lo expulsa. Ni lo molesta. (Si lo hiciese, cualquier magistrado de corazón tierno intervendría rápidamente a su favor. ¡Por Dios, que vivimos en democracia! A los tipos como yo se los procesa, se los denigra, pero a los hijos de Alá hay

que tratarlos con sumo cuidado, ¿verdad?). Lotti Rihani, el tunecino de veintiséis años que el pasado mes de octubre saltó por los aires en el hotel Rashid, siempre en Bagdad, vivía en Milán. Exactamente, en el inmueble de vial Bligny, donde setecientos musulmanes se amontonan en los doscientos cincuenta pequeños locales ahora vigilados por la policía antiterrorista. De los informes de la Policía se deduce que frecuentaba asiduamente la mezquita de via Quaranta que acoge terroristas a docenas. Pero nuestras autoridades no les tocan ni un pelo. ¡Por Cristo! Se sabe todo sobre esta casta de santos a los que la

izquierda roja o negra o rosa o verde o blanca o arco iris y Mortadela y el émulo de Togliatti quieren conceder el voto y llevar al Parlamento y al Senado y a la Alcaldía. Se sabe a que hora se levantan, a qué hora se acuestan, en qué comedores comen, con qué prostitutas (habitualmente travestís brasileños, los muy cerdos) se acuestan. Se sabe a quién llaman por teléfono y quién les llama a ellos. (Sienten un profundo amor por el teléfono, una pasión similar a la que nutren por el Corán y por los explosivos. ¿Pero quién les da el dinero para hacer todas esas llamadas?! ¿Nosotros con nuestros subsidios estatales?). Se sabe en qué empresas,

tiendas o casas trabajan o no trabajan. Se sabe incluso que sus compras las hacen sólo en los mercadillos de los norteafricanos porque Bin Laden les prohíbe gastar dinero en los negocios de los occidentales. («Prohibido dar dinero a los cerdos»), es la consigna. Y no te preguntes quiénes son los cerdos. Somos nosotros, obviamente. Nosotros que los acogemos, que con el dinero público les asistimos, les curamos e instruimos a sus hijos). Y sin embargo Ttalia sigue siendo su Cuartel General. Su avanzadilla preterida en Eurabia, la base de la que parten con mayor frecuencia para esparcir la muerte.

Conservo un artículo que reproduce

una llamada telefónica interceptada por la policía el pasado mes de noviembre. La conversación entre el hermano de un kamikaze apenas muerto, un tal Said, y su madre. (Una de esas madres que para ganarse el dinero, es decir el resarcimiento-por-daños impulsan a los hijos a saltar por los aires. Uno de esos grandes fardos que ante la noticia de la muerte de sus hijos ríen felices y dan gracias al Dios omnipotente y misericordioso). Él habla desde Milán. Ella desde cualquier ciudad del Magreb o de Oriente Medio. Éste es el texto de la conversación. Hermano: «¡Mamá, felicidades por Said! ¡Nuestro Said se ha convertido en un mártir!». Mamá:

«¡Felicidades, felicidades!». Hermano: «¿Estás contenta, mamá?». Mamá: «¡Contenta, sí, contenta! Y no tengas miedo, hígado mío. Sólo debes tener miedo de Alá. Es Alá el que nos muestra la recta vía». Hermano: «Aquí en Italia todos lo admiran y lo envidian, mamá». Mamá: «¡También aquí hay mucha gente que me felicita! Dios es grande. Demos gracias a Dios, Allah akbar». Después el hermano informa a la mamá de que uno de los admiradores de Said que está en Italia quiere mandarle ocho mil euros de regalo. (Léase «resarcimiento por daños»). Pero él está a punto de casarse, y con cuatro mil tendría suficiente para arreglar la casa, y: «Mamá, ¿no podría

quedarme con la mitad?». La mamá duda. Al parecer, es tacaña. No acepta descuentos. De pronto responde que sí, vale, y entonces el hijo le pide que le mande «de la forma habitual» los documentos necesarios para casarse. «De la forma habitual» porque-tiene-problemas-con-el-Estado-Italiano.

(Quizá sea clandestino). Se lo pide y pronto añade: «No te preocupes, mamá. No te alarmes. Con el matrimonio lo arreglo todo. ¡Me caso con una italiana!».

Sí, señores, sí, con una italiana. Una buena chica italiana (¿no se dice así?) que le permitirá conseguir en un abrir y cerrar de ojos la ciudadanía italiana.

Que le parirá muchos niños para educarlos en el Corán. Que seguramente ya se ha convertido y quizá ya lleve el chador. Sin darse cuenta de que esos cuatro mil euros para arreglar la casa en la que irá a vivir chorrean sangre. Sangre de su gente. Sin darse cuenta de que su mundo está en llamas. Que está ardiendo con nuestro pasado, con nuestro presente, con nuestro futuro. A propósito: ¿no hay nadie que quiera apagar el incendio?

# *Epílogo*

La reincidente herejía está consumada y Mastro Cecco se prepara para subir, volver a subir, a la pira. No a la pira de nuestra civilización que, repito, está ya ardiendo. A la suya personal. Está tan preparado, pobre Mastro Cecco mejor dicho pobre Mastra Cecca, que puede empezar a imaginarse ya el auto de fe con el que los alumnos de Sigrid Hunke celebrarán su castigo. (Un auto de fe con el obligado ceremonial, jamás modificado a lo largo

de los siglos). Lo imagino en Florencia, en la Plaza de Santa Croce donde Messer Jacopo da Brescia me quemó en 1328 y donde en 2002 el exrepublicanito de Salò quiso hacer lo mismo. Pues he aquí. La plaza está llena, la llena una multitud que no sabe bien quién es el reo o la rea. Qué quiere, de qué parte está. En cambio sabe que morirá entre atroces sufrimientos, y el asunto le parece tan divertido como un partido de fútbol. También están llenos los balcones reservados a las damas y los caballeros de la Triple Alianza. Parlamentarios, europarlamentarios, extraparlamentarios, líderes de los partidos, obispos, arzobispos,

cardenales, ayatolás, imanes, directores de periódicos, altos funcionarios y funcionarías de la Rai. Cada uno de ellos enarbola una bandera o una bufanda con los colores del arco iris mientras las campanas tocan a muerto. Hacía una eternidad que callaban las campanas. El pluriculturalismo las había mantenido en silencio por consideración con el Profeta, pero dado que hoy se trata de hacerlas tocar a muerto el alcalde de Florencia (*diessino*) ha concedido un permiso especial. Es un ding-dong muy sombrío. Redobladamente sombrío porque se mezcla con las estridentes voces de los mucines que ladran sus inevitables

Allah-akbar. En este escenario desfila el cortejo, alma del evento. Lo abren los frailes Dominicos que avanzan llevando el estandarte con el lema «Justitia et Misericordia» rematado por una rama de olivo. Una rama (encuentro este precioso dato en la página 78 de «La Inquisición en Toscana»), idéntica a la que hoy simboliza a la actual coalición del Olivo. Tras los frailes Dominicos, los padres Combonianos que distribuyen a los ilegales «Permisos de Residencia en Nombre de Dios». Después los antiglobalización con sus elegantísimos uniformes blancos diseñados por los estilistas de lo Politically Correct. Después los kamikazes palestinos,

tunecinos, argelinos, marroquíes, sauditas etcétera, con los explosivos a la cintura y su madre exhibiendo un espléndido cheque en dólares. Y después el Gran Inquisidor que ostentando su kefiah desfila a lomos de un pura sangre iraquí, y que esta vez no es Fray Accursio. Es el obispo de Caserta. Tras él los hermanos Apaleadores de Vanguardia Nacional con el jeque Ahmed Yassin en silla de ruedas y la gorda nieta de Mussolini que entre las risas de la multitud avanza sujetando un cartel que dice «Partido del Abuelo». A su espalda, Mortadela y el émulo de Togliatti que desfilan cogidos del brazo con un cartel sobre el que está

escrito «Partido del Voto». Tras ellos los frailes Aulladores del Frente Antimperialista, los Franciscanos de Asís que llevan de la mano a los magistrados de corazón tierno, y los cuatro soft-infibulistas a los que obesos calvos agilipollados es decir castrados y convertidos en eunucos gorjean el solo de Violetta: «¡Ámame, Alfreedooo! ¡Ámame como yo te amo!». Por último los periodistas arranca-lágrimas y los dibujantes mea-condicio que, felices por mi ya inminente martirio proclaman a grito pelado el Requiem Aeternam. Al final de todos, me arrastro yo, descalza, exangüe, consumida, embutida en un sambenito que parece un burkah y

ridiculizada con una mitra de pan de azúcar que me han plantado en la cabeza. A mi lado, el Ejecutor de la Justicia que esta vez no es Messer Jacopo da Brescia. Es la jefa de las Brigadas Rojas que ha obtenido un permiso por buena conducta y que tras haberme atado al palo me pregunta (entra dentro del ceremonial establecido por el Santo Oficio) en qué religión deseo morir. Si respondo que en-la-católica-apostólica-romana o todavía mejor en-la-islámica, puede ejercer todavía la misericordia a la que aluden los estandartes de los Dominicos del Olivo. Es decir estrangularme y quemarme muerta. Si respondo (como

responderé) con una pedorreta, entonces no. Declarando que ella sólo responde de sus acciones ante el proletariado-metropolitano me quema viva.

Entendámonos: lo imagino sin creérmelo demasiado. El auto de fe es una apuesta políticamente arriesgada por culpa de los crucifijos y las campanas, símbolos demasiado mal vistos a ojos del Diálogo Euro-Arabe, y hoy en día está más de moda la ejecución sumarísima. El disparo de revólver realizado por el brigadista filoiraquí, por ejemplo. O la bomba lanzada por el hermano casi milanés del kamikaze Said, gracias al cual se embolsa ocho mil euros para arreglar la casa y casarse

con una italiana. En ese caso, sin embargo, la Triple Alianza tendría que condenar el gesto. La Unión Europea, también. Incluso, Dudù Diène. El presidente de la República se vería obligado a presenciar mi funeral (un funeral de Estado) y a expresar su pesar sin utilizar mi apellido como un adjetivo despectivo. Y hay que evitar todo eso. Por lo tanto pienso que el castigo será el que explica Alexis de Tocqueville como conclusión de su insuperable libro sobre la democracia.



En los regímenes dictatoriales o absolutistas, explica Tocqueville, el despotismo golpea groseramente al cuerpo. Lo encadena, lo tortura, lo suprime con detenciones y torturas, prisiones e Inquisiciones. Con decapitaciones, ahorcamientos, fusilamientos, lapidaciones. Haciendo eso ignora el alma que intacta puede levantarse sobre las carnes martirizadas y transformar a la víctima en héroe. Por el contrario, en los regímenes inertemente democráticos el despotismo ignora el cuerpo y se ceba con el alma. Porque es al alma a la que quiere encadenar, torturar, suprimir. De hecho, no le dice a la víctima: «O piensas como

yo o mueres». Le dice: «Elige. Eres libre de pensar o de no pensar como yo. Y si piensas de una forma diferente a la mía, no te castigaré con un auto de fe. No tocaré tu cuerpo, no confiscaré tus bienes, no te lesionaré tus derechos políticos. Incluso podrás votar. Pero no podrás ser votado porque yo sostendré que eres un ser impuro, un loco o un delincuente. Te condenaré a la muerte civil, te convertiré en un delincuente, y la gente no te escuchará. Más aún, los que piensan como tú también te abandonarán para no sufrir a su vez el mismo castigo». Añade después que en las democracias inanimadas, en los regímenes inertemente democráticos, se

puede decir todo menos la verdad. Se puede expresar todo, difundir todo, excepto el pensamiento que denuncia la verdad. Porque la verdad pone entre la espada y la pared. Da miedo. Los más ceden al miedo y, por miedo, trazan en torno al pensamiento que denuncia la verdad un círculo infranqueable. Una invisible pero infranqueable barrera en el interior de la cual sólo se puede ocultar o unirse al coro. Si el escritor salva ese círculo, supera esa barrera, el castigo salta a la velocidad de la luz. Peor aún: los que lo hacen saltar son precisamente los que en secreto piensan como él pero que por prudencia se cuidan mucho de oponerse a los que lo

anatematizan y lo excomulgan. De hecho durante algún tiempo contempORIZAN dan una de cal y otra de arena. Después callan y aterrorizados por el riesgo que incluso dicha ambigüedad comporta se alejan de puntillas, abandonando al reo a su suerte. En definitiva, lo que hacen los apóstoles cuando abandonan a Cristo arrestado por voluntad del Sanedrín y lo dejan solo incluso después de la canallada de Caifás es decir durante el Vía Crucis.

Aclaremos pues esta cuestión. No me asusta ninguno de los dos castigos. La muerte del cuerpo porque, cuanto más odio a la Muerte y más la considero un desperdicio de la naturaleza, menos

la temo. (Tanto en la paz como en la guerra, en la salud como en la enfermedad, siempre he jugado con la Muerte a los dados y el que crea que me va a amedrentar con el espectro del cementerio comete una burda estupidez). La muerte del alma porque va estoy acostumbrada al papel de fuera de la lev. Cuanto más intentan atenazarme anatematizarme excomulgarme más desobedezco, más me fortalezco. Y esta herejía reincidente lo confirma. Me molesta, en cambio, el infranqueable círculo que los italianos han trazado en torno al Pensamiento. La infranqueable barrera en el seno de la cual sólo se puede callar o unirse al coro de las

condenas y de las mentiras que expresan reverencia por el enemigo y falta de respeto por el que lucha contra él. Siempre. He aquí un ejemplo que a primera vista puede parecer insignificante, pero que en realidad es emblemático e inquietante.

Cuando en el mes de octubre de 2002 publiqué en Italia el texto de la conferencia que había pronunciado en la American Enterprise Institute de Washington, titulada «Wake up Occidente» es decir «Despierta Occidente», esperaba que en torno a él se abriese un debate. Era un texto sobre el sueño que ha narcotizado a Europa transformándola en Eurabia, y merecía

una discusión. Pero más que una invitación a razonar, a despertarse y razonar, los colaboracionistas vieron en él una fórmula belicista. Un eslogan racista, xenófobo, reaccionario, en definitiva blasfemo. Todos. Incluso los del gayesco y ultracapitalista universo que fabrica trapos millonarios, es decir el fútil y frívolo ambiente de la llamada Haute Couture. De hecho, el siguiente mes de enero, un taller romano presentó una colección inspirada en la «Paz y Unidad entre los Pueblos». (Sic). Más exactamente, en doce heroínas de la Historia es decir en doce santas que, según el inculto estilista, habían contribuido de una forma determinante

al triunfo del pacifismo. Por ejemplo Juana de Arco, que manejaba la espada mejor que Gengis Khan y lideraba un ejército. Isabel de Castilla que expulsaba a los Moros (justamente) o los exterminaba sin piedad. María Estuardo que cortaba la cabeza a cualquiera que se opusiese a la Contrarreforma. Catalina de Rusia que era una conocida tirana y que para subir al trono había asesinado incluso a su marido. María Antonieta que pasaba del prójimo en la medida que todos sabemos. Y así sucesivamente. (En definitiva sólo se salvaban dos. Marilyn Monroe que como pacifista, sin embargo, tampoco es que se distinguiese

por sus especiales empresas o virtudes. Y Bernadette cuyo único mérito es haber llevado el turismo a Lourdes). Lo peor sin embargo no reside en la obscena ignorancia que caracterizaba la elección. Lo peor está en el hecho de que para contrapesar a las doce santas se eligió una decimotercera mujer. Una criatura pérfida e innoble, una instigadora de guerras y discordias sobre cuya identidad el taller mantenía el más profundo misterio. Pero, al final, el misterio desvaneció. Porque la criatura pérfida e innoble, la instigadora de guerras y discordias apareció en la pasarela. Y adivina quién era. Era yo que encamada por una rubia de ademán

arrogante irrumpía con gafas negras, sombrero negro (de hombre), pantalones negros (de cuero) y una camiseta con el eslogan «Wake up Occidente. Despierta Occidente». Y, sobre la camiseta, un chaleco militar literalmente forrado de proyectiles. Balas de veinte milímetros es decir de artillería pesada.

El círculo infranqueable, la barrera insuperable, existe también en América. Lo sé. De hecho Tocqueville descubrió el triste fenómeno estudiando la democracia en América, no en Europa donde los regímenes gestionados por el pueblo no existían aún. También en América, minestrone en el que cuecen todo tipo de verduras, el obsequio al

enemigo alcanza a menudo cumbres grotescas. El ejemplo más clamoroso lo proporciona el bellísimo monumento que hasta el pasado otoño estaba delante del Palacio de Justicia de Birmingham, capital de Alabama. Un bloque de piedra con un gran libro de mármol abierto por la mitad, y sobre las dos páginas abiertas los Diez Mandamientos: génesis de nuestros principios morales. Los habitantes de Birmingham estimaban mucho al gran libro de mármol.

Y también el gobernador, un hombre valiente muy querido por los negros que allí son casi todos cristianos. Baptistas, metodistas, presbiterianos, luteranos,

católicos. Pero un triste día los representantes de la exigua minoría islámica se pusieron a murmurar que los Diez Mandamientos los habría escrito el judío Moisés, que exponerlos en público favorecía a la cultura judeo-cristiana es decir a los baptistas, metodistas, presbiterianos, luteranos, católicos. Y los Politically Correct se alinearon con Alá. La protesta terminó en la Corte Constitucional, los salomones de la Corte Constitucional sentenciaron que además de dañar al diálogo interreligioso el libro de mármol ofendía a las normas sobre las que se basa la separación entre Estado e Iglesia, y el pasado otoño el bellissimo

monumento fue retirado a despecho del gobernador que se negaba a aceptar el ultrajante veredicto. Hay otros muchos ejemplos: tantos que para exponerlos todos se necesitaría una enciclopedia. Piensa en los llamados radicals que como las imbéciles de Como querrían abolir la Navidad. Y con la Navidad, el gigantesco abeto que todos los 24 de diciembre se planta en el Rockefeller Center de Nueva York. Piensa en los presuntuosísimos e ignorantísimos divos que en Hollywood viven como sibaritas y siguen recitando la comedia del tercermundismo, defendiendo a Sadam Husein y convirtiéndose al Islam. Piensa en los oportunistas que vestidos de

profesores infestan las universidades contando a los estudiantes que la cultura occidental es una cultura interior e incluso perversa. Piensa en los desgraciados que sostienen las filoislámicas porquerías de la filoislámica Onu. Pero, a diferencia de lo que acontecía en la época de Tocqueville, el que denuncia la verdad no termina en la horca. No es ridiculizado, procesado, castigado, retratado con el chaleco forrado de proyectiles. En América la última caza de brujas tuvo lugar hace medio siglo con McCarthy, y los americanos se avergonzaron tanto de ella que no han intentado volver a hacer jamás nada

semejante. En cambio en Europa, en Eurabia, triunfa el maccartismo. La caza de brujas es ya una regla de vida. Por eso antes de poner el punto final tengo que decirte qué hay detrás de esta amarga realidad.



Hay el declive de la inteligencia. La individual y la colectiva. La inconsciente que dirige el instinto de supervivencia y la consciente que dirige la facultad de entender, de aprender, de

juzgar, y por lo tanto de distinguir entre el Bien y el Mal. Pues, sí. Paradójicamente somos menos inteligentes de lo que lo éramos cuando no sabíamos volar o ir a Marte a buscar agua. O reimplantar un brazo, cambiarnos el corazón, clonar una oveja o a nosotros mismos. Somos menos lúcidos, menos despiertos, que cuando no disponíamos de lo que sirve o debería servir para cultivar la inteligencia. Es decir la escuela accesible a todos, es más obligatoria, la abundancia y la rapidez de la información. Internet, la tecnología que hace la vida más fácil. Y el bienestar que acaba con el aguijón del hambre, del

frío, del mañana, que mitiga la envidia. Cuando este bienestar no existía, había que resolverlo todo por uno mismo. Y por lo tanto esforzarse en razonar, en pensar con la propia cabeza. Hoy no. Porque incluso para las pequeñas cosas cotidianas la sociedad proporciona soluciones ya listas. Decisiones ya tomadas. Pensamientos ya elaborados confeccionados y preparados para ser utilizados como la comida precocinada. «We are thinking for you. So you don't have to. Estamos pensando por ti. Luego tú no debes hacerlo» dice el terrorífico eslogan que de vez en cuando brilla en un ángulo de la pantalla cuando en la televisión pongo el canal «Science and

Science-fiction». Más o menos lo que hacen los desgraciados ordenadores (los detesto) cuando corrigen los errores y al mismo tiempo proporcionan sugerencias, eximiéndote así del deber de conocer la Consecutio Temporum y la ortografía, descargándote de cualquier sentimiento de responsabilidad y conduciéndote a la torpeza.

Ergo, la gente ya no piensa. O piensa sin pensar con su propia cabeza. Ni siquiera para hacer una suma o una resta, una multiplicación o una división. Que por lo demás ya nadie sabe hacer. Cuando yo era niña todos sabíamos sumar y restar, multiplicar y dividir. Todos conocíamos la Tabla Pitagórica,

incluso los analfabetos. En las tiendas de alimentos había una romana que daba el peso no el precio, y el tendero tenía que calcular con su propia cabeza el precio del queso que pesaba ciento veinticinco gramos. O del pescado que pesaba seiscientos treinta y nueve gramos, o el del pollo que pesaba un kilo y doscientos setenta gramos. Y lo calculaba. Rapidísimamente.

Perfectamente. De hecho si eras tonto no podías llevar un puesto de frutas o de pescado o de carne. Hoy cualquiera lo puede hacer. Incluso el inculto que además de forrarme de balas ignora quién fue Juana de Arco o María Estuardo o María Antonieta o Catalina

de Rusia. Porque en vez de la romana tiene una balanza electrónica que piensa por sí misma y que junto al peso le da el precio. Y en los demás oficios, lo mismo. Cuando yo era niña, las cocinas eléctricas o de gas las tenían sólo los ricos. Para cocer un huevo, hervir el agua, tenías que utilizar el carbón es decir encender el fuego. Y mantener el fuego encendido con el fuelle. Hoy no. Giras el mando de la cocina eléctrica o de la cocina de gas y se enciende sólo. Sin cerillas. Permanece encendido, y eso sería una gran conquista si el tiempo que ahorras lo empleases para pensar. Para razonar, por ejemplo, sobre lo que ves, lo que escuchas, lo que lees. Para

emplear a tu cerebro en el campo de las ideas, de la conciencia, de la moral. Para darte cuenta de que lo que ves, escuchas o lees no funciona, esconde un engaño o una impostura. Pero no. No lo haces porque...

Porque el cerebro es un músculo. Y como cualquier otro músculo necesita entrenamiento. Y si no se entrena, se vuelve perezoso, se entorpece. Se atrofia como se atrofian mis piernas cuando durante meses y meses permanezco en esta mesa, siempre escribiendo, siempre estudiando... Y al atrofiarse se hace menos inteligente, incluso se vuelve estúpido. Al volverse estúpido pierde la facultad de razonar,

juzgar, y se entrega al pensamiento ajeno. Se entrega a las soluciones ya listas, a las decisiones ya tomadas, a los pensamientos ya elaborados confeccionados listos para usar. A las recetas que, como la balanza electrónica o la cocina de gas o los ordenadores, suministran adoctrinamiento a través de las fórmulas de lo Politically Correct. La fórmula del pacifismo. La fórmula del imperialismo. La fórmula del pietismo, la fórmula del buenismo. La fórmula del racismo, la fórmula del ecumenismo. La fórmula incluso la receta del conformismo, es decir de la vileza. Sin que él se dé cuenta. Porque el hecho es que no puede darse cuenta.

Esas fórmulas y esas recetas son venenos incoloros, insípidos, indoloros: polvo de arsénico que lleva ingiriendo desde hace demasiado tiempo. Y nada es más indefenso y por lo tanto más maleable y manipulable que un cerebro atrofiado, un cerebro estúpido, un cerebro que no piensa o que piensa con los cerebros de los demás. Puede meterse de todo, ahí dentro. Desde el Cree-Obedece-Combate hasta la virginidad de María. Se le puede hacer creer que Cristo era un profeta del Islam, que tenía nueve mujeres y dieciocho concubinas, que predicaba el ojo por ojo y el diente por diente, y que murió a los ochenta años de un

constipado. Se le puede convencer de que Sócrates era un sirio de Damasco, Platón un iraquí de Bagdad, Copérnico un egipcio de El Cairo, Leonardo da Vinci un marroquí de Rabat, y que los cuatro habían estudiado en la Universidad de Kabul. Se le puede contar que Bush es el heredero de Hitler y que todas las tardes lee «Mein Kampf», que Sharon está tan gordo porque se come a los niños palestinos en salmuera, que la cultura islámica es superior, y que sin ella Occidente no existiría. Puedes darle a beber que el pluriculturalismo es el imperativo categórico del que hablaba Emmanuel Kant, que en el Corán está nuestra

salvación, que las banderas arco iris son el símbolo de la paz y las personas como yo, el de la guerra. Al no ser capaz de pensar con la propia cabeza, ni siquiera para encender el fuego o para calcular que dos más dos son cuatro, ese cerebro aceptará cualquier mentira o cualquier estupidez sin reaccionar. La almacenará y la volverá a sacar con el mismo automatismo con que se gira el mando del gas o se mira el precio del pollo en la balanza electrónica. ¿Sólo atrofiado? Debería decir lobotomizado. La lobotomía es una castración mental. Consiste en cortar las vías nerviosas que controlan los procesos cerebrales... Quien sufre una lobotomía deja de

pensar lo que podría pensar, se convierte en un dócil instrumento en manos del que piensa por él. Y si el que piensa por él está a su vez lobotomizado, apaga y vámonos.

\* \* \*

En el caso de los italianos la amarga realidad incluye también culpas genéticas, entendámonos. La primera es la que hemos heredado de la milenaria costumbre de tener al extranjero en casa. De considerarlo una desgracia normal,

un infortunio de la naturaleza. Porque dejémonos de charlas: desde hace al menos mil quinientos años el extranjero siempre nos ha invadido. Desde Teodorico en adelante (489 después de Cristo) todos han pasado por Italia. ¡Todos! Ostrogodos, Visigodos, Longobardos, Francos, Moros, Normandos, Germanos, Húngaros, Vikingos y de nuevo Moros. Españoles, franceses, ingleses, alemanes, austríacos, rusos, turcos es decir de nuevo Moros. Que yo sepa, sólo los japoneses, los chinos y los esquimales no nos han conquistado nunca. (Los chinos sin embargo se lo están pensando y los japoneses les echan una mano. En

definitiva, en el continente europeo no existe un país que haya tenido tantos dueños como nosotros. Y eso ha desarrollado en la mayoría una perniciosa capacidad de aguante y por lo tanto de resignación. Con la resignación, un nefando entrenamiento para la sumisión y por lo tanto el servilismo. Para entenderlo basta ver con qué entusiasmo los italianos copian a los demás incluso los defectos de los demás, comenzando por los de los americanos a los que imitan sin pudor incluso cuando los odian como es el caso de los *arcobalenisti* O con qué obsequiosidad tratan los éxitos de los demás o los productos de los demás.

«¡Es música de los Beatles!». «¡Chocolate suizo!». «¡Seda china!». «¡Cerveza alemana!». (Una tía mía estaba convencida de que el betún para los zapatos inglés era mejor que el italiano. Su juicio nacía exclusivamente del hecho de que se trataba de un betún fabricado en Inglaterra). Basta con ver con qué humildad soportan las guarradas de los turistas maleducados, los insultos que los periódicos extranjeros dirigen a nuestros jetes de Estado, la indiferencia o la afectación con la que nos tratan los líderes extranjeros...

La segunda culpa, consecuencia de la primera, está en su atávica falta de orgullo. Atávica y, por lo tanto

incurable, y que puede resumirse en la frase más vergonzosa que jamás haya ensuciado la dignidad de un pueblo. La frase de la tarantella que los napolitanos cantaban en la época en la que los españoles y los franceses luchaban por su ciudad. «Francia o Spagna purché se magna» (Francia o España me da igual, con tal de que se coma). Por eso no se ofenden cuando los inmigrados islámicos mean en sus monumentos o cagan en los atrios de sus iglesias o tiran los crucifijos desde las ventanas de los hospitales. Por eso siempre se dejaron ocupar, desmembrar, envilecer. Por eso siempre fueron pocos los que estuvieron dispuestos a luchar, pocos los que

lucharon en el Risorgimento y poquísimos los que luchamos en la Resistencia. Por eso cuando el enemigo avanza, ya sea visigodo u ostrogodo o francés o austriaco o turco o sarraceno, la mayoría se limita a mirar. O incluso le ofrece sus servicios y se hace colaboracionista. Traidora.

La tercera culpa, consecuencia de la segunda, radica en su escasa tendencia a asociar el coraje con la libertad. «El secreto de la felicidad es la libertad, y el secreto de la libertad es el coraje» decía Pericles. Alguien que de eso entendía. Pero eso es algo que también entienden sólo unos pocos, que siempre han entendido unos pocos. Si lo

hubiesen entendido muchos, por otra parte, no habríamos tenido tantos dueños. Si lo entendiesen muchos, hoy no seríamos una provincia del Islam mejor dicho la avanzadilla de esa provincia. Y la libertad no estaría en peligro, y el país no viviría en el miedo.

Tengo que volver a utilizar esta palabra que me obsesiona, que desde el principio de estas páginas estoy repitiendo casi con monotonía. Y no me disculpo por ello. Más aún ahondo con el cuchillo y añado: miedo, sobre todo, de pensar, y pensando, de llegar a conclusiones que no se correspondan con las impuestas por medio del lavado de cerebro y de la lobotomía. Miedo,

además, de hablar, y hablando expresar una opinión diferente a la expresada o aceptada por la mayoría. Miedo de no estar suficientemente alineados, obedientes, serviles, y por lo tanto poder ser condenados a la muerte civil con la que las democracias inertes, mejor inanimadas chantajejan a los ciudadanos. En definitiva miedo a ser libres. A arriesgarse, a tener coraje. Mírame a los ojos: hoy el coraje es una mercancía de lujo, una extravagancia de la que todo el mundo se ríe y que tacha de locura. En cambio la cobardía es el pan que por poco dinero se vende en todas las tiendas. Como los prepotentes que dicho pan lo venden empaquetado

en el papel del falso revolucionarismo, la mayoría sólo se mueve si al moverse no arriesga nada. O sólo para seguir los halagos y a los equívocos de la igualdad. Algo que obviamente va en contra de la sentencia con la que Pericles definía la libertad, y... Quizá Tocqueville (vuelvo por un instante a Tocqueville) se refería a los italianos cuando decía que el matrimonio sobre el que se asienta la democracia, el matrimonio de la Igualdad y de la Libertad, no es un matrimonio feliz. Que no es feliz porque los hombres aman la libertad mucho menos que la igualdad, y la aman bastante menos porque desembocando en el colectivismo la

igualdad quita a los individuos el peso de la responsabilidad. Porque no exige los sacrificios que exige la libertad, no requiere el coraje que requiere la libertad, no necesita la libertad. (Se puede ser iguales incluso en la esclavitud). Quizá se refiriese a los italianos incluso cuando decía o recordaba que con el término Igualdad la democracia entiende la igualdad jurídica es decir la igualdad expresada en la frase «la Ley es Igual para Todos»: no la igualdad mental o moral. La igualdad de valores y de inteligencia y de honestidad. Lo mismo, cuando decía o recordaba que en una democracia los votos se cuentan pero no se pesan. Por

lo tanto la cantidad termina por valer más que la calidad y los no inteligentes terminan siempre por comandar. Y comandando, con derrumbar el único sistema de gobierno posible es decir la democracia. Porque, a pesar de sus faltas, de sus culpas, de sus injusticias, de sus vicios de fondo, la democracia no tiene alternativas. Si muere la democracia, la libertad se va a hacer puñetas.

Pues, Tocqueville decía también que no se debe ser demasiado duro con quienes nos leen. Especialmente, con los compatriotas. Pero en esto no estoy de acuerdo. «Médico compasivo no cura enfermedades» replicaba mi madre

cuando, de niña, no quería que me desinfectase una herida con alcohol puro. Quema-mamá-quema. En otras palabras, no se anima a la gente a hacer examen de conciencia callando o cantando sus loas inmerecidas. Porque, queridos míos, es necesario un examen de conciencia. Eso que nadie quiere hacer, se atreve a hacer. Y una vez establecido esto, intentemos responder a la pregunta más difícil que jamás me hayan planteado. La pregunta: ¿estamos todavía a tiempo de apagar el incendio? ¿Los occidentales hemos perdido ya o todavía no?



Quizá no. Lo digo teniendo ante los ojos el espectáculo que la noche de Fin de Año, el Fin de Año de 2004, ofreció Nueva York en Times Square. Se temía un ataque nuclear, este Fin de Año, en Nueva York. El peligro que el Ministerio de Defensa indica con el color verde cuando es bajo, con el azul cuando es notable, con el amarillo cuando es grave, con el anaranjado cuando es gravísimo, con el rojo cuando es mortal, había llegado al anaranjado y la ciudad nunca había vivido en un clima

de tanta alarma. Tropas de la Guardia Nacional procedentes de todas las partes del Estado y en uniforme de guerra, diez mil policías para proteger los lugares más amenazados es decir los túneles y los puentes y los subterráneos y los puertos y los aeropuertos, helicópteros y aviones militares que surcaban el cielo sin parar, equipos de científicos y de médicos preparados para medir las radiaciones y si fuese posible neutralizarlas. Los noticiarios que sugerían tener las ventanas tapadas y los botiquines al alcance de la mano. Pero el eventual ataque nuclear no excluía la pesadilla de masacres cometidas con métodos tradicionales es

decir con explosivos, y en este sentido los objetivos más amenazados eran tres. La Estatua de la Libertad, el Puente de Brooklyn, y Times Square: la plaza donde a medianoche de todos los Fines de Año se reúnen cientos de miles de neoyorquinos. No en vano un detective del Ayuntamiento me dijo: «Le recomiendo que la noche del 31 esté lejos de Times Square. Si sucede algo allí, podría producirse una carnicería que supere la del Once de Septiembre». Para tranquilizarle tuve que asegurarle que detesto las multitudes, que las aglomeraciones me producen claustrofobia, y que por lo tanto el Fin de Año nunca voy a Times Square y que

el espectáculo de medianoche lo veo por la tele.

Y lo vi. Y al poner la tele esperaba ver a poca gente. No sólo porque el peligro era realmente alto sino porque durante la semana había seguido los preparativos y más que un lugar preparado para acoger una fiesta me había parecido una cárcel a cielo abierto. Puestos de control, torretas de vigilancia, cabinas con detector de metales. Vallas, barreras de contención para delimitar los recintos en el interior de los cuales los que iban a celebrar la fiesta pasarían por el detector de metales y estarían encerrados, pasillos para las tropas y policías a pie y a

caballo... Por Dios, sólo faltaban los carros de combate, ¿quién iba querer recibir al Año Nuevo en una cárcel a cielo abierto? Pero se juntó un millón de personas. La plaza no tenía cabida para la multitud que otros años cabía siempre y a lo largo al menos de dos kilómetros la gente se desbordaba por las arterias adyacentes es decir por la Séptima Avenida y por Broadway. Tanto en dirección del Battery Park como del Central Park. Para facilitar el control individual muchos se habían acercado ya por la tarde, y durante horas estuvieron allí al frío. Pero esto no era lo más hermoso. Lo más hermoso era la alegría desmedida y al mismo tiempo

controlada que los electrizaba, la insolencia provocativa con la que reaccionaban al riesgo de otro Once de Septiembre. De hecho, todos llevaban un cómico sombrerito color naranja que les había dado el Ayuntamiento. Todos tenían en la mano un globo un tanto obscuro del mismo color. (Obscuro porque era en forma de salchicha. Una metáfora con la que se pretendía decir un «Vete al infierno»). Y todos cantaban el estribillo de la conocida canción «New York, New York». Algunos en su versión original: «New York is a wonderful town, es una ciudad maravillosa». Otros, en una versión improvisada es decir modificada: «New

York is a courageous town, es una ciudad valiente». El único que no cantaba era el alcalde Bloomberg que subido a un palco y pálido de angustia miraba hacia los techos de los rascacielos donde estaban apostados los tiradores de élite con sus fusiles de mira telescópica. O escrutaba el interior de los recintos en busca de los científicos con la maleta para medir las radiaciones. Lo mejor, sin embargo, lo vi a medianoche. Porque mientras los fuegos artificiales brillaban en la oscuridad, con un estruendo tan potente que cada uno de ellos hacía temer que el ataque se estuviese produciendo realmente, las cámaras de la tele se

fijaban en un chico que se arrodillaba a los pies de una chica y con la mano izquierda le ofrecía un anillo. En la mano derecha alzaba un cartel en el que estaba escrito con grandes caracteres: «Will you marry me? ¿Quieres casarte conmigo?». Tras unos segundos de estupor la muchacha se puso a besarlo con fruición y entonces él le dio la vuelta al cartel que por el envés decía: «She said yes. Ha dicho que sí». Y, con letras más pequeñas y entre paréntesis: «I knew she would say yes. Sabía que iba a decir que sí». Aquello se convirtió entonces en el fin del mundo. Unos saltaban, otros se abrazaban. Otros decían rítmicamente: Aleluya-viva-

aleluva. Otros les gritaban: «Many children, muchos hijos, many children». Como si el Once de Septiembre nunca hubiese ocurrido, nunca hubiese existido. Y yo me conmoví. Porque era todo un desafío, ese «many-children». Quería decir: «No tenemos miedo». Y porque no muy lejos estaba el gran espacio vacío dejado por las dos Torres Gemelas. Estaban los tres mil muertos reducidos a polvo. Los muertos del Once de Septiembre.

Me conmoví, sí. Yo que nunca lloro con lágrimas. Y de pronto olvidé la estúpida historia de los Diez Mandamientos desalojados de la Corte Constitucional de Birmingham,

Alabama. Olvidé el tema del Árbol de Navidad que algunos querían quitar del Rockefeller Center. Olvidé el desprecio que siento por los divos ultramillonarios y tercermundistas, por los oportunistas vestidos de profesores, por los desgraciados que apoyan las filoislámicas porquerías de la filoislámica Onu, me olvidé de todo lo que en América no me gusta, y saboreé la sal de la esperanza.

La misma con la que ahora me acuno mirando las fotos transmitidas por las sondas que buscan vida en Marte y mirándolas pienso: no podemos perder. Porque el Islam es una charca. Y una charca es una presa de agua estancada.

Agua que no fluye, que no se mueve, que no se depura, que nunca se convierte en agua que corre y corriendo llega al mar. De hecho se corrompe fácilmente, y ni siquiera sirve como abrevadero para los animales. La charca no ama la Vida. Ama la Muerte. Por eso las madres de los kamikazes gozan cuando sus hijos mueren, dicen Allah akbar – Dios es grande – Allah akbar. En cambio, Occidente es un río. Y los ríos son corrientes de agua viva. Agua que fluye continuamente y fluyendo se depura, se renueva, recoge otra agua, llega al mar, y paciencia si a veces se sale de madre. Paciencia si a veces con su fuerza inunda. El río ama la Vida. La ama con

todo el bien y con todo el mal que encierra. La nutre, la protege, la exalta, y por eso nuestras madres lloran cuando sus hijos mueren. Por eso nosotros buscamos la Vida en todas partes, la encontramos en todas partes. Incluso en los desiertos, en las estepas, incluso más allá de la estratosfera, incluso en la Luna, incluso en Marte. Y si no la encontramos, la llevamos. De cualquier forma, la llevamos. No, no podemos perder. Pero mientras me lo digo me doy cuenta que tal razonamiento no nace en realidad de las fotografías de las sondas enviadas a Marte. No nace de nuestra capacidad de ir al cosmos, de buscar Vida, de llevar la Vida a un planeta que

según las órbitas dista de nosotros cincuenta y seis o cuatrocientos millones de kilómetros. Nace de lo que vi la noche de Fin de Año. De los ridículos sombreritos anaranjados, de los globitos obscenos anaranjados, del muchacho que a pesar del riesgo de otro Once de Septiembre pedía a su chica que se casase con él, de la muchacha que respondía que sí, de la multitud que a despecho de la Muerte gritaba Aleluya-viva-aleluya. Many-children. Pero éste es el problema.

He aquí el problema, porque lo que vi lo vi en Times Square. No en Trafalgar Square o en Place de la Concorde o en la Plaza Mayor o en la

Alexanderplatz o en la Heldenplatz etcétera. No en la piazza San Pietro o en piazza San Marco o en piazza della Signoria o en la piazza della Scala. Y para apagar el incendio no basta sólo con América. No es suficiente. Es cierto que América es fuerte y generosa. Tan fuerte y tan generosa que, en los últimos sesenta años ya ha apagado dos incendios. El del nazifascismo y el del comunismo. Pero esos dos incendios podían apagarse con los ejércitos o con el chantaje de los ejércitos. Con los cañones, los tanques, las bombas. Éste no. Porque, a pesar de las matanzas con las que los hijos de Alá nos ensangrientan y se ensangrientan desde

hace más de treinta años, la guerra que el Islam ha declarado a Occidente no es una guerra militar. Es una guerra cultural. Una guerra que, como diría Tocqueville, antes que nuestro cuerpo quiere atacar nuestra alma. Nuestro sistema de vida, nuestra filosofía de la vida. Nuestra forma de pensar, de actuar, de amar. Nuestra libertad. No te dejes engañar por sus explosivos. Son sólo una estrategia. Los terroristas, los kamikazes, no nos matan sólo por el gusto de matarnos. Nos matan para doblarnos. Para intimidarnos, para cansarnos, para desanimarnos, para chantajearnos. Su objetivo no es llenar los cementerios. No es destruir nuestros

rascacielos, nuestras Torre de Pisa,  
nuestras Torre Eiffel, nuestras  
catedrales, nuestro David de Miguel  
Ángel. Es destruir nuestra alma, nuestras  
ideas, nuestros sentimientos, nuestros  
sueños. Es sojuzgar de nuevo a  
Occidente. Y el auténtico rostro de  
Occidente no es América: es Europa.  
Aun siendo hija de Europa, heredera de  
Europa, América no tiene la fisonomía  
cultural de Europa. El pasado cultural  
de Europa, la identidad cultural de  
Europa, los trazos culturales de Europa.  
Aun habiendo nacido de Occidente, aun  
siendo el otro rostro de Occidente,  
América no es el Occidente que el Islam  
quiere sojuzgar. No es el Occidente

donde Solimán el Magnífico quería instaurar la República Islámica de Europa. Para apagar el incendio, pues, nos hace falta ante todo y sobre todo contar con Europa. Pero, ¿cómo hacer para contar con una Europa que es ya Eurabia, que recibe al enemigo con el sombrero en la mano, lo mantiene e incluso le ofrece el voto? ¿Cómo hacer para fiarse de una Europa que se ha vendido y se vende al enemigo como una prostituta, que islamiza a sus hijos y los entontece y los confunde desde el momento en que van a la guardería? En definitiva, ¿una Europa que ya no sabe razonar?

El declive de la inteligencia es el

declive de la Razón. Y todo lo que hoy sucede en Europa, en Eurabia, pero sobre todo en Italia es declive de la Razón. Antes que éticamente incorrecto es intelectualmente incorrecto. Contra Razón. Pensar ilusamente que existe un Islam bueno y un Islam malo, es decir no darse cuenta de que existe sólo un Islam, que todo el Islam es una charca y que a este paso terminamos todos ahogados en esa charca, va contra la Razón. No defender el propio territorio, la propia casa, los propios hijos, la propia dignidad, la propia esencia, va contra la Razón. Aceptar pasivamente las tonterías o las cínicas mentiras que nos son administradas como el arsénico en

la sopa es ir contra la Razón. Acostumbrarse, resignarse, rendirse por cobardía o por pereza es ir contra la Razón. Morir de sed y de soledad en un desierto en el que brilla el Sol de Alá en vez del Sol del Futuro es ir contra la Razón. Ir contra la Razón es también esperar que el incendio se apague por sí solo gracias a una tempestad o a un milagro de la Virgen. Por lo tanto, escúchame bien, por favor. Escúchame bien porque, como ya he dicho, no escribo por diversión o por dinero. Escribo porque es mi deber. Un deber que me está costando la vida. Y por deber he examinado a fondo esta tragedia, la he estudiado a fondo. En los

últimos dos años no me he ocupado de otra cosa, por no ocuparme de otra cosa he descuidado ocuparme de mí misma. Y me gustaría morir pensando que tanto sacrificio ha servido para algo. Que no me ha ocurrido como a aquel padre que le explica a su hijo dónde está el Bien y dónde está el Mal mientras el hijo en vez de escucharlo cuenta hormigas y después bosteza: «¡Y cien! Eran cien». En mi «Wake up Occidente, despierta Occidente» decía que habíamos perdido la pasión, que es necesario reencontrar la tuerza de la pasión. Y Dios sabe que es cierto. Para no acostumbrarse» para no resignarse, para no rendirse, es necesaria la pasión. Para vivir es

necesaria la pasión. Pero aquí no se trata sólo de vivir y punto. Aquí se trata de sobrevivir. Y para sobrevivir nos hace falta la Razón. El raciocinio, el sentido común, la Razón. Por eso esta vez no apelo a la rabia, al orgullo, a la pasión. Esta vez apelo a la Razón. Y junto a Mastro Cecco que de nuevo sube a la hoguera encendida por la irracionalidad le digo: hay que reencontrar la Fuerza de la Razón.

*Florenxia, junio de 2003*

*Nueva York, enero de 2004*



ORIANA FALLACI, (1929-2006). Florentina, ha sido definida como «uno de los escritores más leídos y amados del mundo» por el rector del Columbia College de Chicago que le concedió el doctorado honoris causa en Literatura. Como corresponsal de guerra cubrió los principales conflictos bélicos de nuestra

época, desde la guerra de Vietnam a Oriente Medio. Entre sus libros principales, *Carta a un niño que no llegó a nacer* (1975), *Un hombre* (1979), *Inshallah* (1990) y la trilogía formada por *La rabia y el orgullo* (2001), *La Fuerza de la razón* (2004) y *Oriana Fallaci se entrevista a sí misma. El Apocalipsis* (2004).

# Notas